

Autores

Torres Villarroel.....	1
Feijoo.....	2
Cadalso.....	3
Fernández de Moratín.....	4
Espronceda.....	8
Larra.....	10
Zorrilla.....	13
Bécquer.....	16
Pérez Galdós.....	23
Clarín.....	28
Pardo Bazán.....	33
Juan Ramón Jiménez.....	34
Antonio Machado.....	35
Azorín.....	38
Baroja.....	50
Valle-Inclán (<i>Sonata de otoño</i>).....	64
Unamuno.....	67
Valle-Inclán (<i>Luces de Bohemia</i>).....	78
Salinas.....	91
Guillén.....	93
García Lorca.....	94
Alberti.....	96
Hernández.....	97

Apéndice teórico

Azorín (<i>La generación de 1898</i>).....	99
E. Iruman Fox y V. Cacho Vizu.....	108
Lázaro Carreter (<i>La generación del 98</i>).....	116

DIEGO DE TORRES VILLARREAL

VIDA, ASCENDENCIA, NACIMIENTO, CRIANZA Y...

Pasé desde mi pupilage al colegio de Trilingüe, en donde me vistieron una beca que alcanzó mi padre de la Universidad de Salamanca. Fui examinado, como es costumbre, en el claustro de diputados de aquella Universidad; y, según la cuenta, o me suplieron como a niño, o correspondí a satisfacción de los examinadores, porque no me faltó voto. Empecé la tarea de los que llaman estudios mayores, y la vida de colegial, o los trece años, bien descontento y enojado, porque yo quería detenerme más tiempo con el tiempo y la matraca, pareciéndome que era muy temprano para meterme a hombre y encerrarme en la melancolla de aquel casarón. Estaba de rector del colegio, en la coyuntura de mi entrada, un clérigo virtuoso, de vida irreprehensible, pero ya viejo, enfermo y aburrido de lidiar con los jóvenes que se creían encerrados en aquella casa. Sus achaques, la vejez y los anteriores trabajos lo tenían sujeto a la cama muchas horas del día, y muchos meses del año; y con esta seguridad y el ejemplo de otros colegiales, amigos del ocio, la pereza y las diversiones inútiles, iba insensiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una población de vicios y desórdenes en el alma. Halléme sin guardián, sin celador y sin maestro, y empezó mi espíritu a desarrajar las locuras del humor y las inconsideraciones de la edad con increíble desuello y insolencia. El gusto de mis padres y el apoyo del clérigo rector me destiharon para que estudiase la Filosofía; y señalándome el maestro a quien había de oír, que fue el padre Pedro Portocarrero, de la compañía de Jesús, comencé esta carrera descuidado y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad y señor absoluto de mis acciones y disparates. Acudía tarde e ignorante a las conferencias, miraba sin atención las lecciones, retozaba y reñía con mis discípulos (no obstante las reverendas de la beca colorada), metíame a bufón y desvergonzado con los nuevos, y profesé de truhán, descocado y decidior con todos, sin reservar las gravidades del maestro. Seguía en el aula, a pesar de las correcciones, avisos y asperezas del lector, este género de alegrías peligrosas, y en el colegio

continuaba con mis compañeros otros desórdenes y libertades que bastaron para hacerme holgazán y perdulario.

Huyendo muchos días de la aula y no estudiando ninguno, llegué arrastrando hasta las últimas cuestiones de la Lógica. Viendo el lector que perdía el tiempo y que no me enmendaban los consejos, ni me contenían las correcciones ni las amenazas, citó una tarde a mi padre y al rector del colegio para argüirme, avergonzarme y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevención por un condiscípulo; y antes que llegasen a cogermé en la junta, rompí delante del lector los cartapacios que le había mal escrito, y le dije, con osada deliberación, que no quería estudiar. Apretóme en respuesta unas cuantas manotadas, y mandó que me agarrasen los demás muchachos, los que me tuvieron asido hasta que llegaron el rector y mi padre. Metieronme a empujones en un apartamiento de la sacristía, que llaman la trastera, y allí me hicieron los cargos y las dadas. Aconsejábanme a coces, y advertíanme a gritos; yo recogía de mala gana los unos y los otros. Hice el sordo, el sufrido y el enmendado; y después que salí de sus uñas, hice también el propósito de no volver a la aula, y, como era malo, lo cumplí puntualmente. Y éstas han sido todas las lecciones, los actos, los cursos y los ejercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos lógicos muy mal vistos fueron todos los adornos y elementos de mis estudios. Considere el que ha llegado hasta aquí leyendo, la materia de que se hacen los doctores y los hombres que escriben libros de moralidades y doctrinas, y verá que la necedad del vulgo y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus créditos y sus exaltaciones. Yo sé de mí que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicación, los libros, los maestros y de todo cuanto debe concurrir a formar un hombre medianamente erudito; y me han cacareado las obras y

las palabras, a pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos y las continuas burlas y desprecios con que las he satirizado. Arrimé desde este suceso la Lógica y cogí nuevo horror a las ciencias, de modo que en cinco años no volví a ver libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las novelas, las comedias y los autores romancistas me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado; y éstos me dejaron descuidadamente en la memoria tal cual estilo y expresión castellana con que me bandeó para darme a entender en las conversaciones, los libros y las correspondencias.

Hundido en el ocio y la inquietud escandalosa, y sin háberme quedado con más obligación que la de asistir a la cátedra de Retórica, que era la advocación de mi beca, proseguí en el colegio, sufrido y tolerado de la lástima y del respeto a mis pobres padres. En este ajte no adelanté más que la libertad de poder salir de casa, y algún bien que a mi salud le pudo dar el ejercicio. Era el catedrático el doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna. Los que conocieron al maestro, y han tratado al discípulo, podrán discurrir lo que él me pudo enseñar, y yo aprender. Acuérdomé que nos leía a mí y a otros dos colegiales por un libro castellano, y éste se le perdió una mañana viniendo a escuela; puso varios carteles, ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no pareció, con que nos quedamos sin arte y sin maestro, gastando la hora de la cátedra en conversaciones, chanzas y novedades inútiles y aun disparatadas.

Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia implacable a meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean a los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí a bailar, a jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos, y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos, para librarme de la reclusión y las tareas en que se deben emplear los buenos colegiales de aquella casa. Abría puertas, falseaba llaves, hendía candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla o escalearla.

NOTE-Seguiamo l'ed. di Guy Mercadier, Madrid, Castalia, 1972. Traduzione in Gallo Gasparetti.

estudios mayores: studi umanistici universitari

celador: custode

reverendas: meriti

beca colorada: sciarpa rossa contrassegna dei collegiali

descocado: sfacciato

perdulario: negligente

FEIJOO
PARALELO DE LAS LENGUAS
CASTELLANA Y FRANCESA

Dos extremos, entrambos reprehensibles, noto en nuestros españoles, en orden a las cosas nacionales: unos las engrandecen hasta el cielo; otros las abaten hasta el abismo. Aquellos que ni con el trato de los extranjeros, ni con la lectura de los libros espaciaron su espíritu fuera del recinto de su patria, juzgan que cuanto hay de bueno en el mundo, está encerrado en ella. De aquí aquel bárbaro desdén con que miran a las demás naciones, asquean su idioma, abominan sus costumbres, no quieren escuchar o escuchan con irrisión sus adelantamientos en artes y ciencias. Bástales ver a otro español con un libro italiano o francés en la mano para condenarle por genio extravagante o ridículo. Dicen que cuanto hay bueno y digno de ser leído se halla escrito en los dos idiomas latino y castellano; que los libros extranjeros, especialmente franceses, no traen de nuevo sino bagatelas y sutilidades; pero del error que padecen en esto diremos algo abajo.

Por el contrario, los que han peregrinado por varias tierras, o sin salir de la suya comerciado con extranjeros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados a lenguas y noticias, todas las cosas de otras naciones miran con admiración; las de la nuestra, con desdén. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, según su dictamen, la delicadeza, la policia, el buen gusto; acá todo es rudeza y barbarie. Es cosa graciosa ver a algunos de estos nacionistas (que tomo por lo mismo que antinacionales) hacer violencia a todos sus miembros para imitar a los extranjeros en gestos, movimientos y acciones, poniendo especial estudio en andar como ellos andan, sentarse como

se sientan, reírse como se ríen, hacer la cortesía como ellos la hacen, y así de todo lo demás. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse, y yo me alegraría que lo lograsen entorpecidamente porque nuestra nación descartase tales figuras.

Entre éstos y aun fuera de éstos sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, profiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él salpican la conversación, aun cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda, pues los que hablan castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos.

NOTE-Per il testo seguiamo l'ed. dei Clásicos Castellanos (nº 48), Madrid, Espasa Calpe 1941.
policia:urbanità
nacionistas:costruito su naciòn
Il brano è tratto dal Teatro critico universal.

CADALSO

CARTA LI

DEL MISMO AL MISMO

Una de las palabras cuya explicación ocupa más lugar en el diccionario de mi amigo Nuño es la voz *política*, y su adjetivo derivado *político*. Quiero copiar todo el párrafo; dice así:

Política viene de la voz griega que significa ciudad, de donde se infiere que su verdadero sentido es la ciencia de gobernar pueblos, y que los políticos son aquéllos que están en semejantes encargos, o por lo menos en carrera de llegar a estar con ellos. En este supuesto aquí acabaría este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre otros sujetos que se hallan muy lejos de verse en tal situación, ni merecer tal respeto. Y de la corrupción de esta palabra mal apro-

piada a estas gentes nace la precisión de extenderme más.

Políticos de esta segunda clase son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrecen. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en semejantes hombres. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de ellos. Un jardín no es fragante, ni una fruta es deliciosa; ni un campo es ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo; ni la comida les satisface, ni la conversación les ofrece gusto, ni la salud les produce alegría, ni la amistad les da consuelo, ni el amor les presenta delicia; ni la juventud les fortalece. Nada importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero éstos no conocen más que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormentos inaguantables todas las varias contingencias e infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano. La risa y el llanto en estos hombres son como las aguas del río que han pasado por parajes pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero sabor y color. El continuo artificio, que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun a sí mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dejado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambición que les guía. En su concepto, el día es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al público, pero son tan ineptos, que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculidades, vicios, y tal vez delitos; según el muy verdadero proverbio francés, que ninguno es héroe para con su ayuda de cámara. De aquí nace revelarse tantos secretos, descubrirse tantas maquinaciones, y, en substancia, mostrarse los hombres ser defectuosos, por más que quieran parecerse semidiosos.

En medio de lo odioso que es y debe ser a lo común de los hombres el que está agitado de semejante delirio, que a manera de frenético debería ser encadenado, porque no haga daño a cuantos

hombres, mujeres y niños encuentre por las calles, suele ser divertido su manejo para el que lo ve de lejos. Aquella diversidad de astucias, ardidés y artificios es un gracioso espectáculo para quien no la teme. Pero para lo que no basta la paciencia humana es para mirar todas estas maquinaciones manejadas por un ignorante ciego, que se figura a sí mismo tan incomprendible como los demás le conocen necio. Creen muchos de éstos que la mala intención puede suplir al talento, a la viveza y al demás conjunto que se ven en muchos libros, pero en pocas personas.

NOTE-Per il testo seguiamo l'ed. delle *Cartas Marruecas* a c. di J. Tamayo y Rubio, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos n°112) 1935

3

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

EL SÍ DE LAS NIÑAS

ESCENA XI

DORA IRENE, D. DIEGO

DOÑA IRENE

Conque, señor D. Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos días... *(Apaga la luz que está sobre la mesa.)* ¿Reza usted?

D. DIEGO

(Paseándose con inquietud.) Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que caganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO

Sí; no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE

¿Pues qué?... Dígalo usted, por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebrá, ni la conserva de tamarindos; nada me ha servido; de manera que...

D. DIEGO

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de qué tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que todo esté a la vela y no haya detención.

D. DIEGO

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse *(Siéntanse los dos)* por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO

Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE

Bien, vamos, hable usted.

D. DIEGO

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE

¿Qué dice usted?

D. DIEGO

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE

Pero ¿quién le ha contado a usted esos disparates?

D. DIEGO

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es éste?

DOÑA IRENE

(Llora.) ¡Pobre de mí!

D. DIEGO

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO

Señora Doña Irene...

DOÑA IRENE

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada

de esta manera, cómo un estropajo, como una puerta ceciente, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

D. DIEGO

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO

Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirle?

DOÑA IRENE

¡Ay! No, señor; que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

D. DIEGO

Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos, y luego que usted sepa lo que hay, lllore y gima, y grite y diga cuanto quiera... Pero, entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE

Diga usted lo que le dé la gana.

D. DIEGO

Que no volvamos otra vez a llorar y a...

DOÑA IRENE

No, señor; ya no lloro. *(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

D. DIEGO

Fues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y, por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia,

lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente a hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA IRENE

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. DIEGO

Volvemos otra vez a lo mismo... No señora; no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? Conque la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... ¡Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor deslíz!

D. DIEGO

Aquí no se trata de ningún deslíz, señora Doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es causarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón. *(Saca el papel de D. Carlos y se le da a D. Irene. Ella, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase D. Diego y procura en vano contenerla.)*

DOÑA IRENE

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

D. DIEGO

Pero ¿a qué es llamarlas?

DOÑA IRENE

¡Sí, señor; que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

D. DIEGO

Lo echó todo a rodar... Esto le suceda a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE,
D. DIEGO

RITA

Señora.

DOÑA FRANCISCA

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE

¡Sí, hija, sí; porque el señor D. Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son éstos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice? (Presentando el papel abierto a D.^a Francisca.)

RITA

(Aparte a D.^a Francisca.) Su letra es.

DOÑA FRANCISCA

¿Qué maldad!... Señor D. Diego, ¿así cumple usted su palabra?

D. DIEGO

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí. (Tomando de una mano a D.^a Francisca, la pone a su lado.) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (Quitándole el papel.) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO

Pues éste es el papel que tujaron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) Bien mío; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no expresé de dolor. Me

mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo D. Carlos, no D. Félix. D. Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.—Carlos de Urbina.

DOÑA IRENE

¿Conque hay eso?

DOÑA FRANCISCA

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE

¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(Se encamina hacia D.^a Francisca, muy colérica, y en ademán de querer maltratarla. Rita y D. Diego lo estorban.)

DOÑA FRANCISCA

¡Madre!... ¡Perdón!

DOÑA IRENE

No, señor; que la he de matar.

D. DIEGO

¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE

He de matarla.

ESCENA XIII

D. CARLOS, D. DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale D. Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a D.^a Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. D.^a Irene se asusta y se retira.)

D. CARLOS

Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA

¡Carlos!

D. CARLOS

(A D. Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE

6

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío? ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¿Qué escándalo!

D. DIEGO

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer.

(Se abrazan D. Carlos y D.^a Francisca, y después se arrodillan a los pies de D. Diego.)

DOÑA IRENE

¿Conque su sobrino de usted?

D. DIEGO

Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos; qué es esto?

DOÑA FRANCISCA

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(Los hace levantar con expresión de sorpresa.)

DOÑA IRENE

¿Y es posible que usted se determina a hacer un sacrificio?...

D. DIEGO

Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita! ¿Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS

Si nuestro amor (Besándole las manos), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE

¿Conque el bueno de D. Carlos! Vaya que...

D. DIEGO

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, y éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarte. (Abrazando a D. Carlos. D.^a Francisca se arrodilla y besa la mano a su madre.) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cier-to que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos. (Se besan D.^a Francisca y Rita.)

DOÑA FRANCISCA

Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieras tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO

Paquita hermosa (Abraza a D.^a Francisca), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a D.^a Francisca y a D. Carlos) seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel..., no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricia en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS

¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO

Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN

la Estichezza
comisario ordenador: commissario capo
conserva de tamarindos: come i precedenti a rimedio contro
NOTA: Seguíamo l'ed. di René Andúo, Madrid, Castella, 1975.
Levantes: i sette venerdì successivi alla Pasqua.

7

JOSÉ DE ESPRONCEDA

de EL DIABLO MUNDO

CANTO II (1)

A TERESA

DESCANSA EN PAZ

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra,
por todas partes de delicias lleno,
de qué Dios ama al hombre hermosa
salga la voz alegre de mi seno muestra;
a celebrar esta vivienda nuestra.
¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra aula, criaturas!
... (María, por don. Miguel de los Santos
Alvarez.)

Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay, que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón solo un gemido,

(1) Este canto es un desahogo de mi corazón; sólo lo he escrito sin escrúpulos el que no quiera leerlo, pues no está ligado en manera alguna con el poema. (N. del A.)

y el llanto que al dolor los ojos niegan.
lágrimas son de hiel que el alma apagan.
¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
ajornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve puras,
al sol de mi esperanza desplegando,
pasaban, ¡ay!, a mi alrededor cantando.

Conjocaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
al bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que hora el alma mía!
¡Oh! ¿Cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces, cual guerrera nave
que el puerto deja por la vez primera,
y el soplo de los céfiros suave
orgullosa despliega su bandera,
y al mar dejando que a sus pies alabe
tu triunfo en roncos cantos, va, vete,
una ola tras otra bramadora
hollando y dividiendo vendedora.

¡ay!, en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor, volaba; el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana;
dentro de ella, el amor, cual rica fuente
que entre frescura y arboledas mana,
bronaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso gula;
la libertad, con su inmortal aliento,
santa diosa mi espíritu encendía,
continuo imaginando en mí la pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fría

Y el arroyo de Sócrates valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atrojadora y elocuente
del orador de Atenas, la bandera
contra el tirano macedonio alzando,
y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fe del caballero,
del trovador el arpa y los cantares,
del gótico castillo el alcahuete
antiguo torrazón, do sus pesares
cantó tal vez con eco lastimero,
¡ay!, arrancada de sus patios lares,
joven cautiva, al rayo de la luna;
lamentando su ausencia y su fortuna,

el dulce anhelo del amor que aguarda
tal vez inquieto y con mortal recelo,
la forma bella que cruzó gallarda,
allá en la noche, entre el moderato velo,
la ansiada cita que en llegar se tarda
al impaciente y amoroso anhelo,
la mujer y la voz de su dulzura,
que inspira al alma celestial ternura,

a un tiempo mismo en rápida tormenta,
mi alma alborotaban de continuo,
cual las olas que azota con violenta
cólera, impetuoso torbellino;
soñaba al héroe ya, la plebe aienta
en mi voz escuchaba su destino,
ya al caballero, al trovador soñaba,
y de glorias y amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
que el alma solo recogida entiende:
un sentimiento misterioso y santo
que del barro al espíritu desprendé:

agreste, vago y solitario encanto,
que en inefable amor el alma enciende,
volando tras la imagen peregrina
el corazón de su ilusión divina.

Yo, desertado en extranjera playa,
con los ojos extático seguía
la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la patria mía;
yo, cuando en Occidente el sol desmayaba,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oír pensaba el armonioso acento
de una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora;
del sol poniente al lánguido desmayo,
lejos, entre las nubes se evapora;
sobre las cumbres que florece el mayo,
brilla fugaz al despuntar la aurora;
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
allá en la noche desprendida estrella;
al aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella,
blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera y que su planta huella,
y en la tarde la mar olas le ofrece
de plata y de zafir, donde se mece.

NOTE-Seguiano per il testo l'ed. delle Obras poéticas completas a c.
di J. J. Romanchina, Madrid, Aguilar, 1972.

Sonetto: ABBAAABACDECDE.

Canto a Teresa: octavas reales (di endecasillabi, secondo lo schema
ABABABCC).

Miguel de los Santos Alvarez: poeta romantico spagnolo (1817-1892)

v24) velera: velos

v31) bromador: furibonda

v32) holandés: olandese

v54) orador de Atenas: Estoteano (384-322 a.C.), famoso specialmente per
le orazioni contro Filippo di Macedonia (il tirano macedonio del v.55)

EL CASTELLANO VIEJO

YA en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que parecería el negarse grosería; o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábase días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Erubescido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocas encontronas que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cueros elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar a entender que desconocía este energético modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quien fuese tan mi amigo para tratarle tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió

dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos y sujetándome por detrás:

—¿Quién soy? —gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura—. ¿Quién soy?

—[Un animal [irracional] —iba a responderle; pero me acordé de repente de quien podría ser, y substituyendo cantidades iguales—: Braulio eres —le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos a entrambos en escena.

—¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera sino tú...?

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?

—No, Braulio, no he venido.

—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? —es la pregunta del español—. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo; el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijó de tí que no vayas a dármeles; pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo —insisto ya temblando.

—¿No puedes?

—Gracias.

—¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una [alevosa] sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

—No es eso, sino que...

—Pues si no es eso —me interrumpe—, te espero a las dos: en casa se come a la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondaña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fue preciso ceder.

—Un día malo —dije para mí— cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltará, si no quieres que risámos.

—No faltará —dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

—Puesta hasta mañana —[mi Bachiller]—, y me dió un tornisocón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discutiendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo; y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cínfila atada al ojal y una crucecita a la sobriba de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se aponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a todo o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado carifio; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolias son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrescencia bastante visible sobre entambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere por plantarle una fresca al lucero del alba como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le espera a uno cara a cara. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir cumplo y miento; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la flunra es para él poco más que griego; cree que toda la crianza está reducida a decir Dios guarde a ustedes al entrar en una sala, y añadir con permiso de usted cada vez que se mueve; a preguntarle a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de pividárselas como

de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman su cabeza, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta para comer con una mesa baja, poco más que banquetta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores —exclamó el anfitrión una vez sentado—; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys? —frase que creyó preciso decir.

—Necia afectación es ésta, si es mentira —dije yo para mí—; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gue-

to fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburríamos unos a otros.

—Sírvase usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted a la señora.

—Está bien ahí.

—Perdón usted.

—Gracias.

—Sin etiqueta, señores —exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.

Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas imperinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato: cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguió un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar nada.

—Este plato hay que disimularle —decía ésta de unos pichones—; están un poco quemados.

—Pero, mujer...

—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

—¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente! —exclamábamos todos dejándonoslo en el plato—.

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar. ¡El criado es tan brutal!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En eso no tienes razón, porque es...

—Es malísimo.

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender [a todos] entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían

tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fue preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

—Señora, no se incomode usted por eso —le dijo el que a su lado tenía.

—¡Ah! les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es estar otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendréis...

—Usted, señora mía, hará lo que...

—¡Braulio! ¡Braulio!

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del desco de dar a entender la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llamaba él a estar bien servido y al saber comer. ¡Hey nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto; el niño que a mi izquierda tenía, había saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las ayes que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.

—Este capón no tiene coyunturas —exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha.

¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

NOTE—ed. di S. Correa Calderón ("Artículos varios"), Madrid, Castalia, 1976.

con mis días: è il mio compleanno.

nievesu: perfidia

rondaña: musica di Ronda (jota) simile al fandango

omolstos: omoplate, scapole

plantaria una fresca al lucero del alba: canterle chiere (fresca è propriamente l'insolenza)

aspetta a uno cara a cara: dice quello che va detto in faccia

se salia de cadra: strabordava

Gaplays: ristorante di Madrid

embuchados: insaccati

mechada: lardellata

diligencia: commissione

narraes: fetta di prosciutto

coyunturas: giunture delle ossa

JOSÉ ZORRILLA

DON JUAN TENORIO

ACTO I

Escena XII

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, caballeros, curiosos, enmascarados

AVELLANEDA

(A Centellas, por don Juan.)
Verás aquél, si ellos vienen,
qué buen chabec que se lleva.

CENTELLAS

(A Avellaneda, por don Luis.)
Pues allí va otro a ocupar
la otra silla: ¡uf, aquí es ella!

JUAN

(A don Luis.)
Esa silla está comprada,
hidalgo.

LUIS

(A don Juan.)
Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
lengo yo esotra pagada.

JUAN

Que ésta es mía haré notorio.

LUIS

Y yo también que ésta es mía.

JUAN

Luego sois don Luis Mejía.

LUIS

Seréis, pues, don Juan Tenorio.

JUAN

Puede ser.

LUIS

Vos lo decís.

JUAN

¿No os fiáis?

LUIS

No.

JUAN

Yo tampoco.

LUIS

Pues no hagamos más el coco.

JUAN

Yo soy don Juan.
(Quitándose la máscara.)

LUIS

Yo don Luis. (Id.)

(Se descubren y se sientan. El Capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van a ellos y les saludan; abrazan y dan la mano, y hacen otras semejanzas muestras de cariño y amistad. Don Juan y don Luis las aceptan cortésmente.)

CENTELLAS

¡Don Juan!

AVELLANEDA

¡Don Luis!

JUAN

¡Caballeros!

LUIS

¡Oh amigos! ¿Qué dicha es ésta?

AVELLANEDA

¡Salíamos vuestra apuesta,
y hemos acudido a veros.

LUIS

Don Juan y yo tal bondad
en mucho os agradecemos.

JUAN

El tiempo no malgastemos,
don Luis. (A los otros) Sillas arrimad.
(A los que están lejos)

Caballeros, yo supongo
que a ustedes también aquí
les trae la apuesta, y por mí
a antojo tal no me opongo.

LUIS

Ni yo; que aunque nada más
fue el empeño entre los dos,
no ha de decirse, por Dios,
qué me avergonzá jamás.

JUAN

Ni a mí, que el orbe es testigo
de qué hipócrita no soy,
pues por doquiera que voy
va el escándalo conmigo.

LUIS

¡Eh! ¿Y esos dos no se llegan
a escuchar? ¡Vos!

(Por don Diego y don Gonzalo)

DIEGO

Yo estoy bien.

LUIS

¿Y vos?

GONZALO

De aquí oigo también.

LUIS

Hazán tendrán si se niegan.
(Se sientan todos alrededor de la mesa en que están don Luis Mejía y don Juan Tenorio.)

JUAN

¿Estamos listos?

LUIS

Estamos.

JUAN

Como quien somos cumplimos.

LUIS

Vamos, pues, lo que hicimos.

JUAN

Hébanos antes.

LUIS

Rebamos. (Lo hacen.)

JUAN

La puesta fue...

LUIS

Porque un día

dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

JUAN

Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: "Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio".
¿No es así?

LUIS

Sin duda alguna;

y vinimos a apostar
quién de ambos subiría obrar
peor, con mejor fortuna.

en el término de un año;
juatándonos aquí hoy
a probarlo.

JUAN
Y aquí estoy.

Luis
Y yo.

CENTELLAS
Empeño bien extraño,
por vida mía!

JUAN
Hablad, pues.

Luis
No, vos debéis empezar.

JUAN
Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo, desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene al placer un palacio
de la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
dijeme: "¿Dónde mejor?
Dónde hay soldados hay juego,
hay pendencias y amoríos."
Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amoros y desafíos.
En Roma, a mi apuerta flal,
fijé, entra hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.
De aquellos días la historia
a relataros renunció:
remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas, caprichosas;
las costumbres, licenciosas;
yo, gallardo y calaverá:

quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?
Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un disfraz harlé ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorear.
Fui al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su campaña
tres cinco o seis desafíos.
Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
"Aquí está don Juan Tenorio
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscriba;
y la cualquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.
Busquenle los reñidores,
cérquenle los jugadores;
quien se pracie, que lo ataja;
a ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid o en amores."
Este escríbí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por dondequiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarpecé,
a la justicia hurlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabezas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escudé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni recuerdo, sagrada,
ni hubo razón ni lugar
por mí quehubiera respaldado;
ni en distinguir me he parado
al mérito del seglar.
A quien quise provocué,
con quien quise me batí,
y nunca consideré
qué pudo malarme a mí
aquí a quien yo maté.

A este don Juan se arrojó,
y escribió en este papel
está cuanto conaiguó;
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

Luis
Leed, pues.

JUAN
No, digamos antes
vuestras bizarras extremas,
y si traéis terminantes
vuestras notas comprobantes,
lo escrito cotejaremos.

Luis
Decid bien; cosa es que está,
don Juan, muy puesta en razón;
aunque, a mi ver, poco irá
de una a otra relación.

JUAN
Empezad, pues.

Luis
Allá va.
Buscando yo, como vos,
a mi aliento empresas grandes,
dije, "Dó irá, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos,
que vaya mejor que a Flandes?"
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas
ocasiones extremadas
de rifas y galanteos",
y en Flandes conmigo di.
Mas con tan negra fortuna
que al más de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
doble a doble, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía;
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tall!,
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en Ganta

el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen Obispo
bajó a presidir el coro,
y aún de alegría me crispó
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro;
mas, mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro:
reñimos, yo fui más diestro
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente;
¡arés yo amistad franca;
pero a la noche siguientes
huí, y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que "quien roba al ladrón
ha cien años de perdón",
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a Alemania opulenta;
mas un provincial jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció y al momento
me delató en un anónimo.
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel;
y toquado en un sendero
al fraile, le envié cartero
una bala envuelta en él.
Salté a Francia, ¡buen país!,
y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.
Pararé aquí algunos meses,
y no trae más intereses
ni es a quien a más empresas,
que a adorar a las francesas
y reñir con los franceses.
Esto escribí, y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño
dónde no me hallara yo.
Mas, como don Juan, mi historia
también a alargar renunció;
que basta para mi gloria
la magallíca memoria
que allí dejé con mi anuncio.

Y así vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a los mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: mas se me anhoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A esto don Luis se arrojó
y escribió en este papel
está lo que conseguí:
y lo que en él escribió,
mantenido está por él.

JUAN

La historia es tan semejante,
que está en el fiel la balanza;
mas vamos a lo importante,
que es el guarismo que alcanza
el papel: conque adelante.

LUIS

Razón tenéis, en verdad.
Aquí está el caso: mirad,
por una línea apartados
traigo los nombres sentados,
para mayor claridad.

JUAN

Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el caso:
en dos líneas separadas,
los muertos en desafío
y las mujeres burladas.
Contad.

LUIS

Contad.

JUAN

Veinte y tres.

LUIS

¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

JUAN

Son los muertos.

LUIS

Malar es.

JUAN

Nueve os llevo.

LUIS

Me vencéis.

Pasemos a las conquistas.

JUAN

Sumo aquí cincuenta y seis.

LUIS

Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

JUAN

Pues perdéis.

LUIS

¡Es increíble, don Juan!

JUAN

Si lo dudáis, apuntados
los testigos aquí están,
que si fueran preguntados
os lo testificarán.

LUIS

¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

JUAN

Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?

NOTE-Seguimos l'ed. delle Obras Completas (Valladolid, 1943).
Traduzione italiana di F. Rossini (Zorrilla, Teatro, Torino, UTET, 1974).
Metro: la scena inizia con una quartina di ottonari risonanzata in se-
de pari; seguono redondillas (quartine di ottonari di schema abba) fino
al v. "Por vida mía-Hablad pues" con cui inizia una quartina a rime
alterno (abab); dopo quest'ultima fino al termine della scena décimas
di ottonari di schema abaabcdcdc o abaabcdcdc.
chasco: delusione
hagamos el caso: facciamo complimenti
bizarros: oraggiosi
me crispo: rabbrivisco
cruce: infilzai
guarismo: cifre.

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
sacencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarle, y apenas ¡oh, hermosa!
si teniendo en mis manos las tuyas
podiera, al oído, cantártelo a solas.

IV

No digás que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas,
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista,
mientras el aire en su regazo lleve
perfumas y armonías,
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina,
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llora, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila:

mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran,
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía!

XXVI

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón
creas que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor,
crees que por tu nombre te ha llamado
lejana voz,
sabe que entre las sombras que te cercan
te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche
tu corazón,
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
respiro yo.

XXIX

La bocca mi bacció tutto tremante...

Sobre la falda tenía
el libro abierto,
en mi mejilla tocaban
sus rizos negros:
no velamos las letras
ninguno, creo,
mas guardábamos ambos
hondo silencio.

¿Cuánto duró? Ni aun entonces
pude saberlo.
Sólo sé que no se oía

más que el aliento,
que apresurado escapaba
del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos
los dos a un tiempo
y nuestros ojos se hallaron
y sonó un beso.

Creación de Dante era el libro,
era su Infierno.

Cuando a él bajamos los ojos
yo dije trémulo:
¿Comprendes ya que un poema
cabe en un verso?
Y ella respondió encendida:
— ¡Ya lo comprendo!

LII

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria.
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar
y otra vez a la tarde aún más hermosas
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
así... ¡no te querrán!

XV

(60)*

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro.

* Libro de los gorriones, págs. 579-580. *Album de Señoritas y Corvas de la Moda*, núm. 375, 24 de octubre de 1860; *El Museo Literario* (Valencia), núm. 6, 6 de noviembre de 1864; *El Museo Universal*, núm. 9, 4 de marzo de 1866. Fortanet, t. II, pág. 266. Existen asimismo dos manuscritos anteriores al Libro de los gorriones, uno reproducido fotográficamente en *La Ilustración Artística* (Barcelona), núm. 261, 27 de diciembre de 1886, pág. 372; en la misma revista, núm. 684, 4 de febrero de 1895, pág. 115; en Juan López Núñez, *Vida anecdótica de Bécquer*, s.l.n.a. (Madrid, 1915), entre las págs. 130 y 131; en José Vázquez, *Bécquer*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1929, y en Rafael Montesinos, *Bécquer. biografía e imagen*, Barcelona, Editorial RM, 1977, lámina 57, pág. 184 (sigla MSXVB), y otro que pertenece al Archivo Municipal del Ayuntamiento de Sevilla (sigla MSXVS), estudiado por Francisco López Estrada, en dos artículos: «Comentario de la rima XV... de Bécquer», en *El comentario de textos*, Madrid, Castalia, 1973, págs. 87-125, y «El manuscrito de la rima XV de Bécquer del Archivo Municipal de Sevilla», *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas* (1971), II (Salamanca, 1982), págs. 157-168, donde se reproducen ambos manuscritos.

3-4 [En las revistas y los manuscritos anteriores al LG estos versos forman uno solo, decasilábico.]

RIMAS

5 beso del aura, onda de luz,
eso eres tú.

10 ¡Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces!
¡Como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul!

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,

9 MusLi, MSXVS: como la niebla, como el sonido. 10 MusLi, MSXVS: como la llama, como el gemido. 11 AlbSe, MSXVB: como el gemido del lago azul [el verso anterior, un pentámetro impreso en línea aparte, es: «como la niebla»]. 12 AlbSe: En mar sin playas onda espumante. 12 MSXVB: En mar sin playas ola espumante.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor,
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía
los ojos vuelo de noche y día;
yo, que incansable corto y demente
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

14-15 [En las revistas y los manuscritos anteriores al LG estos versos forman uno solo, decasilábico.] 16 AlbSe, MusLi, MSXVB, MSXVS: vaga esperanza de algo mejor. 20 AlbSe, MSXVB: yo que incansable, corto demente. 20 MusLi: yo que incesante corro en mi empeño. 20 MSXVS: yo que en mis sueños, corro (y) demente. 21 MusLi: tras una sombra, tras el ensueño. 21-22 AlbSe, MSXVB: tras una sombra, / tras la hija ardiente de una visión [divididos así]. 22 MusLi: de un loco amor. 22 Ediciones vulgares del siglo XX: ilusión.

La primera versión impresa de 1860 lleva el título «Tú y yo. Melodía», y en las demás versiones anteriores al LG se ha abreviado el título, quedando en «Tú y yo» simplemente.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,

RIMAS

17

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I

—Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares; ¡no veis que se dirige hacia la fuente de los Alamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencá-

denada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! —gritó Iñigo entonces—. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? —exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos—. ¿Qué haces, imbécil? ¡Es que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor —murmuró Iñigo entre dientes—, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha —prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves? ¿Lo ves?... Aun se distingue a intervalos desde aquí..., las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame...; suelta esa brida o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus! ¡Re-lámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

II

—Tenéis la color quebrada; andáis mustie y sombrío; ¿qué os sucede? Desde aquel día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Alamos en pos de la res herida, daríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros en la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo en balde busco en la bandolera los

despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moneayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! —exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí —dijo el joven—; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarse junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicaciones, llegué a la fuente de los Alamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plan-

tas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, y no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando, al despuntar la mañana, me veía tomar la ballesta y dirigirme al monte, no era nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi *Relámpago* creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálizos parecían esmeraldas..., no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquéllos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...

—¡Verdes! —exclamó Inigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh, no! —dijo el montero—. ¡Libreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trago, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más amáis en la tierra, a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que más amo!... —murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí —prosiguió el anciano—: por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dió la vida, y todo el cariño que pueden atesorar las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la

lágrima que temblaba en los párpados de Ifigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

III

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobré una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Admenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizados caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhaló un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! —exclamó Fernando al ver burlada su esperanza— ¡Querrás que dé crédito a lo que

de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas, yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebatado de amor:

—Si lo fueses..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando —dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música—, yo te amo más aún que tú me amas; yo, que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y transparente, habla con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¡Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles:

el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven...; ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven...; ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dió un paso hacia ella...; otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

BENITO PÉREZ GALDOS

de FORTUNATA Y JACINTA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

JUANITO SANTA CRUZ

Las noticias más remotas que tengo de la persona que lleva este nombre me las ha dado Jacinta María Villalonga, y alcanzan al tiempo en que este amigo mío, y el otro, y el de más allá, Zalameiro, Joaquinito Pez, Alejandro Miquis, iban a las aulas de la Universidad. No cursaban todos el mismo año, y aunque se reunían en la cátedra de Camus, separábanse en la de Derecho romano: el chico de Santa Cruz era discípulo de Novar, y Villalonga, de Coronado. Ni tenían todos el mismo grado de aplicación: Zalameiro, juicioso y circunspecto como pocos, era de los que se ponían en la primera fila de bancos, mirando con las complacidas al profesor mientras explica, y haciendo con la cabeza discretas señales de asentimiento a todo lo que dice. Por el contrario, Santa Cruz y Villalonga se ponían siempre en la grada más alta, envueltos en sus capas, y más parecidos a conspiradores que a estudiantes. Allí pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o soplando mutuamente la lección cuando el catedrático les preguntaba. Juanito Santa Cruz y Miquis llevaron un día una sartén (no sé si a la clase de Novar o a la de Uribe, que explicaba Metafísica) e hicieron un par de hueyos. Otras muchas tonterías de este jaez cuenta Villalonga, las cuales no copio por no alargar este relato. Todos ellos, a excepción de Miquis, que se murió el 64, sonando con la gloria de Schiller, metieron infernal bulla en el célebre alboroto de la noche de San Daniel. Hasta el formalito Zalameiro se descompuso en aquella ruidosa ocasión, dando pitidos y chillando como un salvaje, con

lo cual se ganó dos bofetadas de un guardia veterano, sin más consecuencias. Pero Villalonga y Santa Cruz lo pagaron peor, porque el primero recibió un sablazo en el hombro que le tuvo desoregado por espacio de dos meses largos, y el segundo fue cogido junto a la esquina del teatro Real, y llevado a la Prevención, en una cuerda de presos, compuesta de varios estudiantes decentes y algunos pilluelos de muy mal pelaje. A la sombra me lo tuvieron veintitantas horas, y aún durará más su cautiverio si de él no le sacara, el día 11, su papá, sujeto respetabilísimo y muy bien relacionado.

¡Ay! El susto que se llevaron don Baldomero Santa Cruz y Barbarita no es para contarlo. ¡Qué noche de angustia la del 10 al 11! Ambos creían no volver a ver a su adorado nene, en quien, por ser único, se miraban y se recreaban con inefables gozos de pedras chochos de carlino, aunque no eran viejos. Cuando el tal Juanito entró en su casa, pálido y hambriento, descompuesta la faz graciosa, la rojiza llena de sietes y oliendo a pueblo, su mamá vacilaba entre reírle y comérsese a besos. El insignie Santa Cruz, que se había enriquecido honradamente en el comercio de paños, figuraba con firmeza en el antiguo partido progresista, más no era socio de la revoltosa tertulia, porque las inclinaciones antidinásticas de Oizaga y Prim le hacían muy poca gracia. Su club era el salón de un amigo y pariente, al cual iban casi todas las noches don Manuel Cantero, don Cirilo Alvarez y don Joaquín Aguirre, y algunas don Pascual Madoc. No podía ser, pues, don Baldomero, por razón de afinidades personales, sospechoso al Poder. Ocho que fue Cantero quien le acompañó a Gobernación para ver a González Bravo, y éste le dio al punto la orden para que fuese puesto en libertad el revolucionario, el anarquista, el descomulgado Juanito.

Cuando el niño estudiaba los últimos años de su carrera, verificóse en él uno de esos cambios críticos que tan comunes son en la edad juvenil. De travieso y alborotado, volvióse tan juiciosillo, que al mismo Zalameiro daba quines y raya. Entróse la comeción de cumplir religiosamente sus deberes escolásticos, y aún de instruirse por su cuenta con lecturas sin tasa y con ejercicios de controversia y paltique deciamatorio entre amigos. No sólo iba a clase puntualísimo y cargado de apuntes, sino que se ponía en la grada primera para mirar al profesor con cara de aprovechamiento, sin quitarle ojo, cual si fuera una novia, y aprobar con cabezadas la explicación, como diciendo: «Yo también me sé eso y algo más.» Al concluir la clase, era de los que le cortan el paso al catedrático para consultarle un punto oscuro del texto o que les resolviera una duda. Con estas dudas declaran los tales su furibunda aplicación. Fuera de la Universidad, la febre de la ciencia le traía muy desasosegado. Por aquellos días no era todavía costumbre que fuesen al Ateneo los sabios de pecho, que están mamando la leche del conocimiento. Juanito se reunía con otros cachorros en la casa del chico de Tellería (Gustavito), y allí armaban grandes paloterías. Los temas más sutiles de Filosofía, de la Historia y del Derecho, de Metafísica, y de otras ciencias especulativas (pues aún no estaban en moda los estudios experimentales: ni el transformismo, ni Darwin, ni Haeckel) eran para ellos lo que para otros el trompo o la cometa. ¡Qué gran progreso en los entretenimientos de la niñez! Cuando uno piensa que aquellos mismos nenes, si hubieran vivido en edades remotas, se habrían pasado el tiempo mamándose el dedo, o haciendo y diciendo toda suerte de boberías!

Todos los dineros que su papá le daba dejábelos Juanito en casa de Bailly-Baillière, a cuenta de los libros que iba tomando. Reñere Villalonga que un día fue Barbarita repentinamente de gozo y orgullo a la librería, y después de saldar los débitos del niño, dió orden de que entregaran a éste todos los mamotretos que pidiera, aunque fuesen caros y tan grandes como misales. La bondadosa y angelical señora quería poner un freno de modestia a la expresión de su vanidad maternal. Figurábase que ofendía a los demás haciendo ver la supremacía de su hijo entre todos los hijos nacidos y por nacer. No quería tampoco profanar haciéndolo público, aquel encanto íntimo, aquel himno de la conciencia, que podemos llamar los misterios puros de Barbarita. Únicamente se clareaba alguna vez, saltando como al descuido estas entrecortadas razones: «¡Ay, qué chico!... ¡Cuánto lee! Yo digo que esas cabezas tienen algo, algo, sí, señor, que no tienen las demás... En fin, más vale que le dé por ahí...»

Concluyó Santa Cruz la carrera de Derecho, y de añadidura la de Filosofía y Letras. Sus papás eran muy ricos y

no querían que el niño fuese comerciante, ni había para qué, pues ellos tampoco lo eran ya. Apenas terminados los estudios académicos, verificóse en Juanito un nuevo cambio, una segunda crisis de crecimiento, de esas que marcan el misterioso paso o transición de edades en el desarrollo individual. Perdió bruscamente la afición a aquellas furiosas broncas oratorias por un más o un menos en cualquier punto de Filosofía o de Historia; empezó a creer ridículos los sofocones que se había tomado por probar que ven las civilizaciones de Oriente, el poder de las castas sacerdotales era un poquito más ilimitado que el de los reyes, contra la opinión de Gustavito Tellería, el cual sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, que era un poquito menos. Dió también en pensar que maldito lo que le importaba que sta concidiera fuera la intimidad total del ser racional consigo mismo, o bien otra cosa semejante, como quería probar, hinchándose de convicción airada, Joaquinito Pez. No tardó, pues en añajar la cabeza a la manía de las lecturas, hasta llegar a no leer absolutamente nada. Barbarita creía, de buena fe, que su hijo no leía ya porque había agotado el pozo de la ciencia.

Tenia Juanito entonces veinticuatro años. Le conocí un día en casa de Federico Cimarra, en un almuerzo que éste dió a sus amigos. Se me ha olvidado la fecha exacta; pero debió de ser ésta hacia el 69, porque recuerdo que se habló mucho de Figuerola, de la capitación y del derribo de la torre de la iglesia de Santa Cruz. Era el hijo de don Balthameyo muy bien parecido, y además muy simpático, de estos hombres que se recomiendan con su figura antes de cautivar con su trato, de estos que en una hora de conversación ganan más amigos que otros repartiendo favores positivos. For lo bien que decía las cosas y la gracia de sus juicios, aparentaba saber más de lo que sabía, y en su boca las paradojas eran más bonitas que las verdades. Vestía con elegancia y tenía tan buena educación, que se le perdonaba fácilmente el hablar demasado. Su instrucción y su ingenio agudísimo le hacían descoliar sobre todos los demás temas de la partida, y aunque a primera vista tenía cierta semejanza con Joaquinito Pez, tratándolos se echaban de ver entre ambos profundas diferencias, pues el chico de Pez, por su ligereza de carácter y la garrulería de su entendimiento, era un verdadero botarate.

Barbarita estaba loca con su hijo; mas era tan discreta y delicada, que no se atrevía a elogiarle delante de sus amigas, sospechando que todas las demás señoras hablarían de tener celos de ella. Si esta pasión de madre daba a Barbarita inefables alegrías, también era causa de zozobras y cavilaciones. Temía que Dios la castigase por su orgullo; temía que el adorado hijo enfermara de la noche a la mañana, y se muriera como

tantas otros de menos mérito físico y moral. Porque no había que pensar que el mérito fuera una inmunidad. Al contrario, los más brutos, los más feos y los perversos son los que se hartan de vivir, y parece que la misma muerte no quiere nada con ellos. Del tormento que estas ideas daban a su alma, se defendía Barbarita con su ardiente fe religiosa. Mientras estaba, una voz interior, susurro dulcísimo, como chismes traídos por el Angel de la Guarda, le decía que su hijo no moriría antes que ella. Los cuidados que al hijo prodigaba eran esmeradísimos; pero no tenía aquella buena señora las tonterías dengosas de algunas madres, que hacen de su cariño una manía insuportable para los que la presencian, y corruptora para las criaturas que son objeto de él. No trataba a su hijo con mimo. Su ternura sabía ser inteligente y revestirse a veces de severidad dulce.

Y ¿por qué le llamaba todo el mundo, y le llama todavía casi unánimemente, Juanito Santa Cruz? Esto sí que no lo sé.

Hay en Madrid muchos casos de esta aplicación del diminutivo o de la fórmula familiar del nombre, aun tratándose de personas que han entrado en la madurez de la vida. Hasta hace pocos años, al autor cien veces ilustra de Pepita Jiménez le llamaban sus amigos y los que no lo eran Juanito Valera. En la sociedad madrileña, la más amena del mundo, porque ha sabido combinar la cortesía con la confluencia, hay algunos Pepes, Manolitos y Pocos que, aun después de haber conquistado la celebridad por diferentes conceptos, continúan nombrados con esta familiaridad democrática que demuestra la llaneza castiza del carácter español. El origen de esto habrá que buscarlo quizá en ternuras domésticas o en hábitos de servidumbre que trascienden sin saber cómo a la vida social. En algunas personas puede relacionarse el diminutivo con el sino. Hay, efectivamente, Manueles que nacieron predestinados para ser Manolitos toda su vida. Sea lo que quiera, al venturoso hijo de don Baldomero Santa Cruz y de doña Bárbara Arnáez le llamaban Juanito, y Juanito le dicen y le dirán quizá hasta que las cañas de él y la muerte de los que le conocieron más vayan alterando, poco a poco, la campegana costumbre.

Conocida la persona y sus felices circunstancias, se comprenderá fácilmente la dirección que tomaron las ideas del joven Santa Cruz al verse en las puerias del mundo con tantas probabilidades de éxito. Ni extrañará nada que un chico guapo, poseedor del arte de agradar y del arte de vestir, hijo único de padres ricos, inteligentemente instruido, de frase seductora en la conversación, pronto en las respuestas, agudo y ocurrente en los juicios, un chico, en fin, al cual se le podría poner el rótulo social de brillante, considerara ocioso y hasta ridiculo el meterse a averiguar si hubo o no un

idioma único primitivo, si el Egipto fué una colonia brahmánica, si la China es absolutamente independiente de tal o cual civilización asiática, con otras cosas que años atrás le quitaban el sueño, pero que ya le tenían sin cuidado; más formente si pensaba que lo que él no averiguase otro lo averiguaría... «Y por último—decía—pongamos que no sé averigüe nunca... ¿Y qué?... El mundo tangible y gustable le seducía más que los incompletos conocimientos de vida que se vislumbran en el fugaz resplandor de las ideas sacadas a la fuerza, chispas obtenidas en nuestro cerebro por la percusión de la voluntad, que es lo que constituye el estudio. Juanito se

hubo por declararse a sí mismo que más sabe el que vive sin querer saber que el que quiere saber sin vivir. Y se aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse; gozar y padecer; desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas, la adquisición de los tesoros de la verdad humana por compra o por estufa, no por el trabajo. No paraban aquí las filosofías de Juanito, y hacía una comparación que no carece de exactitud. Decía que, entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que te vengun a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería.

segunda parte

CAPITULO III

DOÑA LUPE LA DE LOS PAVOS

Maximiliano no se sentó, doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el «Muy bien, señor don Maximiliano, con rebentín sarcástico. For lo general, siempre que su tío le daba tratamiento, llamándole señor don, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

—¡Estarse una matando toda la vida—prosiguió ella—para sacar adelante al dichoso sobrinito, sortearle las enfermedades a fuerza de mimos y cuidados, darle una carrera quitándole yo el pan de la boca, hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos, para que al fin... ¡Buena paga, buenot... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Y vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos a consentir tal deshonra en la familia? Dime que todo es

una chisnada y no se hable más del asunto.
—Maximiliano no podía decir tal cosa, pero tampoco podía decir otra, porque en el fondo de su ánimo empezaban a levantarse olas de emberezo; esas olas se levantaban y se descomponían antes de llegar a la orilla, y esas olas se descomponían cortado, que sintiendo dentro de sí la energía no la podía mostrar, por aquella pánica emoción nerviosa que le embargaba. Dejó escapar sus miradas por la pared testera, como buscando por allí su apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estropos del alma las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que hasta tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las niñas de Samaniego. Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazadas los brazos, la una muy adusta, la otra sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación se llevaba a coiglar las miradas aquí y allí, prendiendo el espíritu en cualquier objeto, aunque fueran las cejas de los clavos que sostenían los retratos.
—Explícate, hombre—añadió doña Lupe, que era vivaz de genio.—¿Es una niña?
—No, señora—respondió el acusado, y con negación que era afirmación, era para darle ánimo, aligerándole un poco la angustia aquella de la boca del estómago.
—¿Estás seguro de que no es chiquitita? ¿Viliente de las tiones tú del mundo y de las mujeres, inocente?... Yo no puedo consentir que una pindonga de ese te coigle y te engañe para timarte tu nombre honrado, como otros timan el resto. Ahí hay que tratarte siempre como a los niños afortunados que están a medio desarrollarse. Hay que recordar que hace cinco años todavía iba yo por la mañana a Autocharty los calzones, y que venías medio dormido solo en tu cuarto. ¿Ideas tan desfavorable de su personalidad exasperaba al joven. Sentía crecer dentro la bravura; pero le faltaban palabras. ¿De qué demonios estaban aquellas condenadas palabras, que no se le ocurrían en trance semejante? El maltrato hábito de la timidez era la causa de aquel silencio estúpido. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él fascinación singularísima, y teniendo mucho que decir no lograba decirlo. ¿Pero qué día ni hora? ¿Cómo empezaría yo?, pensaba, cuando la viste en el retrato de Torquemada y su esposa de bronce.
—Todo se arreglará—indicó doña Lupe en tono conciliador—si consigo quitarle de la cabeza esas humaredas. Porque si tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero séntate. Me da fatiga verte en pie.
—¿Es menester que usted se entere bien?—dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar—; se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar a usted...

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Qué tal sería esto?... ¡Vaya, que un chico delgado como tú metiera con esas viciosidades!... Y no te queda duda... Así, pronto entregares la pelleja. Si caes enfermo, no vengas a que te quide tu tía, que para eso siervo yo, ¿eh?, para eso si sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en tí, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para tí más que una madre, te parece bien que me des este pago, infame, y que te me cases con una mujer de mala vida?
Rubín se puso verde y le salió un amargor intensísimo del corazón a los labios.
—No es eso, tía, no es eso—sostuvo, entrando en posesión de sí mismo.—No es mujer de mala vida. La han engañado a usted.
—El que me ha engañado eres tú con tus encogimientos y tus timideces... Pero ahora lo veremos. No creas que vas a jugar conmigo; no creas que te voy a dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicon?... ¡Ah! ¡Si yo no hubiera tenido tanta confianza!... Pero si he sido una tonta; si me creí que tú no eras capaz de mirar a una mujer. Buena me la has dado; buena. Eres un puerco... En toda la extensión de la palabra.
Maximiliano, embobado, mirando el retrato de Juinita Torquemada. La veía y no la veía, y solo confusamente y con vaguedades de pesadilla, se hacía cargo de la actitud de la señorita, que él veía tratada sobre un fondo marino y aguardando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía encontrar las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme.
—A usted la han informado mal—insistió con torpeza—respecto a la persona... que... Ni hay tal vida airada ni ése es el camino... Yo pensaba decirle a usted: «Tía, pues yo... quiero a esta persona, y... mi conciencia...»
—Cállate, cállate, y no me saques la cólera, que al oírte decir que quieres a una tonta chubasca, me dan ganas de ahogarte, más por tanto que por malo... y al oírte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdona... ¿Sabes lo que te digo?—añadió, alzando la voz.—¿Sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo a tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no me sales de casa. Eya, ya estoy yo en funciones, con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves a traer el aceite de hígado de bacalao. Vete a tu cuarto y quitate las botas. Hoy no me pisas la calle.
Dios sabe lo que iba a contestar el acusado. Quedó suelta en el aire la primera palabra, pero llegó una visita. Era el señor de Torquemada, persona de confianza en la casa, que al entrar iba derecho al gabinete, a la cocina, al comedor o adondequiera que la señora

estuviese. La fisonomía de aquel hombre era difícil de entender. Solo doña Lupe, en virtud de una larga práctica, sabía encontrar algunos jeroglíficos en aquella cara ordinaria y enjuta, que tenía ciertos rasgos de tipo militar con visos clericales. Torquemada había sido alabardero en su mocedad, y conservando el bigote y perilla, que eran ya entrecanos, tenía un no sé qué de eclesiástico, debido, sin duda, a la mansedumbre afectada y dulce, y a un cierto subir y bajar de párpados con que adulteraba su grosería innata. La cabeza se le inclinaba siempre al lado derecho. Su estatura era alta, mas no arrogante; su cabeza calva, crasa y escamosa, con un enrejado de pelos mal extendidos para cubrirlos. Por ser aquel día domingo, llevaba casi limpio el cuello de la camisa, pero la capa era el número de las vueltas acatosas y los rips, con las vueltas acatosas y los rips, betes desahillachados. Los pantalones, mermeados por el crecimiento de las rodilleras, se le subían tanto, que parecía haber montado a caballo sin trabajar. Sus botas, por ser domingo, estaban aquel día embetunadas y eran tan chillonas, que se oían desde una legua.
—¿Y cómo está la familia?—preguntó al tomar asiento, después de dar su mano, siempre sudorosa, a doña Lupe y al sobrino.
—Perfectamente bien—dijo la señora, observando con ansiedad al semblante de Torquemada.—¿Y en casa?
—No hay novedad, a Dios gracias.
Doña Lupe esperaba aquel día noticias de un asunto que le interesaba mucho. Como siempre se ponía en lo peor para que las desgracias no la cogieran desprevenida, pensó, al ver entrar a su agente, que le traía malas nuevas. Temió preguntarle. La cara de militar acostumbrado no expresaba más que un interés decidido por la familia. Al fin, Torquemada, que no gustaba de perder el tiempo, dijo a su amiga:
—Vamos, doña Lupe, que hoy estamos de buena. ¿A que no me acierta usted la peripedia que le traigo?

La fisonomía de la señora se iluminó, pues sabía que su amigo llamaba peripedia a toda sobranza inesperada. Echóse él a reír, y metió mano al bolsillo interior de su americana.
—¡Ay! No me lo diga usted, don Francisco—exclamó doña Lupe con incredulidad, cruzando las manos.—¿Ha pagado...?
—Lo va usted a ver... Yo... tampoco lo esperaba. Como que fui anoche a decirle que el lunes se le embargaría. Hoy por la mañana, cuando me estaba vistiendo para ir a misa, me lo voy entrar. Oír que venía a pedirme más prórrogas. Como siempre nos está engañando, que hoy, que mañana... Yo no le creí ni la Biblia. Es muy fabulista. Pero, en fin, pedradas de éstas nos dan todos los días. Señor de Torquemada—me dice muy serio—, vengo a pagarle a usted... ¿Me quejó lo que llaman alónito. Como que no esperaba la peripedia. Finalmente, que me dió el guano, o sean ocho mil reales, cogió su pagaré y a vivir.
—Lo que yo le decía a usted—observó doña Lupe casi sin poder hablar, con la alegría atravesada en la garganta.—El tal Joaquinito Pez es una persona decente. El pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida y un día tienen, otro no. De eso que será jugador...
Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte a doña Lupe.
—Los seis mil reales de usted...; dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba, como quien dice, perdidos; porque el tal Joaquinito está, según él, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado a quien ha dado el sabiozo? A bien que a nosotros no nos importa.
—Como no le hemos de prestar más...
—Mire usted, doña Lupe—dijo Torquemada, haciendo unas perfectas o con los dedos pulgar e índice y enseñándole a su interlocutora.

—MISERICORDIA—

XXXVIII

Temblosa, llegó a la calle Imperial, y habiendo mandado al moro que se arrimara a la pared y la esperara allí, mientras ella subía y se enteraba de si podía o no alojarse en la que fue su casa, le dijo Almudena:
—No abandónes tú mi amor.
—Pero ¿estás loco? ¿Abandonarte yo ahora que estás malo, y los dos andamos tan de capa caída? No pienses tal desahíto, y aguardame. Te pondré ahí enfrente, a la entrada de la calle de la Lechuga.
—¿No te pagaré tú mi...? ¿Gobernaré pronto?
—En seguidita que ves lo que ocurre

por arriba, y si está de buen temple mi doña Paoc.
Subió Nina sin aliento, y con gran ansiedad tiró de la campanilla. Primera sorpresa; le abrió la puerta una mujer desconocida, jovenzuela, de tipo elegante, con su delantal muy pulcro. Señaló creía soñar. Sin duda los demonios habían levantado en peso la casa para cargar con ella, dejando en su lugar otra que parecía la misma y era muy diferente. Entró la prófuga sin preguntar, con un poco asombro de Dante, que al pronto no la conocía. Pero qué significaban, qué eran, de dónde habían salido aquellos jardines, que formaban como alameda de preciosos arbustos

desde la puerta, en todo lo largo del pasillo? Benina se restregaba los ojos, creyendo hallarse aún bajo la acción de los estúpidos somnolientos de El Pardo, en las fétidas y asfixiantes cuerdas. No, no; no era aquella su casa, no podía ser, y lo confirmaba la aparición de otra figura desconocida, como de cochera fina, bien puesta, de ambiente africano... Y mirando al comedor, cuya puerta al extremo del pasillo se abría, vio... ¡santo Dios, qué maravilla, qué cosa!... ¿Era sueño? No, no, que bien segura estaba de verlo con los ojos corpóricos. Encima de la mesa, pero sin tocar a ella, como suspendido en el aire, había un montón de piedras preciosas, con diferentes brillos, lucos y matices, encarnadas unas, azules o verdes otras. ¡Jesús, qué preciosidad! ¡Acaso doña Paca, más hábil que ella, había efectuado el conjuro del rey Samdat, pidiéndole y obteniendo de él las carretadas de diamantes y zafiros? Antes que pudiera comprender que todo aquel centellear de vidrios procedía de los colgajos de la lámpara del comedor, iluminados por una vela que acababa de encender doña Paca para revisar los cuchillos que de la casa de préstamos acababa de traerle la Juliana, apareció ésta en la puerta del comedor, y cortando el paso a la pobre vieja, le dijo entre risueña y desahogada:

—Hola, Nina, ¿tú por aquí? ¿Has parecido ya? Gracias que te habías ido al Congo... No pases, no entres! Quédate ahí, que nos vas a poner perdidos los suelos, lavados de esta tarde... ¡Bonita vienes!... Quitá allá esas patas, mujer que manchas los baldosines...

—¿En dónde está la señora?—dijo Nina, volviendo a mirar los diamantes y esmeraldas, y dudando ya que fueran efectivos.

—La señora está aquí... Pero te digo que no pases porque vendrás llena de miseria...

En aquel momento apareció por otro lado la señorita Obdulia, chillando:

Nina, bien venida seas; pero antes que entres en casa hay que fumigarte y ponerte en la colada... No, no te arrimes a mí. ¡Tantos días entre pobres inmundos!... ¿Ves qué honto está todo?

Avanzó Juliana hacia ella sonriendo; pero al través de la sonrisa hubo de vislumbrar Nina la autoridad que la ribeteadora había sabido conquistar allí, y se dijo:

«Esta es la que ahora manda. Bien se le conoce el despotismo.»

A las arrogancias revestidas de benevolencia con que la acogió la tirana, respondió Nina que no se iría sin ver a su señora.

—Mujer, entra, entra—murmuró desde el fondo del comedor, con voz ahogada por los sollozos, la señora doña Francisca Juárez.

Manteniéndose en la puerta, le contestó Benina con voz entera:

—Aquí estoy, señora, y como dicen, que

mancho los baldosines, no quiero pasar; digo que no paso... Me han sucedido cosas que no le quiero contar por no asustarla... Lévarome presa, he pasado hambres..., he padecido vergüenzas, malos tratos... Yo no hacía más que pensar en la señora... Y en el fondo también hambre, y si estaría desamparada.

—No, no, Nina, desde que te fuiste, ¡mira qué casualidad!, entró la suerte en mi casa... Parece un milagro, ¿verdad? ¡Te acuerdas de lo que hablabamos, aburriditas en esta soledad, ¡ay!, en aquellas noches de miseria y sufrimientos? Pues el milagro es una verdad, hija, y ya puedes comprender que nos lo ha hecho tu don Romualdo; ese bendito, ese arcángel, que en su modestia no quiere confesar los beneficios que tú y yo le debemos..., y niega sus méritos y virtudes..., y dice que no tiene por sobrina a doña Fatros..., y que no le ha propuesto para obispo... Pero es él, es él, porque no pueda haber otro, no, no puede haberlo, que realice estas maravillas.

—Nina no contestó sílaba, y arrimándose a la puerta, sollozaba.

—Yo de buena gana te recibiría otra vez aquí—afirmó doña Francisca, a cuyo lado, en la sombra, se puso Juliana, sugiriéndole por lo bajo lo que había de decir—; pero no cabemos en casa, y estamos aquí muy incómodas... Ya sabes que te quiero, que tu compañía me agrada más que ninguna..., pero... ya ves... Mañana estaremos de mudanza, y se te hará un hueco en la nueva casa... ¿Qué dices? ¿Tienes algo que decirme? Hija, no te quejarás; ten presente que te fuiste de mala manera, dejándome sin una migaja de pan en casa, sola, abandonada... ¡Vaya con la Nina! Francamente, tu conducta merece que yo sea un poquito severa contigo... Y para que todo hable en contra tuya, olvidaste los sanos principios que siempre te enseñé, largándote por esos mundos en compañía de un morazo... Sabe Dios qué casta de pájaro será ésa, y con qué sorbillos habrá conseguido hacerte olvidar las buenas costumbres. Dime, confesámaselo todo; ¿la has dejado ya?

—No, señora.

—¿Le has traído contigo?

—Sí, señora. Abajo está esperándome.

—Como eres así, capaz te creo de todo... ¡hasta de traérmelo a casa!

—¿En casa le traía, porque está enferma, y no le voy a dejar en medio de la calle?—replicó Benina con firme sentido.

—Ya sé que eres buena, y que a veces tu bondad te ciega, y no miras por el decoro.

—Nada tiene que ver el decoro con esto, ni yo falta porque vaya con Almudena, que es un pobrecito. El me quiere a mí... y yo le miro como un hijo.

La ingenuidad con que expresaba Nina su pensamiento no llegó a penetrar en el alma de doña Paca, que sin moverse de su asiento, y con los cuchillos en la falda, prosiguió diciéndole:

—No hay otra como tú para compo-

ner las cosas y ratonar tus faltas hasta conseguir que parezcan perfecciones; pero yo te quiero, Nina; reconozco tus buenas cualidades, y no te abandonaré nunca.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No te faltará qué comer, ni cama en que dormir. Me has servido, me has acompañado, me has sostenido en mi adversidad. Eres buena; buenísima; pero no abuses, hija; no me digas que venías a casa con el moro de los dafiles, porque creeré que te has vuelto loca.

—A casa le traía, sí, señora, como traje a Frasquito Ponte; por caridad... El hubo misericordia con el otro, ¿por qué no ha de haberla con éste? ¡O es que la caridad es una para el caballero de levita y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no distingo... Por eso le traía; y si a él no le admite, será lo mismo que si a mí no me admitiera.

—A ti siempre..., digo, siempre no... quiero decir..., es que no tenemos hueco en casa... Somos cuatro mujeres, ¿ves...? ¿Volverás mañana? Coloca a ese desdichado en una buena fonda... No, ¡qué disparate!, en el Hospital... No tienes más que dirigirle a don Romualdo... Dile de mi parte que yo lo recomiendo... que lo mire como cosa mía...

—¿Ay, no sé lo que digo!..., como cosa tuya, y tan tuya... En fin, hija, tú verás... Puede que os alberguen en la casa del señor de Cedrón, que debe de ser un caserón enorme que parece un convento... Yo, bien lo sabes, como criatura imperfecta, no tengo la virtud en el grado heroico que se necesita para alternar con la pobretería sucia y apesadumosa... No, hija, no; es cuestión de espíritu y de nervios... De eso me moriría, bien lo sabes. Pues ¡digo, con la miseria que traerás sobre tí!... Yo te quiero, Nina; pero ya conoces mi estomago...

—Veo una mota en la comida, y ya me revuelvo toda, y estoy mala tres días... Lévatete tu ropa, si quieres mudarte... Juliana te dará lo que necesitas... ¿Oyes lo que te digo? ¿Por qué callas? Ya, ya te entiendo: Te haces la humilde para disimular mejor tu soberbia... Todo te lo perdono; ya sabes que te quiero, que soy buena para tí... En fin, tú me conoces... ¿Qué dices?

—Nada, señora, no he dicho nada, ni tengo nada que decir... murmuró Nina entre dos suspiros hondos—... Quédece con Dios.

—Pero no te irás enojada conmigo—añadió con trémula voz doña Paca, siguiéndole a distancia en su lenta marcha por el pasillo.

—No, señora..., ya sabe que yo no me enfado...—replicó la anciana, mirando la más compasiva que enojada—... Adiós, adiós.

Obdulia condujo a su madre al comedor diciéndole:

—¡Pobre Nina!... Se va. Fues mira, a mí me habría gustado ver a ese moro Muza y hablar con él... ¡Esta Juliana,

que en todo quiere meterse!
Abotada por cruales dudas que des-
concertaban su espíritu, doña Francis-
ca no pudo expresar ninguna idea, y si-
guió revisando los cubiertos desmenufa-
dos. En tanto, Juliana, conduciendo a la
Nina hasta la puerta con suave opresión
de su mano en la espalda de la mendiga,
la despidió con estas afectuosas pala-
bras:

—No se apure, señá Benina, que na-
da ha de faltarle. Le perdono el duro
que le presté la semana pasada, ¿no
se acuerda?

—Señora Juliana, si que me acuerdo.
Gracias.

—Pues bien; tome además este otro
duro para que se acomode esta noche...
Váyase mañana por casa, que allí en-
contrará su ropa...

—Señora Juliana, Dios se lo pague.

—En ninguna parte estará usted me-
jor que en la Misericordia, y si quiere,
yo misma le hablaré a don Romualdo,
si a usted le da vergüenza. Doña Paca
y yo la recomendaremos... Porque mi
señora madre política ha puesto en mi
toda su confianza, y me ha dado su di-
nero para que se lo guarde... y le go-
bierne la casa y le suministre cuanto
pueda necesitar. Mucho tiene que agra-
decer a Dios por haber caído en estas
manos...

—Buenas manos son, señora Juliana.
—Vaya por casa, y le diré lo que tiene
que hacer.

—Puede que yo lo sepa sin necesidad
de que usted me lo diga.

—Eso usted verá... Si no quiere ir
por casa...

—Iré.

—Pues, señá Benina, hasta mañana.

—Señora Juliana, servidora de usted.
Bajó de prisa los gastados escalones,
ansiosa de verse pronto en la calle. Cuan-
do llegó junto al ciego, que en lugar
próximo la esperaba, la pena inmensa
que oprimía el corazón de la pobre an-
ciana reventó en un llorar ardiente, an-
gustoso, y golpeándose la frente con el
puño cerrado, exclamó:

—Ingrata, ingrata, ingrata!

—No yorar ti, amri—le dijo el ciego,
carinoso, con habla sollozante.— Seño-
ra tuya mala ser, tú ángela.

—¡Qué ingratiud, Señor!... ¡Oh
mundo... oh miseria! Afrenta de Dios
es hacer bien...

—Dir nosotros mejor, dírris, amri...
Dispreciar el mundo malo.

—Dios ve los corazones de todos; el
mío también la ve... Váalo, Señor de los
cielos y la tierra, váalo pronto.

NOTE-Per il testo seguiamo il tomo
V delle Obras completas (Madrid, Agui-
lar, 1950) a e. di F. C. Sáinz Róblez.

a) Fortunata y Jacinta-

daba quince y raya :superava, batteva
sabios de pecho:dotm in erba(costrui-
to su ñifos de pecho=lattanti)

apunte astuto, furbo

chubasca :prostituta

b) Misericordia-

Traduzione di Camillo Berza (Torino,
UTET, 1965)

golver:volver

Sandai:personaggio inventato dalla

fantasia di Almudena che ha raccon-
tato a Benina che gli apparve dall'al-
di là offrandogli la scelta tra un
ricco tesoro e il possesso di una
donna bella, laboriosa e buona, alla
ricerca della quale egli ha vagabon-
dato per il mondo.

no yorar ti, amri:no llores, amri(ara-
bo, =anima mia)

Primera parte. Cap. I

LA heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, callento y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los vendolinos de polvo, trozos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y peralguándose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turba de pillucos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allí en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo dieciséis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba, contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre ésta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

... Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de co-

lores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca, que dormía a sus pies.

Primera parte. Cap. XV

En lo alto de la escalera, en el descanso del primer piso, doña Paula, con una palmatoria en una mano y el cordel de la puerta de la calle en la otra, veía silenciosa, inmóvil, a su hijo subir lentamente con la cabeza inclinada, oculto el rostro por el sombrero de anchas alas.

Le había abierto ella misma, sin preguntar quién era, segura de que tenía que ser él. Ni una palabra al verlo. El hijo subía y la madre no se movía, parecía dispuesta a estorbarle el paso, allí en medio, tiesa, como un fantasma negro, largo y anguloso.

Cuando De Pas llegaba a los últimos peldaños, doña Paula dejó el puesto y entró en el despacho. Don Fermín la miró entonces, sin que ella le viese.

Reparó que su madre traía parches untados con sebo sobre las sienes; unos parches grandes, ostentosos.

"Lo sabe todo" pensó el Provisor. Cuando su madre callaba y se ponía parches de sebo, daba a entender que no podía estar más enfadada, que estaba furiosa. Al pasar junto al comedor, De Pas vio la mesa puesta con dos cubiertos. Era temprano para cenar, otras noches no se extendía el mantel hasta las nueve y media; y acababan de dar las nueve.

Doña Paula encendió sobre la mesa del despacho el quinqué de aceite con que velaba su hijo.

El se sentó en el sofá, dejó el sombrero a un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró a doña Paula.

—¿Le duela la cabeza, madre?

—Me ha dolido. ¡Teresina!

—Señora.

—¡La cena!

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. "No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos... pero ¿quién se lo decía a ella?"

Doña Paula se sentó junto a la mesa, de lado, como los cómicos malos en el teatro. Junto al cubierto de don Fermín había un pañuelo, un taller con sal, aceite y vinagre. Su servilleta tenía servilletero, la de su madre no.

Teresina, grave, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato, que era una ensalada.

—¿No te sientas? —preguntó al Provisor su madre.

—No tengo apetito... pero tengo mucha sed...

—¿Estás malo?

—No, señora... eso no.

—¿Cenarás más tarde?

—No, señora, tampoco...

El Magistral ocupó su asiento enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio.

Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, De Pas contemplaba a su señora madre, que comía de prisa, distraída, más pálida que solía estar, con los grandes ojos azules, claros y fríos hijos en un pensamiento que debía de ver ella en el suelo.

Teresina entraba y salía sin hacer ruido, como un gato bien educado. Acercó la ensalada al señorito.

—Ya he dicho que no ceno.

—Déjale, no cena. Ella no lo había oído, hombre:

Y scaricó a la criada con los ojos.

Nuevo silencio.

De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que los parches y el silencio. Estaba sintiendo náuseas y no se atrevía a pedir una taza de té. Se moría de sed, pero temía beber agua.

Doña Paula hablaba con Teresa más que de costumbre y con una amabilidad que usaba muy pocas veces.

La trataba como si hubiera que consolarla de alguna desgracia de que en parte tuviera la misma doña Paula la culpa. Esto al menos creyó notar el Magistral.

Faltaba algo que estaba en el aparador y el ama se levantaba y lo traía ella misma.

Pidió azúcar don Fermín para echarlo en el vaso de agua y su madre dijo:

—Está arriba la azucarera, en mi cuarto... Deja, iré yo por ella.

—Pero, madre...

—Déjame.

Teresina quedó a solas con su amo y mientras le servía agua dejando caer el chorro desde muy alto, suspiró discretamente.

De Pas la miró, un poco sorprendido. Estaba muy guapa; parecía una virgen de cera. Ella no levantó los ojos. De todas maneras, le era antipática. Su madre la mimaba y a los criados no hay que darles alas.

Sejó doña Paula y cuando salió Teresina dijo, mientras miraba hacia la puerta:

—La pobre no sé cómo tiene cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó don Fermín que acababa de oír el primer trueno.

Su madre, que estaba en pie junto a él, revolviendo el azúcar en el vaso, le miró desde arriba con gesto de indignación.

—¿Por qué? Ha ido está tarde dos veces a Palacio, una vez a casa del Arcipreste, otra a casa de Carraspique, otra a casa de Páez, otra a casa del Chato, dos a la Catedral, dos a la Santa Obra, una vez a las Paulinas, otra... ¡qué sé yo! Está muerta la pobre.

—¿Y a qué ha ido? —contestó De Pas al segundo trueno.

Pausa solemne. Doña Paula volvió a sentarse y haciendo alarde de una paciencia, que ni la de un santo, dijo, con mucha calma, pesando las sílabas:

—A buscarte, Fermín, a eso ha ido.

—Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa. ¿Qué diría Carraspiques, qué diría Páez...? Todo eso es ridículo...

—Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecha, sísteme a mí.

—Un hijo no riñe a su madre.

—Pero la mata a disgustos; la compromete, compromete la casa... la fortuna, la honra... la posición... todo... por una... por una... ¿Dónde ha comido usted?

Era inútil mentir, además de ser vergonzoso. Su madre lo sabía todo de fijo. El Chato se lo habría contado. El Chato que le habría visto apearse de la carretela en el Espolón.

—He comido con los marqueses de Vegallana; eran los días de Paquito; se empeñaron... no hubo remedio; y no mandé aviso... porque era ridículo, porque allí no tengo confianza para eso...

—¿Quién comió allí?

—Cincuenta, ¿qué sé yo?

—¡Basta, Fermín, basta de disimulos! —gritó con voz ronca la de los parches. Se levantó, cerró la puerta, y en pie y desde lejos prosiguió:

—Has ido allí a buscar a esa..., señora... has comido a su lado... has paseado con ella en coche descubierto, te has visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón; ya tenemos otra Brigadiera... Parece que necesitas el escándalo, quieres perderme.

—¡Madre! ¡madre!

—¡Si no hay madre que valga! ¿te has acordado de tu madre en todo el día? ¿No la has dejado comer sola, o mejor dicho, no comer? ¿te importó nada que tu madre se asustara, como era natural? ¿Y qué has hecho después hasta las diez de la noche?

—¡Madre, madre, por Dios! yo no soy un niño...

—No, no eres un niño; a ti no te duele que tu madre se consuma de impaciencia, se muera de incertidumbre... La madre es un mueble que sirve para cuidar de la hacienda, como un perro; tu madre te da su sangre, se arranca los ojos por ti, se condena por ti... pero tú no eres un niño, y das tu sangre, y los ojos, y la salvación... por una mujerota...

—¡Madre!

—¡Por una mala mujer!

—¡Señora!

—¡Cien veces, mil veces peor, que esas que le tiran de la levita a don Saturno, porque esas cobran, y dejan en paz al que las ha buscado; pero las señoras, chupan la vida, la honra... deshacen en un mes lo que yo hice en veinte años... ¡Fermín... eres un ingrato... ¡eres un loco! Se sentó fatigada y con el pañuelo que traía a la cabeza improvisó una banda para las sienes.

—¡Va a estallarme la frente!

—¡Madre, por Dios! sosiéguese usted. Nunca la he visto así... ¿Pero qué pasa? ¿qué pasa...? Todo es calumnia... ¡y qué pronto... qué pronto... la han urdido! ¡Qué Brigadiera ni qué señoronas... si no hay nada de eso... si yo le juro que no es eso... si no hay nada!

—No tienes corazón, Fermín, no tienes corazón.

—Señora, ve usted lo que no hay... yo le aseguro...

—¿Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar la casa de esa giganta... de fijo...

—¡Por Dios, señora! esto es indigno de usted. Está usted insultando a una mujer honrada, inocente, virtuosa; no he hablado con ella tres veces... es una santa...

—Es una como las otras.

—¿Como qué otras?

—Como las otras.

—¡Señora! ¡Si la oyeran a usted!

—¡Ta, ta, ta! Si me oyeran me callaría. Fermín... a buen entendedor... Mira, Fermín... tú no te acuerdas, pero yo sí... yo soy la madre que te parió ¿sabes? y te conozco... y conozco el mundo... y sé tenerlo todo en cuenta... todo... Pero de estas cosas no podemos hablar tú y yo... ni a solas... ya me entiendes... pero... bastante buena soy, bastante he callado, bastante he visto.

—No he visto usted nada...

—Tienes razón... no he visto... pero he comprendido y ya ves... nunca te hablé de estas... porquerías, pero ahora parece que te complaces en que te vean... tomás por el peor camino...

—Madre... usted lo ha dicho, es absurdo, es indecoroso que usted y yo hablémos, aunque sea en cifra, de ciertas cosas...

—Ya lo veo, Fermín, pero tú lo quieres. Lo de hoy ha sido un escándalo.

—Pero si yo le juro a usted que no hay nada; que esto no tiene nada que ver con todas esas otras calumnias de antaño.

—Peor, peor que peor... Y sobre todo lo que yo temo es que el oro se entere, que Camoirán crea todo eso que ya dicen.

—¿Qué ya dicen! ¡En dos días!

—Sí, en dos; en medio... en una hora... ¿No ves que ya tienen ganas? ¿que llueve sobre mojado...? ¿Hace dos días? Pues ellos dirán que hace dos meses, dos años, lo que quieren. ¿Empieza ahora? Pues dirán que ahora se

ha descubierto. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte... Que le digan a Cambirán que has robado el copón... no lo crees... pero eso sí; ¡acuérdate de la Brigadiera...!

—¡Qué Brigadiera... madre... qué Brigadiera...! Es que no podemos hablar de estas cosas... pero... si yo le explicara a usted...

—No necesito saber nada... todo lo comprendo... todo lo sé... a mi modo. Fermo, ¿te fue bien toda la vida dejándote guiar por tu madre, en esas cosas miserables de tejas abajo? ¿Te fue bien?

—¡Sí, madre mía, sí!

—¿Te saqué yo o no de la pobreza?

—¡Sí, madre del alma!

—¿No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con el agua al cuello, todo embargado, todo perdido?

—Sí, señora, sí... y eternamente yo...

—Déjate de eternidades... yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome a mí; yo sé lo que hago. Tú predicas, tú alucinas al mundo con tus buenas palabras y buenas formas... yo sigo mi juego. Fermo, si siempre has sido así, ¿por qué te me tuerces? ¿Por qué te me escapas?

—Si no hay tal, madre.

—Si hay tal, Fermo. No eres un niño, dices... es verdad... pero peor si eres un tonto... Si, un tanto con toda tu sabiduría. ¿Sabes tú pegar puñaladas por la espalda, en la honra? Pues mira al Arcediano, torcido y todo, las da como un maestro... ahí tienes un ignorante que sabe más que tú.

Doña Paula se había arrancado los parches, las trenzas espesas de su pelo blanco cayeron sobre los hombros y la espalda; los ojos apagados casi siempre, echaban fuego ahora, y aquella mujer cortada a hachazos parecía una estatua rústica de la Elocuencia prudente y cargada de experiencia.

La tempestad se había deshecho en lluvia de palabras y consejos. Ya no se reía, se discutía con calor, pero sin ira. Los recuerdos evocados, sin intención patética, por doña Paula, habían enternecido a Fermo. Ya había allí un hijo y una madre, y no había miedo de que las palabras fuesen rayos.

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mofingas a las caricias, y quería a su hijo mucho a su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, a costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigillas, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sordidos; por consiguiente no podía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo,

porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba o se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho a exigir que Fermo continuase produciendo.

Segunda parte. Cap. XIX

Ya no tenía compasión de la enferma; ya no había allí más que nervios... y empezó a pensar en sí mismo exclusivamente. Entraba y salía a cada momento en la alcoba de Ana; casi nunca se sentaba, y hasta llegó a fastidiarle el registro de medicinas y demás pormenores íntimos. El médico tuvo que entenderse con Petra. Quintanar inventaba sofismas y hasta mentiras para estar fuera, en su despacho, en el Parque. "¡Qué gran cosa eran el Arte y la Naturaleza! En rigor todo era uno, Dios el autor de todo." Y respiraba don Víctor las auras de abril con placer voluptuoso, tragando aire a dos carrillos. Volvió a componer sus maquinillas, salió con nuevos inventos, y envió a Frigilis la aclimatación del Eucalyptus globulus en Vetusta.

La Regenta notó la ausencia de su marido; le dejaba sola horas y horas que a él le parecían minutos. Cuando las congojas la anegaban en mares de tristeza, que parecían sin orillas, cuando se sentía como aislada del mundo, abandonada sin remedio, ya no llamaba a Quintanar, aunque era el único ser vivo de quien entonces se acordaba; prefería dejarle tranquilo allá fuera, porque si venía le hacía daño con aquel desdén gárrulo y absurdo de los padecimientos nerviosos.

Una tarde de color de plomo, más triste por ser de primavera y parecer de invierno, la Regenta, incorporada en el lecho, entre murallas de almohadas, sola, oscuro ya el fondo de la alcoba, donde tomaban posturas trágicas abrigos de ella y unos pantalones que don Víctor dejara allí; sin ver al médico, creyendo así no sabía qué mal incurable que no comprendían los doctores de Vetusta, tuvo de repente, como un amargor del cerebro, esta idea: "Estoy sola en el mundo". Y el mundo era plomizo, amarrillento o negro según las horas, según los días; el mundo era un rumor triste, lejano, apagado, donde había canciones de niñas, monótonas, sin sentido; estrépito de ruedas que hacen temblar los cristales, rechinar las piedras y que se pierde a lo lejos como el gruñir de las ojas rencorosas; el mundo era una contradicción del sol dando vueltas muy rápidas alrededor de la tierra, y esto eran los días; nada. Las gentes entraban y salían en su alcoba como en el escenario de un teatro, hablaban allí con afectado interés

y pensaban en lo de fuera: su realidad era otra, aquello la máscara. "Nadie amaba a nadie. Así era el mundo y ella estaba sola." Miró a su cuerpo y le pareció tierra. "Era cómplice de los otros, también se escapaba en cuanto podía; se parecía más al mundo que a ella, era más del mundo que de ella." "Yo soy mi alma", dijo entre dientes, y soltando las sábanas que sus manos oprimían, resbaló en el lecho, y quedó supina mientras el muro de almohadas se desmoronaba. Lloró con los ojos cerrados. La vida volvía entre aquellas olas de lágrimas. Oyó la campana de un reloj de la casa. Era la hora de una medicina. Era aquella tarde el encargado de dársela Quintanar y no parecía. Ana esperó. No quiso llamar y se inclinó hacia la mesilla de noche. Sobre un libro de pasta verde estaba un vaso. Lo tomó y bebió. Entonces leyó distraída en el lomo del libro voluminoso: *Obras de Santa Teresa. I.*

Se estremeció, tuvo un terror vago; acudió de repente a su memoria aquella tarde de la lectura de San Agustín en la glorieta de su huerto, en Loreto, cuando era niña, y creyó oír voces sobrenaturales que estallaban en su cerebro; ahora no tenía la cándida fe de entonces. "Era una casualidad, pura casualidad la presencia de aquel libro místico coincidiendo con los pensamientos de abandono que la entristecían, y despertando ideas de piedad, con fuerte impulso, con calor del alma, serias, profundas, no impuestas, sino como reveladas y acogidas al punto con abrazos del deso... Pero no importaba, fuera o no aviso del cielo, ella tomaba la lección, aprovechaba la coincidencia, entendía el sentido profundo del azar. ¿No se quejaba de que estaba sola, no había caído como desvanecida por la idea del abandono...? Pues allí estaban aquellas letras doradas: *Obras de Santa Teresa. I.* ¡Cuánta elocuencia es un letreiro! ¡Estás sola! pues ¿y Dios?"

El pensamiento de Dios fue entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material, fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca; y ciega por el llanto, las manos juntas tambaleando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa:

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dios de mí símal!

Sintió esclofrios y ondas de mareo que subían al cerebro; se apoyó en el frío estribo, y cayó sin sentido sobre la colcha de damasco rojo.

A pesar de la prohibición de don Víctor, vino el retroceso, recayó la enferma; y se volvió a los suspiros, a los espuros; a las noches en vela; el médico volvió a ser un oráculo, los pormenores de alcobas negocios arduos, el reloj un dictador lacónico.

Segunda parte. Cap. XIX

Llegó Octubre, y una tarde en que soplabá el viento Sur perezoso y caliente, Ana salió del caserón de los Ozores y con el velo tupido sobre el rostro, toda de negro, entró en la catedral solitaria y silenciosa. Ya había terminado el coro.

Algunos canónigos y beneficiados ocupaban sus respectivos confesionarios esparcidos por las capillas laterales y en los intercolumnios del ábside, en el trasaltar.

¡Cuánto tiempo hacía que ella no entraba allí!

Como quien vuelve a la patria, Ana sintió lágrimas de ternura en los ojos. ¡Pero qué triste era lo que le decía el templo hablando con bóvedas, pilares, cristalerías, naves, capillas... hablando con todo lo que contenía a los recuerdos de la Regenta...!

Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía a ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad íntima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar por los oídos.

"¡Ay si renaciera la fe! ¡Si ella pudiese llorar como una Magdalena a los pies de Jesús!"

Y por la vez primera, después de tanto tiempo, sintió dentro de la cabeza aquel estallido que le parecía siempre voz sobrenatural, sintió en sus entrañas aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta y producía un amago de estrangulación delicosa... Salieron lágrimas a los ojos, y sin pensar más, Ana entró en la capilla oscura donde tantas veces el Magistral le había hablado del cielo, y del amor de las almas:

"¿Quién la había troldo allí? No lo sabía. Iba a confesar con cualquiera y sin saber cómo se encontraba a dos pasos del confesonario de aquel hermano mayor del alma, a quien había calumniado el mundo por culpa de ella y a quien ella misma, aconsejada por los sofismas de la pasión-grosera que la había tenido ciega, había calumniado también pensando que aquel cariño del sacerdote era amor brutal, amor como el de Alvaro, el infame, cuando tal vez era puro afecto que ella no había comprendido por culpa de la propia torpeza."

"Volver a aquella amistad ¿era un sueño? El impulso que la había arrojado dentro de la capilla ¿era voz de lo alto o espricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que a veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma?" Ana pidió de todo corazón a Dios, a quien claramente creía ver en tal instante, le pidió que fuera voz suya aquella, que el Magistral fuera el hermano del alma en quien tanto tiempo había creído, y no el solicitante lascivo que le había pintado. Mesía el infame. Ana oró, con fervor, como en los días de su

piedad exaltada; creyó posible volver a la fe y al amor de Dios y de la vida, salir del limbo de aquella somnolencia espiritual que era peor que el infierno; creyó salvarse cogida a aquella tabla de aquel cajón sagrado que tantos huesos y dolores suyos sabía...

La escasa claridad que llegaba de la nave y los destellos amarillentos y misteriosos de la lámpara de la capilla se mezclaban en el rostro anémico de aquel Jesús del altar, siempre triste y pálido; que tenía, concentrada la vida de estatua en los ojos de cristal que reflejaban una idea inmóvil, eterna... Cuatro o cinco bultos negros llenaban la capilla. En el confesonario sonaba el cuchicheo de una beata como rumor de moscas en verano vagando por el aire.

El Magistral estaba en su sitio.

Al entrar la Regenta en la capilla, la reconoció a pesar del manto. Oía distraído la cháchara de la penitente; miraba a la verja de la entrada, y de pronto aquel perfil conocido y amado se había presentado como en un sueño. El tallo, el contorno de toda la figura, la genuflexión ante el altar, otras señas que sólo él recordaba y reconocía, le gritaron como una explosión en el cerebro:

"¡Es Ana!"

La beata de la celosía continuaba el rum rum de sus pecados. El Magistral no la oía, oía los rugidos de su pasión que vociferaban dentro.

Cuando calló la beata volvió a la realidad el clérigo, y como una máquina de echar bendiciones desató las culpas de la devota, y con la misma mano hizo señas a otra para que se acercase a la celosía vacante.

Ana había resuelto acercarse también, inventar el velo ante la red de tabillas oblicuas, y a través de aquellos agujeros pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida o adormecida o quebrantada, no sabía qué, pedir la fe aunque fuera con el terror del infierno... Quería llorar allí, donde había llorado tantas veces, unas con amargura, otras sonriendo de placer entre las lágrimas; quería encontrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba emisario de Dios, quería fe, quería caridad... y después el castigo de sus pecados, el más castigo merecido que aquella oscuridad y aquel horror del alma...

El confesonario crujió de cuando en cuando, como si le rechinaran los huesos.

El Magistral dio otra absolución y llamó con la mano a otra beata... La capilla se iba quedando despejada. Cuatro o cinco bultos negros, todos absueltos, fueron saliendo silenciosos, de rato en rato; y al fin quedaron solos la Regenta, sobre la tarima del altar, y el Provisor dentro del confesonario.

Ya era tarde. La catedral estaba sola. Allí dentro ya empezaba la noche.

Ana esperaba sin aliento, resuelta a acudir, la seña que la llamase a la celosía...

Pero el confesorario callaba. La mano no aparecía, ya no crujía la madera.

Jesús de talla, con los labios pálidos entreabiertos y la mirada de cristal fija, parecía dominado por el espanto, como si esperase una escena trágica inminente.

Ana, ante aquel silencio, sintió un terror extraño...

Pasaban segundos, algunos minutos muy largos, y la mano no llamaba...

La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pie con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió a dar un paso hacia el confesorario.

Entonces crujió con fuerza el cajón sombrío, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vio a la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, ojos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarjima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla.

El Magistral se dejó, cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábase todo el cuerpo; volvió a extender los brazos hacia Ana... dio otro paso adelante... y después, clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trasero, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó a la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aptensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro a la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró ver una sombra mayor que otras veces...

Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció a la Regenta desmayada.

Celedonio, sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, o por probar algo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió a la vida resgando las nieblas de un delito que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.

NOTE: Per il testo seguimo l'ed. a. c. di Gonzalo Sobejano, Madrid, Gas-
talia, 1981. Traduzione di Flavia Rossini, Torino, UTET, 1960.

Cap. I-

Velusta: Home fittizio di Oviedo, dove la vicenda è ambientata.

Juegos malabares: esercizi d'equilibrio

caliza: calcare

Cap. XIX-

Eucalyptus globulus: pianta subtropicale

pasavari: legatura

aquella tarde: episodio riferito nel cap. IV

de LA CUESTIÓN PALPITANTE

XIX

EN ESPAÑA (Continuación)

Para decir dónde empieza el realismo español contemporáneo, hay que remontarse a algunos pasajes de las novelas de *Fernán Caballero* y, sobre todo, a los autores de las *Escenas matritenses* y *Ayor, hoy y mañana*, sin olvidar a *Figuro* en sus artículos de costumbres. A pesar de lo mucho que se diferencian el razonable y discreto Mesonero Romanos y el benévolo Flórez del sídolo, cómico y nervioso Larra, sus estudios sociales coinciden en cierto templado realismo, salpicado de sátira. Cuando tanta novela de aquella época pasó para no volver, los escritos ligeros de *Figuro* y de *El Curioso Parlante* se conservan en toda su frescura, porque los embalsama la mitra preciosa de la verdad. Acrecienta su interés el ser espejo de las añejas costumbres nacionales que desaparecían y las nuevas que venían a reemplazarlas; en suma, de una completa transformación social.

Pereda es descendiente en líneas recta de aquellos donosos, perapientes y amables *costumbristas*. Adhirióse francamente a su escuela, pero trasladándola de las ciudades al campo, al corazón de las montañas de Santander. Bizarro además tiene en Pereda el realismo hispano: al leer algunas páginas del insigne autor de las *Escenas montañesas*, parece que vemos resucitar a *Teniers* o a *Tirso de Molina*. Púedese comparar el talento de Pereda a un huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes; me daré prisa a explicar esto de los horizontes, no sea que alguien lo entienda de un modo ofensivo para el simpático escritor. No sé si con deliberado propósito o porque a ello le obliga el residir donde reside, Pereda se concreta a describir y narrar tipos y costumbres santanderinas, encerrándose así en breve círculo de asuntos y personajes. *Daguelin* como pintor de un país determinado, como poeta bucólico de una campiña siempre igual, y jamás intentó estudiar a fondo los medios civilizados, la vida moderna en las grandes capitales, vida que le es antipática y de la cual abomina; por eso calificó de limitado el horizonte de Pereda, y por

eso cumple declarar que, si desde el huerto de Pereda no se descubre extenso panorama, en cambio, el sitio es de lo más ameno, fértil y deleitable que se conoce.

Pereda, a Dios gracias, no cae en el optimismo, a veces empalagoso, de *Trueba* y *Fernán*; al contrario, sus paletos, por otra parte divertidísimos, se muestran ignorantes, maliciosos y zafios, como los paletos de veras, y no obstante, los tales rústicos son hijos predilectos del autor, a quien visiblemente enamora la sana, apacible y regeneradora vida rural, tanto como le repugnan los centros obreros e industriales y su desconsolada miseria. Pereda traza con amor los perfiles de jándalos, labriegos y mayorazguetes de aldeas gente sencilla, apegada a lo que de antiguo conoce, rutinaria y sin muchos repliegues psíquicos. Si algún día concluyen por agotárselo los temas de la *tierruca* —peligro no inminente para un ingenio como el de Pereda—, por fuerza habrá de salir de sus favoritos cuadros regionales y buscar nuevos rumbos. No falta, entre los numerosos y apasionados admiradores de Pereda, quien desea ardientemente que varíe la tocata. Yo ignoro si el hacerlo sería ventajoso para el gran escritor; siempre reina cierta misteriosa armonía entre el estilo y facultades de un autor y los asuntos que elige; esta concordia precede de causas íntimas; además, el realismo perdería mucho si Pereda saliese de la montaña. Pereda observa con gran lucidez cuando la realidad que tiene delante no subleba su alma, antes le divierte con el espectáculo de ridiculeces y manías profundamente cómicas; pero acaso rompiese el pincel por no copiar las llagas más hediondas y la corrupción más refinada de otros sitios y otras gentes.

Para el realismo, poseer a Pereda es poseer un tesoro, no sólo por lo que vale, sino por las ideas religiosas y políticas que profesa, Pereda es argumento vivo y palpable demostración de que el realismo no fue introducido en España como mercancía francesa de contrabando, sino que los que aman juntamente la tradición literaria y las demás tradiciones, lo resucitan. Cosa que no cogerá de nuevo a los inteligentes, pero sí a la turba innumerable que cuenta la era realista desde el advenimiento de Zola.

Si Pereda tiene el realismo en la maza de la sangre, no así Galdós. Por cierto fondo humano y cierta sencillez magistral de sus creaciones, por la natural tendencia de su claro entendi-

miento hacia la verdad y por la franqueza de su observación, el egregio novelista se halló siempre dispuesto a pasarse al naturalismo con armas y bagajes; pero sus inclinaciones estéticas eran idealistas, y sólo en sus últimas obras ha adoptado el método de la novela moderna y ahondado más y más en el corazón humano; y roto de una vez con lo pintoresco y con los personajes representativos para abrazarse a la tierra que pisamos. Aunque no gusto de citarme a mí misma, he de recordar aquí lo que dije de Galdós, hará sobre tres años, en un estudio no muy breve que consagré a sus obras en la *Revista Europea*. Desde aquella fecha, mis opiniones literarias se han modificado bastante, y mi criterio estético se formó, como se forma el de todo el mundo, por medio de la lectura y de la reflexión; desde entonces me propuse conocer la novela moderna, y no sólo llegó a parecerme el género más comprensivo e importante en la actualidad, y más propio de nuestro siglo, que reemplaza y llena el hueco producido por la muerte de la epopeya, sino el género en que, por altísima prerrogativa, los fueros de la verdad se imponen, la observación desinteresada reina, y la historia positiva de nuestra época ha de quedar escrita con caracteres de oro. No obstante, entonces como hoy, Galdós era para mí novelista de primer orden, sol del firmamento literario, porque en él se reúnen las dotes de equilibrio y armonía, abundancia y vigor; porque su estilo, si no cabe en la estrecha y ciñelada ánfora de Valera, fluye a oleadas de una urna preciosa; porque posee felicísima inventiva y esa don de la fecundidad, don funesto para los malos escritores y aun para los medianos que propenden a dotar, prenda de valor inestimable para los grandes artistas. Con una sola novela o con un fragmento de oda puede ganarse la inmortalidad, es cierto; pero hay algo que cautiva y suspende en la manifestación

de la energía creadora de esos escritores y poetas que son ellos solos un mundo, y que dejan en pos de sí larga posteridad de héroes y heroínas; los Shakespeare, los Balzac, los Walter Scott, los Galdós.

Más lo que desaprobaba entonces en el Galdós de los *Episodios*, lo que me parecía el lado flaco de su extraordinario talento, era la tendencia docente—en un sentido amplio e histórico, es cierto, pero docente al cabo—, el alago sistemático contra la España antigua, las paletadas de tierra arrojadas sobre lo que fue; y esta tendencia, que cada vez se iba acentuando más en la magnífica epopeya de los *Episodios*, hasta declararse explícitamente en la segunda serie, hizo explosión, digámoslo así, en *Daña Perfecta*, en *Gloria*, en *La familia de León Roch*, novelas trascendentísimas, de tesis y hasta simbólicas. Por fortuna, o más bien por el fino que guía al genio, Galdós retrocedió para huir de ese callejón sin salida, y en *El amigo Manso* y en *La desheredada* comprendió que la novela hoy, más que enseñar o condenar estos o aquellos ideales políticos, ha de tomar note de la verdad ambiente y realizar con libertad y desembarazo la hermosura. ¡Bien haya el ilustre escritor, bien haya por haber sacudido el yugo de ideas preconcebidas! Sus desposorios con el realismo le preservarán de la tentación de hacerlos en sus novelas paladín del libre pensamiento y del sistema constitucional, cosas que yo aquí no juzgo, pero que en los admirables libros de Galdós no hacen falta como *espíritu informante*.

NOTA-Per il testo seguiamo l'ed. di Harry C. Kirby jr. (vol. III della *Obras completas*), Madrid, Aguilar, 1973.

Teniers: pittore fiammingo (1610-1690), fumò tra l'altro per la sua scena d'osteria.

Daguelin: scacelle

Trueba: scrittore costumbrista spagnolo (1819-1889)

Jándalos: chi è tornato dall'Andalusia portandone accento ed abitudini

tierruca: il diminutivo in -uco è tipico della zona di Santander

montaña: per antonomasia l'entroterra montuoso di Santander

Elcagato: citazione in giudizio

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Viene una música lánguida,
no sé de dónde, en el aire. ¿
Dá la una. Me he asomado ¿
para ver qué tiene el parque. ¿
La luna, la dulce luna ¿
tiene de blanco los árboles, ¿
y, entre las ramas, la fuente ¿
alza su hilo de diamante. ¿
En silencio, las estrellas ¿
tiemblan; lejos, el paisaje ¿
mueve luces melancólicas, ¿
ladridos y largos ayes. ¿
Otro reloj da la una. ¿
Desvela mirar el parque ¿
lleno de almas, a la música ¿
triste que viene en el aire. ¿

ARIAS TRISTES (1903)

La luna me echa en el alma
honda, un agua de destumbres,
que me la deja lo mismo ¿
que un pozo templado y dulce.

Entonces, mi fondo, bueno
para todos, sube, sube ¿
y abre, al nivel del prado ¿
del mundo, su agua de luces.

Agua que une estrella y flor,
que llama a la sed con lumbres
celestes, donde están, náufragos
de amor, los reinos azules.

ARIAS TRISTES (1903)

CIELO

(7 de febrero)

Te tenía olvidado,
cielo, y no eras
más que un vago existir de luz,
visto —sin nombre—
por mis cansados ojos indolentes.
Y aparecías, entre las palabras
perezosas y desesperanzadas del viajero,
como en breves lagunas repetidas
de un paisaje de agua visto en sueños...

Hoy te he mirado lentamente,
y te has ido elevando hasta tu nombre.

34

DIARIO DE UN POETA RECÍEN CASADO
(1915)

¡NO!

(7 de febrero)

El mar dice un momento
que sí, pasando yo.
Y al punto,
que no, cien veces, mil
veces, hasta el más lúgubre infinito.
No, ¡no!, ¡no!!, ¡jijno!!!, cada vez más
fuerte, con la noche...

Se van uniendo
las negaciones tuyas, como olas
—¡no, no, no, no, no, no, no, no, no, no!—,
y, pasado, todo él, allá hacia el este,
es un inmenso, negro, duro y frío
¡no!

DIARIO DE UN POETA RECÍEN CASADO (1916)

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

ETERNIDADES (1917)

(RECUERDO INFANTIL)

Una tarde parda y fría
se representa a Caín
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
trueno el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Fue una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora
copla borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
un sueño lejano mi canto presente?
Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:
No recuerdo, hermana,
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía
como hoy sobre el mármol su monotonía.

¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talares,
que ves, sombreaban los claros cantares
que escuchas. Del rubio color de la llama,
el fruto maduro pendía en la rama,
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...
Fue esta misma tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría
ya supo del árbol la fruta bermeja;
yo sé que es lejana la amargura mía
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores
copiaron antiguos delirios de amores:
mas cuéntame, fuente de lengua encantada,
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,
sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano...
Tú venías solo con tu pena, hermano;
tus labios besaron mi lintá serena,
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre, la fuente sonora,
del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre, tu monotonía,
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
sonó en el silencio de la tarde muerta*.

ANTONIO
MACHADO,
SOLEDADES. GALERÍAS. Y OTROS
POEMAS (1907)

Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe año indumentario—,
mas recibí la fecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.
Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdén las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

ANTONIO

MACCHADO,

CAMPOS DE

CASTILLA

(1912)

A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, por las quebras del pedregal subía,
buscando los recodos de sombra, lentamente.
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;

o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo
cruzaba solitario el puro azul del cielo.
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
y una redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
para formar la corva ballesta de un arquero
en torno a Soría. —Soría es una barbacana,
hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.
Veía el horizonte cerrado por colinas
oscuras, coronadas de robles y de encinas;
desnudos peñascales, algún humilde prado

donde el merino pace y el toro, arrodillado
sobre la hierba, rumia; las márgenes del río
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,
itan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—,
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.

¡Oh tierra triste y noble,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decréptas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquélla tan generosa un día,
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos
indianos a la corte, la madre de soldados,
guerreros y adalides que han de tornar, cargados
de plata y oro, a España, en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones.
Filósofos nutridos de sopa de convento

36

Proverbios y cantares

I

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompa de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.

X

La envidia de la virtud
hizo a Caín criminal.
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio
es lo que se envidia más!

XXI

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar,
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

XXX

El que espera desespera,
dice la voz popular.
¡Qué verdad tan verdadera!
La verdad es la que es,
y sigue siendo verdad
aunque se piense al revés.

ANTONIO

MACHADO

contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de Levante,
no acudirán siquiera a preguntar: ¿qué pasa?
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.
Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.
El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—
De entre las peñas salen dos lindas comadreas;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

CAMPOS DE CASTILLA

Del pasado efímero

Este hombre del casino provinciano,
que vio a Carancha ¡ recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados por melancolía;
bajo el bigote gris, labios de hastío,
y una triste expresión, que no es tristeza,
sino algo más y menos: el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.
Aun luce de corinto terciopelo
chaqueta y pantalón abotinado
y un cordobés color de caramelo,
pulido y torneado.
Tres veces heredó; tres ha perdido
al monte su caudal: dos ha envidiado.
Sólo se anima ante el azar prohibido,
sobre el verde tapete reclinado,
o al evocar la tarde de un torero,
la suerte de un tahur, o si alguien cuenta
la hazaña de un gallardo bandolero,
o la proeza de un matón, sangrienta.
Bosteza de política banales
dicterios al gobierno reaccionario,
y augura que vendrán los liberales,
cual torna la cigüeña al campanario.
Un poco labrador, del cielo guarda
y al cielo teme; alguna vez suspira,
pensando en su olivar, y al cielo mira
con ojo inquieto, si la lluvia tarda.
Lo demás, taciturno, hipocondriaco,
prisionero en la Arcadia del presente,
le aburre; sólo el humo del tabaco
simula algunas sombras en su frente.
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,
sino de nunca; de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,
es una fruta vana
de aquella España que pasó y no ha sido,
esa que hoy tiene la cabeza cana.

CAMPOS DE CASTILLA

37

J. MARTÍNEZ RUIZ,

« AZORÍN »,

LA VOLUNTAD

(1902)

[PRIMERA PARTE]

XVII

JUSTINA, la pobre, siente grandes agobios en su espíritu. Puche ha ido poco á poco apartándola de los intereses mundanos. Ya Justina, que es una buena muchacha, duda si querer á Azorín es un tremendo pecado. Y como hay Padres de la Iglesia y formidables doctores que afirman gravemente que la carne es una cosa mala, Justina está dispuesta, casi dispuesta, á realizar el gran sacrificio de encerrar sus gentiles formas, su epidermis sedosa, sus turgencias suaves entre las paredes de un convento. ¡Esto es tremendo! Pero ella lo hará: las mujeres son ya las únicas que sienten el atavismo de esta cosa ridícula que llamamos heroísmo...

Sin embargo, Justina está inquieta. ¿Por qué? Ella al principio de su vida contemplativa ha sentido inefables dulzuras; sentía también un enorme entusiasmo, un singular ardimiento. El fenómeno está previsto en los manuales de mística: es cosa esta que les ocurre á todos los místicos noveles. Y después de este entusiasmo se afirma también que sucede un estado de desasosiego, de angustia, de dureza de corazón, de desaliento muy desagradables. Este estado se llama *sequedad*. Diego Murillo,⁶⁴ Félix de Alarcón,⁶⁵ Antonio

⁶⁴ Fray Diego Murillo (1555-1616), poeta y escritor franciscano, superior en el convento de Santa María de Zaragoza y autor de *Instrucción para enseñar la virtud a los principiantes, y escala espiritual para la perfección evangélica*.

⁶⁵ Fray Félix de Alarcón, capuchino que bajo el seudónimo Padre José de Alfaro escribió obras religiosas: *Espejo de verdadera*

Arbiol⁶⁶ escriben largo y tendido sobre estas sutiles psicologías. Yo no creo que entre los novelistas contemporáneos haya observadores más penetrantes que estos buenos casuistas. Arbiol, sobre todo, es de una fineza y de una sagacidad estupendas, y su libro *La religiosa instruída*, en que va examinando menudamente la mentalidad de las novicias y profesas, es un admirable estudio de psicología femenina, tan grato de leer como una novela de Bourget ó de Prevost.

Justina pasa poco más o menos por todos los trances que los tratadistas expresan en sus tomos respetables. Ahora se halla en este angustioso de la *sequedad*. Ella está dispuesta desde luego á abandonar el mundo: Puche la tiene ya segura. Pero este desasosiego que ahora siente, estos bulliciosos pensamientos que á veces se escapan hacia Azorín, le dan pena, la mortifican, la humillan demostrándole —¡cosa humana!— que sobre nuestra razón fría, sobre nuestros propósitos de anulación infecunda, está nuestro corazón amoroso, desbordante de sensualidad y de ternura...

Y he aquí, lector, puestos en claro los crueles combates que en el alma de Justina tienen lugar estos días. ¡La pobre sufre mucho! El ángel bueno que llevamos á nuestro lado la empuja suavemente hacia el camino de la perfección; pero el demonio —¡ese eterno enemigo del género humano!— le pone ante los ojos la figura gallarda de un hombre fuerte que la abraza, que pasa sus manos sobre sus cabellos finos, sobre su cuerpo sedoso, que la besa en los labios con un beso largo, muy largo, apasionado, muy apasionado.

Y he aquí que Justina, vencida, anonadada bajo la caricia enervadora, solloza, rompe en un largo gemido, se abandona en voluptuosidad incomparable, mientras

y *falsa confesión* (1688), *Falagios del demonio, y de los vicios que apartan del camino real del cielo* (1714) y *La felicidad o bienaventuranza natural y sobrenatural del hombre* (1723).

⁶⁶ Antonio Arbiol y Diez (1651-1726), franciscano y autor de numerosas obras de religión y de moral. Sobresalen entre sus libros los tratados *Desengaños místicos* y *La Religiosa instruída*.

el demonio —que habremos de confesar que es una buena persona, puesto que tales cosas logra—, mientras que el demonio la mira con sus ojos fulgurantes y sonríe irónico...⁶⁷

⁶⁷ Este estado místico de Justina, lo había desarrollado antes Martínez Ruiz, a través de los libros de Diego de Murillo y Arbiol, en el capítulo "El misticismo" de *Los hidalgos* (1900) (OC, I, p. 641-647).

XXV

LAS llamas temblotean en la ancha cocina de mármol negro. Ante el hogar, sobre la recia estera, se extiende una banda de zinc brillante. El quinqué destaca sobre la cornisa de la chimenea su redondo caparazón de verde intenso. Y en la pared, sobre el quinqué, esfumada en la penumbra suave, luce una grande tesis encuadrada en marco de noguera pulida. *D. O. M. Has juris civilis theses, quos pro ejusdem...*⁸⁵ rezan á la cabecera gruesos tipos, y abajo, en tres dilatadas columnas, las XLIX conclusiones hormiguean en diminutos caracteres sobre la brilladora seda rosa. Junto á la tesis, aquí y allá, en las blancas paredes, grandes fotografías pálidas de viejas catedrales españolas: la de Toledo, la de Santiago, la de Sigüenza, la de Burgos, que asoma sobre espesa alameda sus germinados ventanales y espadañas floridas; la de León, que enarca los finos arbotantes de su ábside sobre una oleada de vetustas casuchas con ventanas inquietadoras...

Las llamas tiemblan. Sobre el enorme armario fronterizo al hogar, espejean los reflejos. El armario es de roble. Tiene dos puertas superiores, dos cajones, dos

⁸⁵ Se refiere el autor a los carteles, generalmente impresos por una sola cara en una hoja en gran folio, en papel o sobre seda de colores, redactados en latín, en los cuales se hacía constar la tesis sostenida por el graduando. Normalmente éste lo conservaba enmarcado en su gabinete de trabajo o despacho.

puertas inferiores. Está encuadrado en primorosa greca tallada en hojas y botones. En los ángulos sobresalen las caras de gordos angelillos; arriba, en el centro del friso, una sirena sonriente abre sus piernas de retorcidas volutas que se alejan simétricamente entre el follaje. Y por una de las portezuelas superiores, abierta, se muestran los innumerables cajoncillos con el frontis labrado.

Algo de la elegante sobriedad castellana se respira en la estancia. A uno y otro lado del noble armario se yerguen los sillones adustos; sus brazos avanzan lucidores; en el respaldo, sobre el cuero negroso, resaltan los clavos de cabeza alongada. Y sobre los anchos barrotes destacan áureos en la penumbra como enormes trastes de guitarras.

Las horas pasan. A lo lejos una voz canta las cuatro. Al lado de la chimenea hay una mesilla de salomónicas columnas. La luz del quinqué hace brillar sobre el negro tablero, entre papeles y volúmenes, una tabaquera de plata, un reloj achatado, una interminable cadena de oro que serpentea entre los libros y cruza rutilante sobre el título grueso de un periódico.

El maestro Yuste reposa enfermo en la ancha cama. La voz canta más lejos. En la acera resuenan pasos precipitados...

Yuste se incorpora. Azorín se acerca. Yuste dice:

—Azorín, hijo mío, mi vida finaliza.

Azorín balbuce algunas palabras de protesta. Yuste prosigue:

—No, no; ni me engaño ni temo... Estoy tranquilo. Acaso en mi juventud me sentí indeciso... Entonces vivía yo en los demás y no en mí mismo... Después he vivido solo y he sido fuerte...

El maestro calla. Luego añade:

—Azorín, hijo mío, en estos momentos supremos, yo declaro que no puedo afirmar nada sobre la realidad del universo... La inmanencia ó trascendencia de la causa primera, el movimiento, la forma de los seres, el origen de la vida... arcanos impenetrables... eternos...

De pronto canta en la calle la vieja cofradía del Rosario. El coro rompe en una larga melopea monótona y llorosa. Las campanillas repican persistentes; las voces cantan plañideras, ruegan, suplican, imploran fervorosas.

Míranos con compasión;
no nos dejes, Madre mía... ^{85 bis}

El coro calla. Yuste prosigue:

—Yo he buscado un consuelo en el arte... El arte es triste. El arte sintetiza el desencanto del esfuerzo baldío... ó el más terrible desencanto del esfuerzo realizado... del deseo satisfecho.

La cofradía canta más lejos; sus deprecaciones llegan á través de la distancia opacas, temblorosas, suaves.

El maestro exclama:

—¡Ah, la inteligencia es el mal!... Comprender es entristecerse; observar es sentirse vivir... Y sentirse vivir es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de todo nuestro ser y de las cosas que nos rodean hacia el océano misterioso de la Nada...

Ya en la lejanía, apenas se percibe, á retazos, la súplica fervorosa de los labriegos, de los hombres sencillos, de los hombres felices... Una campana toca cerca; en las maderas del balcón clarean dos grandes ángulos de luz tenue.

^{85 bis}. La Cofradía del Rosario es conocida por Los Auroros; y la popular oración, que todavía se recuerda en Yecla, a que se refiere Martínez Ruíz es la siguiente:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza,
a tí, Celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
te ofrezco desde este día
alma, vida y corazón.
Míranos con compasión;
no nos dejes, Madre mía.

personas destinadas á vivir la mitad, la tercera parte, la cuarta parte de la vida; hay otras en cambio destinadas á vivir dos, cuatro, ocho vidas... Napoleón debió de vivir cuarenta, cincuenta, ciento... Estas personas claro es que el exceso de vida que viven, ó sea, lo que pasa de una vida, que es la tasa *legal*, lo toman de lo que no viven los que viven menos de una... Yo soy uno de estos: vivo media vida, y es probable que sea Iluminada quien vive una y media, es decir, una suya y media que me corresponde á mí... Así, me explico la sugestión que ejerce sobre mí... y si yo me casara con ella la unidad psicológica estaría completa: yo continuaría viviendo media vida, como hasta aquí, y ella me continuaría haciendo este favor inmenso, el más alto que puede darse, de ayudarme á vivir, ñe vivir por mí."

Azorín sonrío. Y en el zaguán, Iluminada, sana, activa, imperiosa, pletórica de vida, va, viene, discute, manda, impone á todos jovialmente su voluntad incontrastable.

XXVII

JUSTE ha muerto; el P. Lasalde se ha marchado al colegio de Getafe; Justina ha entrado en un convento. Y Azorín medita tristemente, á solas en su cuarto, mientras deja el libro y toma el libro. El no puede apartar de su espíritu el recuerdo de Justina; la ve á cada momento; ve su cara pálida, sus grandes ojos, su manto negro que flota ligeramente al andar... Y oye su voz insinuante, dulce, casi apagada. Así, en un estupor doloroso, Azorín permanece horas y horas sentado, vaga al azar por la huerta, solo, anonadado, como un descabellado romántico.

De cuando en cuando, alguna mañana, al retorno de misa, entra Iluminada, enhiesta, fuerte, imperativa, sana. Y sus risas resuenan en la casa, va, viene, arregla un mueble, charla con una criada, impone á todos jovialmente su voluntad incontrastable. Azorín se complace viéndola. Iluminada es una fuerza libre de la Naturaleza, como el agua que salta y susurra, como la luz, como el aire. Azorín ante ella se siente sugestionado, y cree que no podría oponerse á sus deseos, que no tendría energía para contener ó neutralizar esta energía. "Y después de todo ¡qué importa!", piensa Azorín; "después de todo, si yo no tengo voluntad, esta voluntad que me llevaría á remolque, me haría con ello el inmenso servicio de vivir la mitad de mi vida, es decir, de ayudarme á vivir... Hay en el mundo

SEGUNDA PARTE

I

AZORÍN, á raíz de la muerte de Justina, abandonó el pueblo y vino á Madrid. En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto á los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y á la vida.

Azorín, en el fondo, no cree en nada, ni estima acaso más que á tres ó cuatro personas entre las innumerables que ha tratado. Lo que le inspira más repugnancia es la frivolidad, la ligereza, la inconsistencia de los hombres de letras. Tal vez este sea un mal que la política ha creado y fomentado en la literatura. No hay cosa más abyecta que un político: un político es un hombre que se mueve mecánicamente, que pronuncia inconscientemente discursos, que hace promesas sin saber que las hace, que estrecha manos de personas á quienes no conoce, que sonríe siempre con una estúpida sonrisa automática... Esta sonrisa Azorín la juzga emblema de la idiotez política. Y esa sonrisa es la que ha encontrado también en el periodismo y en la literatura. El periodismo ha sido el causante de esta contaminación de la literatura. Ya casi no hay literatura. El

periodismo ha creado un tipo frívolamente enciclopédico, de estilo brillante, de suficiencia abrumadora. Es el tipo que detestaba Nietzsche: el tipo "que *no es nada, pero que lo representa casi todo*". Los especialistas han desaparecido: hoy se escribe *para* el periódico, y el periódico exige que se hable de todo. Dentro de treinta años todos seremos periodistas, es decir, nadie sabrá nada de nada. Nos limitaremos á *sospechar* las cosas, lo cual tiene la ventaja de que ahorra tiempo y no entristece el espíritu con la melancolía de las lecturas largas.

Y véase cómo lo que parece una calamidad, ha de resultar un bien andando el tiempo: porque evitando la reflexión y el auto-análisis —matadores de la Voluntad—, se conseguirá que la Voluntad resurja poderosa y torne á vivir... siquiera sea á expensas de la Intelligenza.

Azorín ha llegado demasiado pronto para alcanzar estas bienandanzas. Su espíritu anda ávido y perplejo de una parte á otra; no tiene plan de vida; no es capaz del esfuerzo sostenido; mariposea en torno á todas las ideas; trata de gustar todas las sensaciones. Así en perpetuo tejer y destejer, en perdurables y estériles amagos, la vida corre inexorable sin dejar más que una fugitiva estela de gestos, gritos, indignaciones, paradojas...

II

A la derecha, la rojiza mole de la plaza de Toros, destacando en el azul luminoso, espléndido; á la izquierda, los diminutos hoteles del Madrid Moderno, en pintarrajeado conjunto de muros chafarrinados en viras rojas y amarillas, balaustradas con jarrones, cristales azules y verdes, cupulillas, sórdidas ventanas, techumbres encarnadas y negras... todo chillón, pequeño, presuntuoso, procaz, frágil, de un mal gusto agresivo, de una vanidad cacareante, propia de un pueblo de tenderos y burócratas.

La tarde es tibia y radiante: se sienten los primeros hálitos confortadores de la primavera que llega. El sol baña la ancha vía. Y Azorín camina por ella lentamente, hacia las Ventas... Pasan los enormes tranvías eléctricos, zumbando, campanilleando, carromatos, recuas, coches fúnebres, negros, blancos, rippers⁸⁸ atestados de gente que van camino del Este, cuesta abajo. En el fondo, cerca del viejo puente, aparecen los tapiales roñosos de una casa terrera: es el *Parador del Espíritu-Santo*.

Delante, al sol, juegan en una mesilla redonda cuatro labriegos; unas palomas blancas vuelan pausadas; sobre el césped verde de un descampado resaltan grandes

⁸⁸ "rippers", o rippert, nombre dado, por su inventor, a un ómnibus arrastrado por caballerías; ha sido un invento feliz porque podía correr sobre los carriles de los tranvías o el empedrado de las calles.

Y Azorín, cansado de sus diez años de Madrid, hastiado de periódicos y de libros, piensa en esta danza frenética é inútil de vivos y de muertos... y regresa por la carretera lentamente. Van y vienen coches negros, coches blancos; un hombre pasa de prisa con una cajita gris al hombro; en la tapa dice: *S. Juan de Dios*. A lo lejos suena roncamente el batir de tambores; el viento trae el *fó-fó* asmático de una locomotora. Y mientras cae la tarde, ante los barracones asordadores, mientras tocan los organillos y se baila frenéticamente, y los mozos van y vienen con platos, y se grita, y se canta, y se remueve en espasmo postrero la turba lujuriosa de chulapos y fregonas, Azorín, emocionado, estremecido, ve pasar un coche blanco, con una caja blanca cubierta de flores, y en torno al coche, un círculo de niñas que lleva cada una su cinta y caminan fatigadas, silenciosas, desde la lejana ciudad al cementerio lejano...

**

Y ya en Madrid, rendido, anonadado, postrado de la emoción tremenda de esta pesadilla de la Lujuria, el Dolor y la Muerte, Azorín piensa un momento en la dolorosa, inútil y estúpida evolución de los mundos hacia la Nada...

III

A lo largo del andén van y vienen labriegos con alforjas, mujeres con cestas, mozos con blusas azules, mozos con chaquetas de pana. Se oye un sordo *fó-fó*; una locomotora avanza lentamente y retira un tren de lujo. Después sale otra máquina. Y suenan silbidos ondulantes, silbidos repentinos, bocinas, ruido de engranajes, chirridos, rumor de carretillas. Las portezuelas abiertas muestran una línea de manchas amarillas. Al otro extremo del andén, al final de la nave inmensa, aparece la plancha gris del cielo, y resaltantes en su uniformidad plomiza, las redondas bombas eléctricas, la enorme aspa de las señales con sus cuatro cruces, una garita acristalada, postes, cables, siluetas de vagones. Suenan silbidos breves, silbidos largos, pregones de periódicos, estruendos de cadenas. Y los viajeros van, vienen, entran en los coches, dan fuertes portazos.

Azorín sube á un vagón de tercera. El tren va á partir. Dos labriegos charlan: "...dejé yo el cuartelillo... hace seis ú ocho meses que dejé yo el cuartelillo, y cada mes una..." En la portezuela, una mujer acompañada de dos niños, discute con otra del andén: "...tómalo, mujer... que lo tomes... tómalo... yo llevo bastante..." Y tira un duro que rebota sobre el andén tintineando. Se oye un largo campanilleo; luego, portazos. "¡Tenéis que escribir á la tía en las cartas!", les gritan á los niños desde el andén. Y Gedeón entra en

VII

Y es lo cierto —piensa Azorín mientras baja por la calle de Toledo—, que yo tengo un cansancio, un hastío indefinible, invencible... Hace diez años, al llegar á Madrid después del fracaso de aquel amor... infausto; al llegar á Madrid con mis cuartillas debajo del brazo, tenía cierto entusiasmo, cierto ardimiento bárbaro, indómito... ¡Qué crónicas aquellas de *La Península*! El director todas las noches, muy grave, con su respirar de foca vieja: "Amigo Azorín, esto no puede continuar; los suscriptores se quejan; hoy he recibido ocho cartas..." Y luego, cuando salió mi artículo sobre *El amor libre*, ¡un aluvión de protestas! ¹¹³ *El autor* —decía en una de ellas un viejo progresista— *ó es un loco ó no debe de tener hijas*... No, no tenía hijas, ni nada... No tenía este tedio de ahora, después de haber hecho mi nombre un poco célebre —que vale más que ser célebre del todo—; después de haber devorado miles de libros y haber emborronado miles de cuartillas...

Azorín pasa ante la iglesia de San Isidro.

—Y esto es inevitable; mi pensamiento nada en el vacío, en un vacío que es el nihilismo, la disgregación

¹¹³ El autor se refiere, sin duda alguna, a su colaboración en *El País* (desde diciembre de 1896 hasta febrero de 1897) bajo la dirección de Ricardo Fuente. Sus percances de cronista y la subsiguiente destitución se relatan en *Charivari* (OC, I). El artículo mencionado debe de ser "Crónica" (22-I-1897), en el cual arremete contra el matrimonio como institución inmoral y aboga por el amor libre.

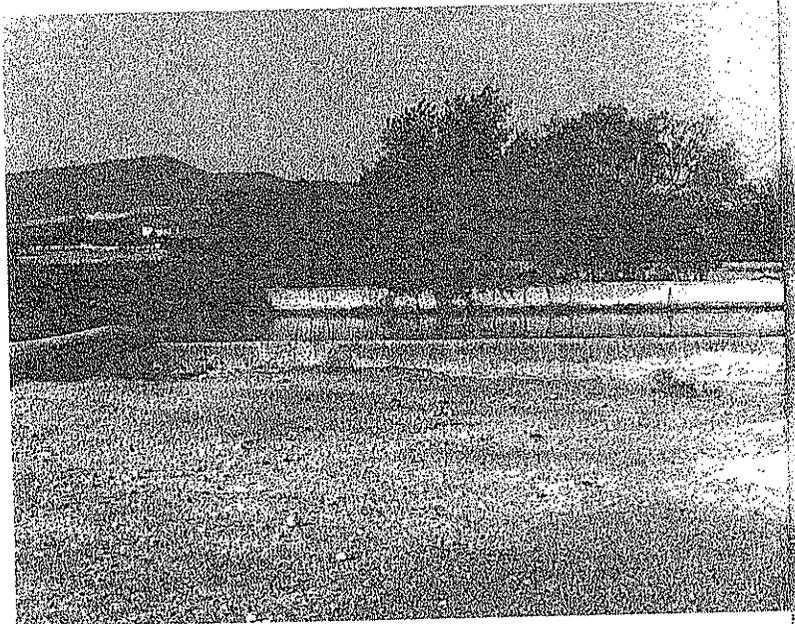
de la voluntad, la dispersión silenciosa, sigilosa, de mi personalidad... Sí, sí, el trato de Yuste ha influido sin duda en mí; su espíritu se posesiona de mí definitivamente, pasados estos años de entusiasmo. Y luego, la figura de Justina, negra, pálida... y el ambiente tétrico de aquel pueblo... la herencia, acaso, también, y más poderosamente que nada... todo, todo rompe y deshace mi voluntad, que desaparece... ¿Qué hacer?... ¿Qué hacer?... Yo siento que me falta la Fe; no la tengo tampoco ni en la gloria literaria ni en el Progreso... que creo dos solemnes estupideces... ¡El progreso! ¡Qué nos importan las generaciones futuras! Lo importante es nuestra vida, nuestra sensación momentánea y actual, nuestro yo, que es un relámpago fugaz. Además, el progreso es inmoral, es una colosal inmoralidad: porque consiste en el bienestar de unas generaciones á costa del trabajo y del sacrificio de las anteriores.

Azorín entra en la calle de los Estudios. Pasa por la misma una mujer con dos niños. Y Azorín piensa:

—No sé qué estúpida vanidad, qué monstruoso deseo de inmortalidad, nos lleva á continuar nuestra personalidad más allá de nosotros. Yo tengo por la obra más criminal esta de empeñarnos en que prosiga indefinidamente una humanidad que siempre ha de sentirse estremecida por el dolor: por el dolor del deseo incumplido, por el dolor, más angustioso todavía, del deseo satisfecho... Podrán llegar los hombres al más alto grado de bienestar, ser todos buenos, ser todos inteligentes... pero no serán felices; porque el tiempo, que se lleva la juventud y la belleza, trae á nosotros la añoranza melancólica por las pasadas agradables sensaciones. Y el recuerdo será siempre fuente de tristeza. Yo de mí sé decir que nada hay que tanto me contriste como volver á ver un lugar —una casa, un paisaje— que frecuenté en mi adolescencia; ni nada que ponga tanta amargura en mi espíritu como observar cómo ha ido envejeciendo... cómo ha perdido el brillo de los ojos, y la flexibilidad de sus miembros, y la gallardía de sus movimientos... la mujer que yo amé secreta y

XI

AL fin, Azorín se decide á marcharse de Madrid. ¿Dónde va? *Geográficamente*, Azorín sabe dónde encamina sus pasos; pero en cuanto á la orientación *intelectual* y *ética*, su desconcierto es mayor cada día. Azorín es casi un símbolo; sus perplejidades, sus ansias, sus desconsuelos bien pueden representar toda una generación sin voluntad, sin energía, indecisa, irresoluta, una generación que no tiene ni la audacia de la generación romántica, ni la fe de afirmar de la generación naturalista. Tal vez esta disgregación de ideales sea un bien; acaso para una síntesis futura —más ó menos próxima— sea preciso este feroz análisis de todo... Pero es lo cierto que entretanto lo que está por encima de todo —de la Belleza, de la Verdad y del Bien— lo esencial, que es la Vida, sufre una depresión enorme, una extraordinaria disminución... que es disminución de la Belleza, de la Verdad y del Bien, cuya armonía forma la Vida —la Vida plena.



La balsa de la "Casa del Obispo" y el paisaje de El Pulpillo

TERCERA PARTE

ESTA parte del libro la constituyen fragmentos sueltos escritos á ratos perdidos por Azorín. El autor decide publicarlos para que se vea mejor la complicada psicología de este espíritu perplejo, del cual un hombre serio, un hombre consecuente, uno de esos hombres que no tienen más que una sola idea en la cabeza, diría que "está completamente extraviado" y que "va por mal camino".

Puede ser que el camino que recorre Azorín sea malo; pero al fin y al cabo, es un camino. Y vale más andar, aunque en malos pasos, que estar eternamente fijos, eternamente incommovibles, eternamente idiotizados... como estos respetables señores que no pudiendo moverse, condenan el movimiento ajeno.

IV

Santa Ana.

CREO que mi ironía es una estupidez. A ratos —y son los más— toda mi impasibilidad se desvanece al soplo de alguna indignación tremenda. Decididamente, no me conozco. Y todos los esfuerzos por llegar á un estado de espíritu tranquilo resultan estériles ante estos impensados raptos de fiereza.

Yo soy un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres. Hay el *hombre-voluntad*, casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo. Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el *hombre-reflexión*, nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos auto-análisis. El que domina en mí, por desgracia, es el *hombre-reflexión*; yo casi soy un autómeta, un muñeco sin iniciativas; el medio me aplasta, las circunstancias me dirigen al azar á un lado y á otro. Muchas veces yo me complazco en observar este dominio del ambiente sobre mí: y así veo que soy místico, anarquista, irónico, dogmático, admirador de Schopenhauer, partidario de Nietzsche. Y esto es tratándose de cosas literarias: en la vida de diarias relaciones un apretón de manos, un saludo afectuoso, un adjetivo afable, ó por el contrario un ligero des-

PÍO BAROJA, CAMINO DE
PERFECCIÓN (1902)

I

Entre los compañeros que estudiaron medicina conmigo, ninguno tan extraño y digno de observación como Fernando Ossorio. Era un muchacho alto, moreno, silencioso, de ojos intranquillos y expresión melancólica. Entre los condiscípulos, algunos aseguraban que Ossorio tenía talento; otros, en cambio, decían que era uno de esos estudiantes pobretones que, a fuerza de fuerzas, pueden ir aprobando cursos.

Fernando habiaba muy poco, sabía con frecuencia las lecciones, faltaba en ciertos periodos del curso a las clases y parecía no darle mucha importancia a la carrera.

Un día vi a Ossorio en la sala de disección, que quitaba cuidadosamente un escapulario al cadáver de una vieja, que después envolvía el trapo en un papel y lo guardaba en la caja de los bisturís.

Le pregunté para qué hacía aquello y me dijo que coleccionaba todos los escapularios, medallas, cintas o amuletos que traían los cadáveres al Depósito.

Desde entonces íntimamos algo y hablábamos de pintura, arte que él cultivaba como aficionado. Me decía que a Velázquez le consideraba como demasiado perfecto para entusiasmarle; Murillo le parecía antipático; los pintores que le encantaban eran los españoles anteriores a Velázquez, como Pantoja de la Cruz, Sánchez Coello y sobre todo el Greco.

A pesar de sus opiniones, que a mí me parecían excelentes, no podía comprender que un muchacho que andaba a todas horas con Santana, el condiscípulo más torpe y más negado de la clase, pudiera tener algún talento. Después, cuando en el curso de Patología general comenzamos a ir a la clínica, veía siempre a Ossorio, sin hacer caso de las explicaciones del profesor, mirando con curiosidad a los enfermos, haciendo dibujos y croquis en su álbum. Dibujaba figuras locas, estiradas unas, achaparradas las otras; tan pronto grotescas y risibles como llenas de espíritu y de vida.

—Están muy bien —le decía yo contemplando las figuras de su álbum—, pero no se parecen a los originales.

—Eso ¿qué importa? —replicaba él—. Lo natural es sencillamente estúpido. El arte no debe ser nunca natural.

—El arte debe ser la representación de la naturaleza, malizada al reflejarse en un temperamento —decía yo, que estaba entonces entusiasmado con las ideas de Zola.

—No. El arte es la misma naturaleza. Dios murmura en la cascada y canta en el poeta. Los sentimientos refinados son tan reales como los toscos, pero aquéllos son menos torpes. Por eso

hay que buscar algo agudo, algo finamente torturado.

—Con esas ideas —le dije una vez—, ¿cómo puede usted resistir a ese idiota de Santana, que es tan estúpidamente natural?

—¡Oh! Es un tipo muy interesante —contestó sonriendo—. A mí, la verdad, la gente que me conoce me estima, él no: siente un desprecio tan profundo por mí, que me obliga a respetarle.

Un día, en una de esas conversaciones largas en que se vuelca el fondo de los pensamientos y se vacía espiritualmente una conciencia, le hablé de lo poco clara que resultaba su persona; de cómo en algunos días me parecía un necio, un completo badulaque, y otros, en cambio, me asombraba y le creía un hombre de grandísimo talento.

—Sí —murmuró Ossorio vagamente—. Hay algo de eso; es que soy un histérico, un degenerado.

—¡Bah!

—Como lo oye usted. De niño fui de esas criaturas que asombran a todo el mundo por su precocidad. A los ocho años dibujaba y tocaba el piano; la gente celebraba mis disposiciones; había quien aseguraba que sería yo una eminencia; todos se hacían lenguas de mi talento menos mis padres, que no me querían. No es cosa de recordar historias tristes, ¿verdad? Mi nodriza, la pobre, a quien quería más que a mi madre, se asustaba cuando yo hablaba. Por una de esas cuestiones tristes, que decía, dejé a los diez años la casa de mis padres y me llevaron a la de mi abuelo, un buen señor, baldado, que vivía gracias a la solicitud de una vieja criada; sus hijos, mi madre y sus dos hermanas, no se ocupaban del pobre viejo

absolutamente para nada. Mi abuelo era un volteriano convencido, de esos que creen que la religión es una mala farsa; mi nodriza fanática como nadie; yo me encontraba combatido por la incredulidad del uno y la superstición de la otra. A los doce años mi nodriza me llevó a confesar. Sentía yo por dentro una verdadera repugnancia por aquel acto, pero fui, y en vez de parecerme desagradable se me antojó dulce, grato, como una brisa fresca de verano. Durante algunos meses tuve una exaltación religiosa grande; luego, poco a poco, las palabras de mi abuelo, fueron haciendo mella en mí, tanto, que cuando a los catorce o quince años me llevaron a comulgar, protesté varias veces. Primero, yo no quería llevar lazo en la manga, después dije que todo aquello de comulgarse era una majadería y una farsa y que en una cosa que va al estómago y se disuelve allí no puede estar Dios, ni nadie. Mi abuelo sonreía al oírme hablar; mi madre, que aquel día estaba en casa de su padre, no se enteró de nada; mi nodriza en cambio se indignó tanto que casi reprendió a mi abuelo porque me imbuía ideas antirreligiosas. El la contestó riéndose. Poco tiempo después, al ir a concluir yo el bachillerato, mi abuelo murió, y la presencia de la muerte y algo doloroso que averigüé en mi familia, me turbaron el alma de tal modo que me hice torpe, hurafío, y mis brillantes facultades desaparecieron, sobre todo mi portentosa memoria. Yo, por dentro, comprendía que empezaba a ver las cosas claras, que hasta entonces no había sido más que un badulaque; pero los amigos de casa decían: —Este chico se ha entontecido—. Mi madre, a quien in-

dudablemente estorbaba en su casa y que no quería tenerme a su lado, me envió a que concluyese el grado de bachiller a Yécora, un lugarón de la Mancha, clerical, triste y antipático. Pasé en aquella ciudad levítica tres años, dos en un colegio de escolapios y uno en casa del administrador de unas fincas nuestras, y allí me hice vicioso, canalla, mal intencionado; adquirí todas estas gracias que adornan a la gente de sotana y a la que se trata íntimamente con ella. Volví a Madrid cuando murió mi padre; a los diez y ocho años, me puse a estudiar y yo, que antes había sido casi un prodigio, no he llegado a ser después ni siquiera un mediano estudiante. Total: que gracias a mi educación han hecho de mí un dege-nerado.

—¿Y piensa usted ejercer la carrera cuando la concluya? —le pregunté yo.

—No, no. Al principio me gustaba; ahora me repugna extraordinariamente. Además, me considero a mí mismo como un menor de edad, ¿sabe usted?, algún resorte se ha roto en mi vida.

Ossorio me dió una profunda lástima.

Al año siguiente no estudió ya con nosotros, no le volví a ver y supuse que habría ido a estudiar a otra universidad, pero un día le encontré y me dijo que había abandonado la carrera, que se dedicaba a la pintura definitivamente. Aquel día nos hablamos de tú, no sé por qué.

III

Días más tarde, al llegar Fernando a su casa, se encontró con una invitación para ir a una kermesse que se celebraba en el Jardín del Buen Retiro.

Se dirigió hacia allá pensando si la invitación sería de aquella mujer que tanto le preocupaba. Daban las doce de la noche cuando llegó.

Era verano, hacía un calor sofocante. El jardín estaba espléndido: mujeres hermosas vestidas de blanco, ojos brillantes, gasas, cintas, joyas llenas de reflejos, pecheras impecables de los caballeros, uniformes negros, azules y rojos, roces de faldas de seda, risas, murmullos de conversaciones.

En la oscuridad, entre el negruzco follaje verde lustroso, brillaban focos eléctricos y farosillos de papel. Los puestos, adornados con percalinas de colores nacionales y banderolas también amarillas y encarnadas, estaban llenos de cachivaches colocados en los estantes. Una fila de señoritas en pie, sofocadas, rojas, sacaban papeletas de unas urnas y se las daban a los elegantes caballeros, que iban

A los dos meses de estar en Toledo, Fernando se encontraba más excitado que en Madrid.

En él influían de un modo profundo las vibraciones largas de las campanas, el silencio y la soledad que iba a buscar por todas partes.

En la iglesia, en algunos momentos, sentía que se le llenaban los ojos de lágrimas; en otros seguía murmurando por lo bajo, con el pueblo, la sarta de latines de una letanía o las oraciones de la misa.

~~El hubiese querido que aquella religión tan grandiosa, tan artística, hubiera ocultado sus dogmas, sus creencias y no se hubiera manifestado en el lenguaje vulgar y frío de los hombres, sino en perfumes de incienso, en murmullos del órgano, en soledad, en poesía, en silencio. Y así, los hombres, que no pueden comprender la divinidad, la sentirían en su alma, vaga, lejana, dulce, sin amenazas, brisa ligera de la tarde que refresca el día ardoroso y cálido.~~

Y después pensaba que quizás esta idea era de un gran sensualismo y que en el fondo de una reli-

EL NO CREÍA NI DEJABA
DE CREER"

gión así, como él la señalaba, no había más que el culto de los sentidos. Pero ¿por qué los sentidos habían de considerarse como algo bajo, siendo fuentes de la idea, medios de comunicación del alma del hombre con el alma del mundo?

Muchas veces, al estar en la iglesia, le entraban grandes ganas de llorar, y lloraba.

—¡Oh! Ya estoy purificado de mis dudas —se decía a sí mismo—. Ha venido la fe a mi alma.

Pero al salir de la iglesia a la calle se encontraba sin un átomo de fe en la cabeza. La religión producía en él el mismo efecto que la música: le hacía llorar, le emocionaba con los altares espléndidamente iluminados, con los rumores del órgano, con el silencio lleno de misterio, con los borbotones de humo perfumado que sale de los incensarios.

Pero que no le explicaran, que no le dijeran que todo aquello se hacía para no ir al infierno y no quemarse en lagos de azufre líquido y calderas de pez derretida; que no le hablasen, que no le razonasen, porque la palabra es el enemigo del sentimiento; que no trataran de imbuirle un dogma; que no le dijeran que todo aquello era para sentarse en el paraíso al lado de Dios, porque él, en su fuero interno, se reía de los lagos de azufre y de las calderas de pez, tanto como de los sillones del paraíso.

La única palabra posible era amar. ¿Amar qué? Amar lo desconocido, lo misterioso, lo arcano, sin definirlo, sin explicarlo. Balbucear como un niño las palabras inconscientes. Por eso la gran mística

~~Santa Teresa~~ había dicho: *El infierno es el lugar donde no se ama.*

En otras ocasiones, cuando estaba turbado, iba a Santo Tomé a contemplar de nuevo el *Enterramiento del conde de Orgaz*, y le consultaba e interrogaba a todas las figuras.

Una mañana, al salir de Santo Tomé, fué por la calleja del Conde a una explanada con un pretil.

Andaban por allí unos cuantos chiquillos que jugaban a hacer procesiones: habían hecho unas andas y colocado encima una figurita de barro, con manto de papel y corona de hoja de lata. Llevaban las microscópicas andas entre cuatro chiquillos; por delante iba el pertiguero con una vara con su contera y sus adornos de latón, y detrás, varios chicos y chicas con cerillos y otras con cabos de vela.

Fernando se sentó en el pretil.

Enfrente de donde estaba había un gran caserón adosado a la iglesia, con balcones grandes y espaciados en lo alto, y ventanas con rejas en lo bajo.

Fernando se acercó a la casa, metió la mano por una reja y sacó unas hojas rotas de papel impreso. Eran trozos de los ejercicios de San Ignacio. En la disposición de Fernando, aquello le pareció una advertencia.

Callejeando salió a la puerta del Cambrón, y desde allá, por la Vega Baja, hacia la puerta Visagra.

Era una mañana de octubre. El paisaje allí, con los árboles desnudos de hojas, tenía una simplicidad mística. A la derecha veía las viejas murallas

libro. Salíó Fernando de la iglesia y se sentó en un banco del paseo. El sol salía del seno de las nubes que lo ocultaban.

Veíase la ciudad destacarse lentamente sobre la colina en el azul puro del cielo, con sus torres, sus campanarios, sus cúpulas, sus largos y blancos lienzos de pared de los conventos llenos de celosías, sus tejados rojizos, todo calcinado, dorado por el sol de los siglos y de los siglos, parecía una ciudad de cristal en aquella atmósfera tan limpia y pura. Fernando soñaba y oía el campaneo de las iglesias que llamaban a misa.

El sol ascendía en el cielo; las ventanas de las casas parecían llenarse de llamas. Toledo se destacó en el cielo lleno de nubes incendiadas... las colinas amarillearon y se doraron, las lápidas del antiguo camposanto lanzaron destellos al sol... Volvió Fernando hacia el pueblo, pasó por la puerta Visagra y después por la del Sol. Desde la cuesta del Miradero se veía la línea valiente formada por la iglesia mudéjar de Santiago del Arrabal, dorada por el sol, luego la puerta Visagra con sus dos torres y al último el hospital de Afuera.

"COMPRÓ FERNANDO LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA".

XXVI

AQUELLA misma tarde, en una librería religiosa de la calle del Comercio, ~~compró Fernando los Ejercicios de San Ignacio de Loyola.~~

Sentía al ir a su casa verdadero terror y espanto creyendo que aquella obra iba a concluir de perturbarle la razón.

Llegó a casa y en su cuarto se puso a leer el libro con detenimiento.

Creía que cada palabra y cada frase estampadas allí debían de ser un latigazo para su alma.

Poco a poco, a medida que avanzaba en la lectura, viendo que la obra no le producía el efecto esperado, dejó de leer y se propuso reflexionar y meditar en todas las frases aquellas, palabra por palabra.

Al día siguiente reanudó la lectura y el libro le siguió pareciendo la producción de un pobre fanático ignorante y supersticioso.

A Fernando, que había leído el *Eclesiastés*, le parecían los pensamientos del obscuro hidalgo vascogado sencillas vulgaridades.

El infierno, en aquel librito, era el lugar tremebundo pintado por los artistas medioevales, por donde se paseaba el demonio con su tridente y sus ojos llameantes y en donde los condenados se revolvían entre el humo y las llamas gritando, aullando, en calderas de pez hirviente, lagos de azufre, montones de gusanos y de podredumbre.

Una página de Poe hubiera impresionado más a Fernando que toda aquella balumba terrorífica. Pero a pesar de esto había en el libro, fuera del elemento intelectual, pobre y sin energía, un fondo de voluntad, de fuerza; un ansia para conseguir la dicha ultraterrena y apoderarse de ella, que Ossorio se sintió impulsado a seguir las recomendaciones del santo, si no al pie de la letra, al menos en su espíritu.

~~—Fernando, ¿cómo se llama el libro?~~ se preguntaba Fernando algunas veces. ~~—¿En qué consiste esta locura?~~ ~~—Debo ser un espíritu religioso.~~ Por eso quizá no me he podido adaptar a la vida. Busquemos el descubrir lo que hay en el fondo del alma; debajo de las preocupaciones; debajo de los pensamientos; más allá del dominio de las ideas.

Y a medida que iban pasando los días tenía necesidad de sentir la fe que le atravesara el corazón como con una espada de oro.

Tenía, también, la necesidad de humillarse, de desahogar su pecho llorando, de suplicar a un poder sobrenatural, a algo que pudiera oírle, aunque no fuera personalizado.

“¿QUIÉN SABE SI ESTAS
LOCURAS QUE HE TENIDO NO
ERAN UN AVISO DE LA
PROVIDENCIA. DEBO SER UN
ESPÍRITU RELIGIOSO.”

XXVII

Un día que Fernando paseaba en el Zocodover vió venir hacia él un muchacho teniente, amigo suyo, que se le acercó, le alargó la mano y se la apretó con efusión.

—Fernando, ¿tú por aquí?

Ossorio conocía desde niño al teniente Arévalo, pero no con gran intimidad.

Se pusieron a charlar y al irse para casa Fernando dijo al teniente:

—No te convidó a comer, porque aquí se come bastante mal.

—Hombre, no importa; vamos allá.

A Fernando le molestaba Arévalo, porque pensaba que querría darse tono entre la gente bonachona y silenciosa de la casa de huéspedes. Se sentaron a la mesa. El teniente habló de la vida de Toledo; de los juegos de ajedrez en el café Imperial; de los paseos por la Vega. En el teatro de Rojas no se sostenían las compañías.

57

XLVI

¿Fue manuscrito o colección de cartas? No sé; después de todo, ¿qué importa? En el cuaderno de donde yo copio esto, la narración continúa, sólo que el narrador parece ser en las páginas siguientes el mismo personaje.

Ya no podía vivir allí. Tomé el tren y he bajado en la primera estación que me ha parecido: en la estación de un pueblo encantador. Como aquí no hay más posada que una, que está cerca de la estación, y deseo no oír ruido de trenes y de máquinas, he preguntado en dos o tres sitios dónde podrían hospedarme, y me han indicado una casa de labor de fuera del pueblo, en el camino real, y aquí estoy.

Mi cuarto es grande, de paredes blanqueadas; en el techo tiene vigas de color azul con labores toscas de talla, el balcón, con el barandado de madera carcomida, es de gran saliente y da al camino real.

otra porción de motes bonitos, tiranizaba a su familia y trataba de violentar la voluntad de Dolores.

—Muy republicanos y muy liberales en la calle todos ustedes —concluí diciendo—; pero en casa tan déspotas como los demás, tan intransigentes como los demás, con la misma sangre de fraile que los demás.

Y ¡habrá estupidez humana! El hombre a quien quizás no hubiera conmovido con un río de lágrimas, se ha picado al oírme; ha llamado a su mujer y a su hija y les ha expuesto mis pretensiones. Delante de mí le ha dicho a Dolores los riesgos que corría casándose conmigo.

—Fernando —con retintín nervioso— no es de nuestra clase, es un aristócrata; está acostumbrado a una vida de lujos, de vicios, de comodidades. Para él, convéncete, eres una muchacha tosca, sin maneras elegantes, sin mundo... ¡Piensa lo que haces, Dolores!

—No, papá; ya lo he pensado —ha dicho ella...

LVII

Se casaron y fueron a pasar un mes al Collado; una casa de labor de la familia.

Fernando sentía amplio y fuerte, como la corriente de un río caudaloso y sereno, el deseo de amor, de su espíritu y de su cuerpo.

Algunas veces, la misma placidez y tranquilidad de su alma le inducía a analizarse, y al ocurrírsele que el origen de aquella corriente de su vida y amor se perdía en la inconsciencia, pensaba que él era como un surtidor de la Naturaleza que se reflejaba en sí mismo y Dolores el gran río adonde aflujía él. Sí; ella era el gran río de la Naturaleza, poderosa, fuerte; Fernando comprendía entonces, como no había comprendido nunca, la grandeza inmensa de la mujer, y al besar a Dolores, creía que era el mismo Dios el que se lo mandaba; el Dios incierto y doloroso, que hace nacer las semillas y renueva eternamente la materia con estremecimientos de vida.

Llegaba a sentir respeto por Dolores como ante un misterio sagrado; en su alma y en su cuerpo,

[...]

60

LLGARON a Tarragona y se hospedaron en un hotel que estaba próximo a una iglesia. Los primeros días pasearon a orillas del mar; el Mediterráneo azul venía a romper las olas llenas de espuma a sus pies.

Luego se dedicaron a visitar la ciudad. Fernando cumplía sus deberes de cicerone con satisfacción infantil; ella le escuchaba aquel día sonriendo melancólicamente. En algunas callejuelas por donde pasaban, las mujeres, sentadas en los portales, les miraban con curiosidad, y ellos sonreían como si todo el mundo participase de su dicha.

Entraron en la catedral, y como Dolores se cansaba pronto de verla, salieron al claustro.

—Aquí tienes una puerta románica que será del siglo XI o XII.

—¿Sí? —dijo ella sonriendo.

—Mira el claustro qué hermoso es. ¡Qué capiteles más bonitos!

Los contemplaron largo tiempo. Aquí se veían los ratones que han atado en unas andas al gato y lo llevan a enterrar; por debajo de las andas va un ratoncillo que es el enterrador con una azada; en el mismo capitel el gato ha roto sus ligaduras y está matando los ratones. En otra parte se veía un demonio comiéndose las colas de unos monstruos; una zorra persiguiendo a un conejo, un lobo a un zorro, y en las ménsulas aparecían demonios barbudos y ridículos.

Fernando y Dolores se sentaron cansados.

Hacía un hermoso día de primavera, llovía, salía el sol.

En el jardín, lleno de arrayanes, pían los pájaros volando en bandadas desde la copa de un ciprés alto, escheto y negruzco al brocal de un pozo; de dos limoneros desgajados, con el tronco recubierto de cal, colgaban unos cuantos limones, grandes y amarillos.

Había un reposo y un silencio en aquel claustro, lleno de misterio. De vez en cuando al correr de las nubes, aparecía un trozo de cielo azul, dulce, suave, como la caricia de la mujer amada.

Comenzaron a cruzar por el claustro algunos canónigos vestidos de rojo; sonaron las campanas en el aire. Se comenzó a oír la música del órgano, que llegaba blandamente, seguida del rumor de los rezos y de los cánticos. Cesaba el rumor de rezos, cesaba el rumor de los cánticos, cesaba la música del órgano y parecía que los pájaros pían más fuerte y que los gallos cantaban a lo lejos con más voz chillona. Y al momento estos murmullos tornaban a ocultarse entre las voces de la som-

bria plegaria que los sacerdotes en el coro entonaban al Dios vengador.

Era una réplica que el huerto dirigía a la iglesia y una contestación terrible de la iglesia al huerto.

En el coro los lamentos del órgano, los salmos de los sacerdotes, lanzaban un formidable anatema de execración y de odio contra la vida; en el huerto, la vida celebraba su plácido triunfo, su eterno triunfo.

El agua caía a intervalos, tibia, sobre las hojas lustrosas y brillantes; por el suelo las lagartijas corrían por las abandonadas sendas del jardín, cubiertas de parásitas hierbecillas silvestres.

Fernando sentía deseo de entrar en la iglesia y de rezar; Dolores estaba muy triste.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su marido.

—Oh, nada. ¡Soy tan feliz! —y dos lagrimones grandes corrieron por sus mejillas.

Fernando la miró con inquietud. Salieron de la iglesia. En la plaza, el secreto fué comunicado. Dolores tenía la seguridad. Una vida nueva brotaba en su seno. Fernando palideció por la emoción.

Volvieron al Collado. A los seis o siete meses Dolores dió a luz una niña que murió a las pocas horas. Fernando se sintió entristecido. Al contemplar aquella pobre niña engendrada por él, se acusaba a sí mismo de haberle dado una vida tan miserable y tan corta.

Dos años después, en una alcoba blanca, cerca de la cuna de un niño recién nacido, Fernando Ossorio pensaba. En una cama de madera grande que se veía en el fondo del cuarto, Dolores descansaba con los ojos entreabiertos, el cabello en desorden que caía a los lados de su cara pálida, de rasgos más pronunciados y salientes, mientras erraba una lángulda sonrisa en sus labios.

La abuela del niño, con los anteojos puestos, cosía en silencio, cerca de la ventana, ante una canastilla llena de gorritas y de ropas diminutas.

Por los cristales se veían los campos recién labrados, los árboles desnudos de hojas, el cielo azul pálido.

El día era de final de otoño; los vendimiadores hacía tiempo que habían terminado sus faenas; la casa de labor parecía desierta; el viento soplaba con fuerza; bandadas de cuervos cruzaban graznando por el aire.

Fernando miraba a su mujer, a su hijo; de vez en cuando tendía la mirada por aquellas hereda-

des tuyas recién sembradas unas, otras en donde ardían montones de rastrojos y de hojas secas y pensaba.

Recordaba su vida, la indignación que le ocasionó la carta irónica de Laura en la cual le felicitaba por su cambio de existencia: sus deseos y veleidades por volver a la corte, lentamente la costumbre adquirida de vivir en el campo, el amor a la tierra, la aparición enérgica del deseo de poseer y poco a poco la reintegración vigorosa de todos los instintos, naturales, salvajes.

Y como coronando su fortaleza, el niño aquel sonrosado, fuerte, que dormía en la cuna con los ojos cerrados y los puños también cerrados, como un pequeño luchador que se aprestaba para la pelea.

Estaba robustamente constituido; así había dicho su abuelo el médico, y así debía ser, pensaba Fernando. El estaba purificado por el trabajo y la vida del campo. Entonces más que nunca sentía una ternura que se desbordaba en su pecho por Dolores, a quien debía su salud y la prolongación de su vida en la de su hijo.

Y pensaba que había de tener cuidado con él, apartándole de ideas perturbadoras, téticas, de arte y de religión.

El ya no podía arrojar de su alma por completo aquella tendencia mística por lo desconocido y lo sobrenatural, ni aquel culto y atracción por la belleza de la forma; pero esperaba sentirse fuerte y abandonarlas en su hijo.

El le dejaría vivir en el seno de la Naturaleza; él le dejaría saborear el jugo del placer y de la

fuerza en la ubre repleta de la vida, la vida que para su hijo no tendría misterios dolorosos, sino serenidades inefables.

El le alejaría del pedante pedagogo aniquilador de los buenos instintos, lo apartaría de ser un átomo de la masa triste, de la masa de eunuocos de nuestros miserables días.

El dejaría a su hijo libre con sus instintos; si era león, no le arrancaría las uñas; si era águila, no le cortaría las alas. Que fueran sus pasiones impetuosas como el huracán que levanta montañas de arena en el desierto, libres como los leones y las panteras en las selvas vírgenes, y si la naturaleza había creado en su hijo un monstruo, si aquella masa aún informe era una fiera humana, que lo fuese abiertamente, francamente, y por encima de la ley entrase a saco en la vida, con el gesto gallardo del antiguo jefe de una devastadora horda.

No; no le torturaría a su hijo con estudios inútiles, con ideas tristes, no le enseñaría símbolo misterioso de religión alguna.

Y mientras Fernando pensaba, la madre de Dolores cosía en la faja que habían de poner al niño una hoja doblada del Evangelio.

SONATA DE OTONO

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMIN

«Mi amor adorado, estoy muriéndome y sólo deseo verte!»
«¡Ay! Aquella carta de la pobre Concha se me extravió hace mucho tiempo. Era llena de afán y de tristeza perfumada de violetas y de un antiguo amor. Sin embargo de leerla la besé. Hacía cerca de los años que no me escribía y ahora me llamaba a su lado con súplicas dolorosas y ardientes. Los tres hijos blasfonados trahían la muerte sus lágrimas y la conservaron largo tiempo. La pobre Concha se moría retirada en el viejo Palacio de Brandeseo, me llamaba suspirando. Aquellas manos pálidas, color de las ideales, las manos que yo había amado tanto, volaban llenaban de lágrimas. Yo siempre había esperado en la resurrección de nuestros amores. Era una esperanza agridulce y nostálgica que llenaba mi vida con un aroma de fe. Era la quimera del porvenir, la dulce quimera dormida en el fondo de los lagos azules, donde se reflejan las estrellas del destino. Fíjate, destino el de los dos. El visio rosal de nuestros amores volvía a forcear para deshojarse piadoso sobre una sepultura.

«La pobre Concha se moría.
Yo recibí su carta en Viana del Pinar, donde cazaba los dos los otoños. El Palacio de Brandeseo está a pocas leguas de jornada. Antes de ponerme en camino quise ir a María Isabel y a María Fernanda, las hermanas de Concha y fui a verlas. Las dos son monjas en las Comendadoras Salieron al locutorio, y a través de las rejillas me alargaron sus manos nobles y abaciales, de esposas vírgenes. Las dos me dijeron suspirando, que la pobre Concha se moría, y las dos como en otro tiempo, me tutearon. «Habíamos

ngado tantas veces en las grandes salas del viejo Palacio señorial.

Salir del locutorio con el alma llena de tristeza. Tocaba el Aquilon de las monjas. Penetre en la iglesia y a la sombra de un pilar me arrodille. La iglesia aun estaba oscura y desierta. Se oian las pisadas de dos señoras sentada y austeras que visitaban los altares. Parecian dos hermanas llorando la misma pena e implorando una misma gracia. De tiempo en tiempo se decian alguna palabra en voz queda y volvian arremudeas suspirando. Asi recorrieron las siete alares, la una al lado de la otra, rapidas y desconsoladas. La luz incierta y moribunda de algun lampara sin pronto arrojaba sobre las dos señoras un livido reflejo como las involucre en sombra. Yo las oia rezar medrosamente. En las manos palidas de la que guababa unguila el rosario. Era de coral y la cruz y las medallas de oro. Recorde que Concha rezaba con un rosario igual y que tenia escrúpulos de permitirme lugar con el. Era muy piadosa la pobre Concha y sufria porque nuestro amores se le figuraban un pecado mortal. Cuantas noches al entrar en su tocador donde me daba cita, la halle de rodillas! Sin habla, levantaba los ojos hacia mi indicando un silencio. Yo me sentaba en un sillón y la veia rezar las cuentas del rosario pasaban con lentitud devota entre sus dedos palidos. Alguna veces, sin esperar a que concluyese me acercaba y la sorprenda. Ella tornabase un blanco y se tapaba los ojos con las manos. Yo amabalecamente aquella boca dolerosa, aquellos labios trémulos y contritos, helados como los de una invierno! Concha desahisase nerviosamente, se lavaba y ponía el rosario en un joyero! Despues, sus brazos rodeaban mi cuello, su cabeza desmayaba en mi hombro y lloraba. Lloraba de amor y de miedo a las penas eternas.

Cuando volvi a mi casa habia cerrado la noche. Pase la velada sola y triste sentado en un sillón cerca del fuego. Estaba adormecido y llamaron a la puerta con estruendo. Alzaba, que en el silencio de la noche horas parecieron sepulcrales y misteriosas. Me incorporé sobresaltado y abí la ventana. Era el mayor demo que habia traído la carta de Concha, y que venia a buscarme para ponernos en camino.

María Isabel y María Fernanda anunciáronse primero llamando en la puerta con sus manos infantiles. Después alzaron sus voces frescas y cristalinas, que tenían el encanto de las fontanas cuando hablan con las yerbás y con los pájaros:

—¿Podemos pasar, Xavier?

—Adelante, hijas mías.

Era, ya muy entrada la mañana, y llegaban en nombre de Isabel a preguntarme cómo había pasado la noche. ¡Gentil pregunta, que levantó en mi alma un remordimiento! Las niñas me rodearon en el hueco del balcón que daba sobre el jardín. Las ramas verdes y foscas de un abeto rozaban los cristales llorosos y tristes. Bajo el viento de la sierra, el abeto sentía estremecimientos de frío, y sus ramas verdes rozaban los cristales como un llamamiento del jardín viejo y umbrío que suspiraba por los juegos de las niñas. Casi al ras de la tierra, en el fondo del laberinto, revoloteaba un bando de palomas, y del cielo azul y frío descendía avizorado un milano de lenguas alas negras:

—¡Mátalo, Xavier!... ¡Mátalo!...

Fui por la escopeta, que dormía cubierta de polvo en un ángulo de la estancia, y volví al balcón. Las niñas palmorearon:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

En aquel momento el milano caía sobre el bando de palomas que volaba azorado. Echéme la escopeta a la cara, y cuando se abrió un claro, tifé. Algunos perros ladraron en los agros cercanos. Las palomas arremolináronse entre el humo de la pólvora. El milano caía volitando, y las niñas bajaron presurosas y le trajeron cogido por las alas. Entre el plumaje del pecho brotaba viva la sangre... Con el milano en triunfo se alejaron. Yo las llamé sintiendo nacer una nueva angustia:

—¿Adónde vais?

Ellas desde la puerta se volvieron sonrientes y felices:

—¡Verás qué susto le damos a mamá cuando se despierte!...

—¡No! ¡No!

—¡Un susto de risa!

No osé detenerlas, y quedé solo con el alma cubierta de tristeza. ¡Qué amarga espera! ¡Y qué mortal instante aquel de la mañana alegre, vestida de luz, cuando en el fondo del Palacio se levantaron gemidos inocentes, ayes desgarrados y lloros violentos!... Yo sentía una angustia desesperada y sorda enfrente de aquel mudo y frío fantasma de la muerte que segaba los sueños en los jardines de mi alma. ¡Los hermosos sueños que encanta el amor! Yo sentía una extraña tristeza como si el crepúsculo cayese sobre mi vida y mi vida, semejante a un triste día de Invierno, se acabase para volver a empezar con un amanecer sin sol. ¡La pobre Concha había muerto! ¡Había muerto aquella flor de ensueño a quien todas mis palabras le parecían bellas! ¡Aquella flor de ensueño a quien todos mis gestos le parecían soberanos!... ¿Volvería a encontrar otra pálida princesa; de tristes ojos encantados, que me admirase siempre magnífico? Ante esta duda lloré. ¡Lloré como un Dios antiguo al extinguirse su culto!

M. DE UNAMUNO,
NIEBLA (1914)

67

Prólogo

Se empeña don Miguel de Unamuno en que ponga yo un prólogo a este su libro en que relata la tan lamentable historia de mi buen amigo Augusto Pérez y su misteriosa muerte, y yo no puedo menos sino escribirlo, porque los deseos del señor Unamuno son para mí mandatos en la más genuina acepción de este vocablo. Sin haber yo llegado al extremo de escepticismo hamletiano¹ de mi pobre amigo Pérez, que llegó hasta a dudar de su propia existencia, estoy por lo menos firmemente persuadido de que carezco de eso que los psicólogos llaman libre albedrío², aunque para mi consuelo creo también que tampoco goza don Miguel de él.

Parecerá acaso extraño a alguno de nuestros lectores que sea yo, un perfecto desconocido en la república de las letras españolas, quien prologue un libro de don Miguel, que es ya ventajosamente conocido en ella, cuando la costumbre es que sean los escritores más conocidos los que hagan en los prólogos la presentación de aquellos otros que lo sean menos. Pero es que nos hemos puesto de acuerdo don Miguel y yo para alterar esta perniciosa costumbre, invirtiendo los términos, y que sea el desconocido el que al conocido presente. Porque en rigor los libros más se compran por el cuerpo del texto que no por el prólogo, y es natural, por lo tanto, que cuando un joven principiante, como yo, desee darse a conocer, en vez de pedir a un veterano de las letras que le escriba un

¹ Escepticismo profundo, estado neurótico de duda similar al de Hamlet. Se refiere aquí al tema principal de la novela.

² carezco... albedrío: es decir, mi voluntad no se realiza libremente (comentario que indica con cierta ironía que el prologuista está dominado por Unamuno, esto es, su autor).

prólogo de presentación debe rogarle que le permita ponérselo a una de sus obras. Y esto es a la vez resolver uno de los problemas de ese eterno pleito de los jóvenes y los viejos.

Unenme, además, no pocos lazos con don Miguel de Unamuno. Aparte de que este señor saca a relucir en este libro, sea novela o *novela*— y conste que esto de la *novela* es invención mía³—, no pocos dichos y conversaciones que con el malogrado Augusto Pérez tuve, y que narra también en ella la historia del nacimiento de mi tardío hijo Victorcito, parece que tengo algún lejano parentesco con don Miguel, ya que mi apellido es el de uno de sus antepasados, según doctísimas investigaciones genealógicas de mi amigo Antolín S. Paparrigópulos⁴, tan conocido en el mundo de la erudición.

Yo no puedo preveer ni la acogida⁵ que esta *novela* obtendrá de parte del público que lee a don Miguel, ni cómo se la tomarán a éste. Hace algún tiempo que vengo siguiendo con alguna atención la lucha que don Miguel ha entablado con la ingenuidad pública y estoy verdaderamente asombrado de lo profunda y cándida que es ésta. Con ocasión de sus artículos en el *Mundo Gráfico*⁶ y alguna⁷ otra publicación análoga, ha recibido don Miguel algunas cartas y recortes de periódicos de provincias que ponen de manifiesto los tesoros de candidez ingenua y de simplicidad palomina⁸ que todavía se conservan en nuestro pueblo. Una vez comentan aquella su frase de que el Sr. Cervantes⁹ (don Miguel) no carecía de algún ingenio.

³ Sobre el neologismo unamuniano *novela*, véase la página 200 del texto.

⁴ Personaje bufo hecho del mismo molde que Don Fulgencio de Entreambosmares de *Amor y Pedagogía* (1902). Es probable que Unamuno se sirviera del apellido del historiador griego Konstantinos Paparrigópoulos (1815-1891), cuya obra conocía, para darle nombre a su personaje. Tanto Entreambosmares, como Paparrigópulos son burdas de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) cuya investigación desdénaba Unamuno.

⁵ *acojida*: Ortografía personal de Unamuno.

⁶ Revista española de la época.

⁷ (Ms. 1907) y en alguna cambia a *y alguna* (ed. 1935).

⁸ (Ms. 1907) *colombina* cambia a *palomina* (ed. 1914).

⁹ Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616). Téngase en cuenta que *Don Quijote de la Mancha* figura como la obra mayor de toda la lectura de Unamuno y que su *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905) nos ofrece

y parece se escandalizan de la irreverencia; otra se enternecen por esas melancólicas reflexiones sobre la caída de las hojas; ya se entusiasman por su grito ¡guerra a la guerra! que le arrancó el dolor de ver que los hombres se mueren aunque no los maten; ya reproducen aquel puñado de verdades no paradójicas que publicó después de haberlas recojido por todos los cafés, círculos y cotarillos, donde andaban podridas de puro manoseadas y hediendo a ramplonería ambiente, por lo que las reconocieron como suyas los que las reprodujeron, y hasta ha habido palomilla sin hiel que se ha indignado de que este logomaco de don Miguel escriba algunas veces *Kultura* con *K* mayúscula, y después de atribuirse habilidad para inventar amenidades, reconozca ser incapaz de producir colmos y juegos de palabras, pues sabido es que para este público ingenuo, el ingenio y la amenidad se reducen a eso: a los colmos y a los juegos de palabras¹⁰.

Y menos mal que ese ingenuo público no parece haberse dado cuenta de alguna otra de las diabluras de don Miguel, a quien a menudo le pasa lo de pasarse de listo, como es aquello de escribir un artículo y luego subrayar al azar unas palabras cualesquiera de él, invirtiendo las cuartillas para no poder fijarse en cuáles lo hacía. Cuando me lo contó, le pregunté por qué había hecho eso, y me dijo: «¡Qué sé yo..., por buen humor! ¡Por hacer una pirueta! ¡Ah, además porque¹¹ me encocoran y ponen de mal humor los subrayados y las palabras en bastardilla! ¡Eso es insultar al lector, es llamarle torpe, es decirle: fíjate, hombre, fíjate, que aquí hay intención! ¡Y por eso le recomendaba yo a un señor que escribiese sus artículos todo en bastardilla para que el público se diese cuenta de que eran intencionadísimos desde la primera palabra a la última! Eso no es más que la pantomima de los escritos; querer sustituir en ellos con el gesto lo que no se expresa con el

la base teórica de *Niebla*. Carlos Paris ha estudiado a fondo el papel fundamental de la interpretación unamuniana de la obra de Cervantes en relación con su propia ontología que desarrolla en *Niebla*. Véase Carlos Paris, *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, Barcelona, Península, 1968.

¹⁰ (Ms. 1907) y *los juegos de palabras* cambia a *y a los juegos* (ed. 1935).

¹¹ (Ms. 1907) y *además porque* cambia a *¡Ah, además porque* (ed. 1935).

acento y entonación. Y fijate, amigo Victor, en los periódicos de la extrema derecha, de eso que llamamos integrista¹², y verás cómo abusan de la bastardilla, de la versalita, de las mayúsculas, de las admiraciones y de todos los recursos tipográficos. ¡Pantomina, pantomina, pantomina! Tal es la simplicidad de sus medios de expresión, o, más bien, tal es la conciencia que tienen de la ingenua simplicidad de sus lectores. Y hay que acabar con esta ingenuidad.»

Otras veces le he oído sostener a don Miguel que eso que se llama por ahí humorismo, el legítimo, ni ha prendido en España apenas, ni es fácil que en ella prenda en mucho tiempo. Los que aquí se llaman humoristas, dice, son satíricos unas veces y otras irónicos, cuando no puramente festivos. Llamar humorista a Taboada¹³, verbigracia, es abusar del término. Y no hay nada menos humorístico que la sátira áspera, pero clara y transparente, de Quevedo¹⁴, en la que se ve el sermón en seguida. Como humorista no hemos tenido más que a Cervantes¹⁵, y si éste levantara la cabeza, ¡cómo había de reírse —me decía don Miguel— de los que se indignaron de que yo le reconociese algún imperio, y, sobre todo, cómo se reiría de los ingenuos que han tomado en serio alguna de sus más sutiles tomaduras de pelo! Porque es indudable que entraba en la burla —burla muy en serio— que de los libros de caballería¹⁶ hacia el remedar el estilo de estos, y aquello de «no bien el rubicundo Febo, etc.»¹⁷ que como modelo de estilo presentan algunos ingenuos cervantistas, no pasa de ser una graciosa caricatura del barroquismo literario. Y no digamos nada de

¹² Partido político español fundado a fines del siglo XIX y basado en el mantenimiento de la integridad de la tradición española.

¹³ Luis Taboada (1848-1906), periodista español, autor de artículos humorísticos y satíricos.

¹⁴ Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), poeta, novelista, teólogo, historiador, y político español.

¹⁵ (Ms. 1907) que Cervantes cambia a que a Cervantes (ed. 1935).

¹⁶ (Ms. 1907) caballería cambia a caballerías (ed. 1914).

¹⁷ no bien el rubicundo Febo, etc.: Aquí parece ser que el prologuista está tratando de reproducir las palabras iniciales del capítulo XX, parte II, de *Don Quijote de la Mancha*. La cita no es completamente fiel al original, que dice así: «Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo...»

aquello de tomar por un modismo lo de «la del alba serás»¹⁸, con que empieza un capítulo, cuando el anterior acaba con la palabra *hora*.

Nuestro público, como todo público poco culto, es naturalmente receloso, lo mismo que lo es nuestro pueblo. Aquí nadie quiere que le tomen el pelo, ni hacer el primo, ni que se queden con él, y así, en cuanto alguien le habla, quiere saber desde luego a qué atenerse o si lo hace en broma o en serio¹⁹. Dudo que en otro pueblo alguno moleste tanto el que se mezclen las burlas con las veras, y en cuanto a eso de que no se sepa bien si una cosa va o no en serio, ¿quién de nosotros lo soporta? Y es mucho más difícil que un receloso español de término medio se dé cuenta de que una cosa está dicha en serio y en broma a la vez, de veras y de burlas, y bajo el mismo respecto.

Don Miguel tiene la preocupación del bufo trágico, y me ha dicho más de una vez que no quisiera morir sin haber escrito una bufonada trágica o una tragedia bufa, pero no en que lo bufo o grotesco y lo trágico estén mezclados o yuxtapuestos, sino fundidos y confundidos en uno. Y como yo le luciese observar que eso no es sino el más desenfrenado romanticismo, me contestó: «No lo niego, pero con poner motes a las cosas no se resuelve nada. A pesar de mis más de veinte años de profesar la enseñanza de los clásicos, el clasicismo que se opone al romanticismo no me ha entrado. Dicen que lo helénico es distinguir, definir, separar; pues lo mío es indefinir, confundir.»

Y el fondo de esto no es más que una concepción, o mejor aún que concepción, un sentimiento de la vida que no me atrevo a llamar pesimista porque sé que esta palabra no le gusta a don Miguel. Es su idea fija, monomaniaca, de que si su alma no es inmortal y no lo son las almas de los demás hombres y aun de todas las cosas, e inmortales en el sentido mismo en que las creían ser los ingenuos católicos de la Edad Media, entonces, si no es así, nada vale nada ni hay esfuerzo

¹⁸ Palabras con que comienza el capítulo IV, parte I, de *Don Quijote de la Mancha*.

¹⁹ (Ms. 1907) broma y en serio cambia a broma o en serio (ed. 1914).

que merezca la pena. Y de aquí la doctrina del tedio de Leopardi²⁰ después que pereció su engaño extremo,

*ch'io eterno mi credei*²¹

de creerse eterno. Y esto explica que tres de los autores más favoritos de don Miguel sean Sénancour²², Quental²³ y Leopardi.

Pero este adusto y áspero humorismo confusionista²⁴, además de herir la recelosidad de nuestras gentes, que quieren saber desde que uno se dirige a ellas a qué atenerse, molesta a no pocos. Quieren reírse, pero es para hacer mejor la digestión y para distraer las penas, no para devolver lo que indebidamente se hubiesen tragado y que puede indigestárseles, ni mucho menos para digerir las penas. Y don Miguel se empeña en que si se ha de hacer reír a las gentes, debe ser no para que con las contradicciones del diafragma ayuden a la digestión, sino para que vomiten lo que hubieran engullido, pues se ve más claro el sentido de la vida y del universo con el estómago vacío de golosinas y excesivos manjares. Y no admite eso de la ironía sin hiel ni del humorismo discreto, pues dice que donde no hay alguna hiel no hay ironía y que la discreción está refida con el humorismo, o, como él se complace en llamarle: malhumorismo.

Todo lo cual le lleva a una tarea muy desagradable y poco agradecida, de la que dice que no es sino un masaje de la ingenuidad pública, a ver si el ingenio colectivo de nuestro pueblo se va agilizando y sutilizando poco a poco. Porque le saca de sus casillas el que digan que nuestro pueblo, sobre todo el meridional, es ingenioso. «Pueblo que se recrea en las corridas de toros y halla variedad y amenidad en ese espectáculo

²⁰ Giacomo Leopardi (1798-1837), poeta italiano cuya obra presenta una visión pesimista de la vida.

²¹ Verso tercero del poema *A se stesso (A sí mismo)*: «que yo eterno me creí».

²² Etienne de Sénancour (1770-1846), escritor francés, autor de la novela autobiográfica *Obermann*.

²³ Antero de Quental (1842-1891), poeta portugués.

²⁴ Neologismo de Unamuno, acritud que confunde y desconcierta.

sencilísimo está juzgado en cuanto a mentalidad», dice. Y agrega que no puede haber mentalidad más simple y más córnea que la de un aficionado. ¡Vaya usted con paradojas más o menos humorísticas al que acaba de entusiasmarse con una estocada de Vicente Pastor!²⁵ Y abomina del género festivo de los revisteros de toros, sacerdotes del juego de vocablos y de toda la bazofia del ingenio de puchero²⁶.

Si a esto se añade los juegos de conceptos metafísicos en que se complace, se comprendera que haya muchas gentes que se aparten con disgusto de su lectura, los unos porque tales cosas les levantan dolor de cabeza, y los otros porque, atentos a lo de que *sancta sancte tractanda sunt*, lo santo ha de tratarse santamente, estiman que esos conceptos no deben dar materia para burlas y jugueteos. Mas él dice a esto que no sabe por qué han de pretender que se trate en serio ciertas cosas los hijos espirituales de quienes se burlaron de las más santas, es decir, de las más consoladoras creencias y esperanzas de sus hermanos. Si ha habido quien se ha burlado de Dios, ¿por qué no hemos de burlarnos de la Razón, de la Ciencia y hasta de la Verdad? Y si nos han arrebatado nuestra más cara y más íntima esperanza vital, ¿por qué no hemos de confundirlo todo para matar el tiempo y la eternidad y para vengarnos?

Fácil es también que salga diciendo alguno que hay en este libro pasajes escabrosos, o, si se quiere, pornográficos; pero ya don Miguel ha tenido buen cuidado de hacerme decir a mí algo al respecto en el curso de esta *novela*. Y está dispuesto a protestar de esa imputación y a sostener que las crudezas que aquí pueden hallarse, ni llevan intención de halagar apetitos²⁷ de la carne pecadora, ni tienen otro objeto que ser punto de arranque imaginativo para otras consideraciones.

Su repulsi6n a toda forma de pornografía es bien conocida

²⁵ Torero español contemporáneo de Unamuno.

²⁶ *ingenio de puchero*: ingenio crudo, fragmentario, primitivo, vulgar.

²⁷ (Ms. 1907) *de halagar apetitos* cambia a *de halagar a apetitos* (ed. 1928) y regresa a *de halagar apetitos* (ed. 1935).

por cuantos²⁸ le conocen. Y no sólo por las corrientes razones morales, sino porque estima que la preocupación libidinosa es lo que más estraga la inteligencia. Los escritores pornográficos, o simplemente eróticos, le parecen los menos inteligentes, los más pobres de ingenio, los más tontos, en fin. Se ha oído decir que de los tres vicios de la clásica terna de ellos: las mujeres, el juego y el vino, los dos primeros estropean más la mente que el tercero. Y conste que don Miguel no bebe más que agua. «A un borracho se le puede hablar —me decía una vez— y hasta dice cosas; pero ¿quién resiste la conversación de un jugador o un mujeriego? No hay por debajo de ella sino la de un aficionado a toros, colmo y copete de la estupidez.»

No me extraña a mí, por otra parte, este consorcio de lo erótico con lo metafísico, pues creo saber que nuestros pueblos empezaron siendo, como sus literaturas nos lo muestran, guerreros y religiosos, para pasar más tarde a eróticos y metafísicos. El culto a la mujer coincidió con el culto a las sutilezas conceptistas. En el albor espiritual de nuestros pueblos, en efecto, en la Edad Media, la sociedad bárbara sentía la exaltación religiosa y aun mística y la guerrera —la espada lleva cruz en el puño—; pero la mujer ocupaba muy poco y muy secundario lugar en su imaginación, y las ideas estrictamente filosóficas dormitaban, envueltas en teología, en los claustros conventuales. Lo erótico y lo metafísico se desarrollan a la par. La religión es guerrera; la metafísica es erótica o voluptuosa.

Es la religiosidad lo que le hace al hombre ser belicoso o combativo, o bien es la combatividad la que le hace religioso, y por otro lado es el instinto metafísico, la curiosidad de saber lo que no nos importa, el pecado original, en fin, lo que le hace sensual al hombre, o bien es la sensualidad la que, como a Eva, le despierta el instinto metafísico, el ansia de conocer la ciencia del bien y del mal. Y luego hay la mística, una metafísica de la religión que nace de la sensualidad de la combatividad.

²⁸ (Ms. 1907) conocida de cuantos cambia a conocida por cuantos (ed. 1928).

Bien sabía esto aquella cortesana ateniense, Teodota, de que Jenofonte²⁹ nos cuenta en sus *Recuerdos*³⁰ la conversación que con Sócrates³¹ tuvo, y que proponía al filósofo, encantada de su modo de investigar, o más de partear la verdad, que se convirtiera en celestino de ella y le ayudase a cazar amigos. (*Synthérates*³², con-cazador, dice el texto, según don Miguel, profesor de griego, que es a quien debo esta interesantísima y tan reveladora noticia.) Y en toda aquella interesantísima conversación entre Teodota, la cortesana, y Sócrates, el filósofo partero, se ve bien claro el íntimo parentesco que hay entre ambos oficios, y cómo la filosofía es en grande y buena parte lenocinio, y el lenocinio es también filosofía.

Y si todo esto no es así como digo, no se me negará al menos que es ingenioso, y basta.

No se me oculta, por otra parte, que no estará conforme con esa mi distinción entre religión y belicosidad de un lado y filosofía y erótica de otro, mi querido maestro don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón³³, de quien don Miguel ha dado tan circunstanciada noticia en su novela o *novela Amor y pedagogía*. Presumo que el ilustre autor del *Ars magna combinatoria*³⁴ establecerá: una religión guerrera y una religión erótica, una metafísica guerrera y otra erótica, un erotismo religioso y un erotismo metafísico, un belicosismo metafísico y otro religioso, y, por otra parte, una religión metafísica y una metafísica religiosa, un erotismo guerrero y un belicosismo erótico; todo esto aparte de la religión religiosa, la metafísica metafísica, el erotismo erótico y el belicosismo belicoso. Lo que hace dieciséis combinaciones binarias. ¡Y no digo nada

²⁹ *Jenofonte* (c. 430-355 antes de J. C.): historiador y militar ateniense.

³⁰ *Recuerdos*: Colección de memorias, la mayor parte de ellas sobre Sócrates.

³¹ *Sócrates* (c. 469-399 antes de J. C.): filósofo griego. Conocemos sus ideas por los escritos de Platón y Jenofonte.

³² Compañero de caza.

³³ *Don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón*: personaje de la novela de Unamuno *Amor y pedagogía* (1902).

³⁴ Obra de don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón. Véase la nota anterior.

71

de las ternarias del género; verbigracia, de una religión metafísico-erótica o de una metafísica guerrero-religiosa! Pero yo no tengo ni el inagotable ingenio combinatorio de don Fulgencio ni menos el ímpetu confusionista e indefinicionista de don Miguel.

Mucho se me ocurre atañederlo al inesperado final de este relato y a la versión que en él da don Miguel de la muerte de mi desgraciado amigo Augusto, versión que estimo errónea; pero no es cosa de que me ponga yo ahora aquí a discutir en este prólogo con mi prologado. Pero debo hacer constar en descargo de mi conciencia que estoy profundamente convencido de que Augusto Pérez, cumpliendo el propósito de suicidarse, que me comunicó en la última entrevista que con él tuve, se suicidó realmente y de hecho, y no sólo idealmente y de deseo. Creo tener pruebas fehacientes en apoyo de mi opinión; tantas y tales pruebas, que deja de ser opinión para llegar a conocimiento.

Y con esto acabo.

Victor Goti.

Post-Prólogo

De buena gana discutiría aquí alguna de las afirmaciones de mi prologuista, Victor Goti; pero como estoy en el secreto de su existencia —la de Goti—, prefiero dejarle la entera responsabilidad de lo que en ese su prólogo dice. Además, como fui yo quien le rogué que me lo escribiese¹, comprometiéndome de antemano —o sea *a priori*— a aceptarlo tal y como me lo diera, no es cosa ni de que lo rechace, ni siquiera de que me ponga a corregirlo y rectificarlo ahora a trasmano —o sea *a posteriori*—. Pero otra cosa es que deje pasar ciertas apreciaciones suyas sin alguna mía.

No sé hasta qué punto sea lícito hacer uso de confidencias vertidas en el seno de la más íntima amistad y llevar al público opiniones o apreciaciones que no las destinaba a él quien las profiriera. Y Goti ha cometido en su prólogo la indiscreción de publicar juicios míos que nunca tuve la intención de que se hiciesen públicos. O, por lo menos, nunca quise que se publicaran con la crudeza con que en privado los exponía.

Y respecto a su afirmación de que el desgraciado... Aunque desgraciado, ¿por qué? Bien; supongamos que lo hubiese sido. Su afirmación, digo, de que el desgraciado, o lo que fuese, Augusto Pérez se suicidó y no murió como yo cuento su muerte, es decir, por mi libérrimo albedrío y decisión, es cosa que me hace sonreír. Opiniones hay, en efecto, que no merecen sino una sonrisa. Y debe² andarse mi amigo y prologuista Goti con mucho tiento en discutir así mis decisiones, porque si me fas-

¹ (Ms. 1907) *que me lo escribiese* cambia a *que lo escribiese* (ed. 1928) y regresa a *que me lo escribiese* (ed. 1935).

² (Ms. 1907) *Y debe* de cambia a *Y debe* (ed. 1935).

ludia mucho acabaré por hacer con él lo que con su amigo Pérez hice, y es que lo dejaré³ morir o le mataré a guisa de médico, los cuales ya saben mis lectores que se mueven en este dilema: o dejan morir al enfermo por miedo a matarle, o le matan por miedo de que se les muera. Y así, yo soy capaz de matar a Goti si veo que se me va a morir, o de dejarle morir si temo haber de matarle.

Y no quiero prolongar más éste post-prólogo, que es lo bastante para darle la alternativa a mi amigo Victor Goti, a quien agradezco su trabajo.

M. de U.

XXXI

Aquella tempestad del alma de Augusto terminó, como en terrible calma, en decisión de suicidarse. Quería acabar consigo mismo, que era la fuente de sus desdichas propias. Mas antes de llevar a cabo su propósito, como el naufrago que se agarra a una débil tabla, ocurriósele consultarlo conmigo, con el autor de este¹ relato. Por entonces había leído Augusto un ensayo mío en que, aunque de pasada, hablaba del suicidio, y tal impresión pareció hacerle, así como otras cosas que de mí había leído, que no quiso dejar este mundo sin haberme conocido y platicado un rato conmigo. Empezó, pues, un viaje acá, a Salamanca, donde hace más de veinte años vivo, para visitarme.

Cuando me anunciaron su visita sonreí enigmáticamente y le mandé pasar a mi despacho-librería. Entró en él como un fantasma, miró a un retrato mío al óleo que allí preside a los libros de mi librería, y a una seña mía se sentó, frente a mí.

Empezó hablándome de mis trabajos literarios y más o menos filosóficos, demostrando conocerlos bastante bien, lo que no dejó, ¡claro está! de halagarme, y en seguida empezó a contarme su vida y sus desdichas. Le atajé diciéndole que se ahorrara aquel trabajo, pues de las vicisitudes de su vida sabía yo tanto como él, y se lo demostré citándole los más íntimos pormenores y los que él creía más secretos. Me miró con ojos de verdadero terror y como quien mira a un ser increíble;

³ (Ms. 1907) *que le dejaré* cambia a *que lo dejaré* (ed. 1935).

¹ (Ms. 1907) *de todo este* cambia a *de este* (ed. 1935).

creí notar que se le alteraba² el color y traza del semblante y que hasta temblaba. Le tenía yo fascinado.

—¡Parece mentira! —repetía—. ¡Parece mentira! A no verlo no lo creería... No sé si estoy despierto o soñando...

—Ni despierto ni soñando —le contesté.

—No me lo explico..., no me lo explico —añadió—; mas puesto que usted parece saber sobre mí tanto como sé yo mismo, acaso adivine mi propósito...

—Sí —le dije—. Tú —y recalqué este *tú* con un tono autoritario—, tú, abrumado por tus desgracias, has concebido la diabólica idea de suicidarte, y antes de hacerlo, movido por algo que has leído en uno de mis últimos ensayos, vienes a consultármelo.

El pobre hombre temblaba como un azogado, mirándome como un poseído miraría. Intentó levantarse, acaso para huir de mí; no podía. No disponía de sus fuerzas.

—¡No, no te muevas! —le ordené.

—Es que..., es que... —balbuceó.

—Es que tú no puedes suicidarte, aunque lo quieras.

—¿Cómo? —exclamó al verse de tal modo negado y contradictorio.

—Sí. Para que uno se pueda matar a sí mismo, ¿qué es menester? —le pregunté.

—Que tenga valor para hacerlo —me contestó.

—No —le dije—, ¡qué esté vivo!

—¡Desde luego!

—¡Y tú no estás vivo!

—¿Cómo que no estoy vivo? ¿Es que he muerto? —y empezó, sin darse clara cuenta de lo que hacía, a palparse a sí mismo.

—¡No, hombre, no! —le repliqué—. Te dije antes que no estabas despierto ni dormido, y ahora te digo que no estás ni muerto ni vivo.

—¡Acabe usted de explicarse de una vez, por Dios! ¡Acabe de explicarse! —me suplicó consternado—. Porque son tales las cosas que estoy viendo y oyendo esta tarde, que temo volverme loco.

² (Ms. 1907) *se le alteraba* cambia a *se alteraba* (ed. 1928) y regresa a *se le alteraba* (ed. 1935).

—Pues bien: la verdad es, querido Augusto —le dije con la más dulce de mis voces—, que no puedes matarte porque no estás vivo, y que no estás vivo, ni tampoco muerto, porque no existes...

—¿Cómo que yo existo? —exclamó.

—No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas venturas y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de novela, o de *novela*, o como quieras llamarle. Ya sabes, pues, tu secreto.

Al oír esto quedóse el pobre hombre mirándome un rato con una de esas miradas perforadoras que parecen atravesar la mira e ir más allá, miró luego un momento a mi retrato al óleo que preside a mis libros, le volvió el color y el aliento, fue recobrándose, se hizo dueño de sí, apoyó los codos en mi camilla, a que estaba arrimado frente a mí, y, la cara en las palmas de las manos y mirándome con una sonrisa en los ojos, me dijo lentamente:

—Mire usted bien, don Miguel..., no sea que esté usted equivocado y que ocurra precisamente todo lo contrario de lo que usted se cree y me dice.

—Y ¿qué es lo contrario? —le pregunté, alarmado de verle recobrar vida propia.

—No sea, mi querido don Miguel —añadió—, que sea usted y no yo el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo ni muerto... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo...

—¡Eso más faltaba! —exclamé algo molesto.

—No se exalte usted así, señor de Unamuno —me replicó—, tenga calma. Usted ha manifestado dudas sobre mi existencia...

—Dudas, no —le interrumpí—; certeza absoluta de que tú no existes fuera de mi producción novelesca.

—Bueno, pues no se incomode tanto si yo a mi vez dudo de la existencia de usted y no de la mía propia. Vamos a cuentas: ¿no ha sido usted el que no una, sino varias veces, ha dicho que Don Quijote y Sancho son no ya tan reales, sino más reales que Cervantes?

—No puedo negarlo, pero mi sentido al decir eso era...

—Bueno, dejémoslos de esos sentires y vamos a otra cosa. Cuando un hombre dormido e inerte en la cama sueña algo, ¿qué es lo que más existe: él como conciencia que sueña, o su sueño?

—¿Y si sueña que existe él mismo, el soñador? —le repliqué a mi vez.

—En ese caso, amigo don Miguel, le pregunto yo a mi vez: ¿de qué manera existe él, como soñador que se sueña, o como soñado por sí mismo? Y fijese, además, en que al admitir esta discusión conmigo me reconoce ya existencia independiente de sí.

—¡No, eso no! ¡Eso no! —le dije vivamente—. Yo necesito discutir, sin discusión no vivo y sin contradicción, y cuando no hay fuera de mí quien me discuta y contradiga, invento dentro de mí³ quien lo haga. Mis monólogos son diálogos.

—Y acaso los diálogos que usted forje no sean más que monólogos...

—Puede ser. Pero te digo y repito que tú no existes fuera de mí...

—Y yo vuelvo a insinuarle a usted la idea de que es usted el que no existe fuera de mí y de los demás personajes a quienes usted cree haber inventado. Seguro estoy de que serían de mi opinión don Avito Carrascal y el gran don Fulgencio...

—No mientes a ese...

—Bueno, basta; no le moteje usted. Y vamos a ver, ¿qué opina usted de mi suicidio?

—Pues opino que como tú no existes más que en mi fantasía, te lo repito, y como no debes ni puedes hacer sino lo que a mí me dé la gana, y como no me da la real gana de que te suicides, no te suicidarías. ¡Lo ilicho!

—Eso de no me da la real gana, señor de Unamuno, es muy español, pero muy feo. Y además, aun suponiendo su peregrina teoría de que yo no existo de veras y usted sí, de que no soy más que un ente de ficción, producto de la fantasía novelesca o *nivolesca* de usted, aun en ese caso yo no debo estar sometido a lo que llama usted su real gana, a su capricho. Hasta los llamados entes de ficción tienen su lógica interna...

³ (Ms. 1907) *dentro mio* cambia a *dentro de mí* (ed. 1914).

—Sí, conozco esa cantata.

—En efecto; un novelista, un dramaturgo, no pueden hacer en absoluto lo que se les antoje de un personaje que creen; un ente de ficción novelesca no puede hacer; en buena ley de arte, lo que ningún lector esperaría que hiciese...

—Un ser novelesco tal vez...

—¿Entonces?

—Pero un ser *nivolesco*...

—Dejemos esas bufonadas que me ofenden y me hieren en lo más vivo. Yo, sea por mí mismo, según creo, sea porque usted me lo ha dado, según supone usted, tengo mi carácter, mi modo de ser, mi lógica interior, y esta lógica me pide que me suicide...

—¡Eso te crearás tú⁴, pero te equivocas!

—A ver. ¿por qué me equivoco? ¿En qué me equivoco? Muéstreme usted en qué está mi equivocación. Como la ciencia más difícil que hay es la de conocerse uno a sí mismo, fácil es que esté yo equivocado y que no sea el suicidio la solución más lógica de mis desventuras, pero demuéstremelo usted. Porque si es difícil, amigo don Miguel, ese conocimiento propio de sí mismo, hay otro conocimiento que me parece no menos difícil que él...

—¿Cuál es? —le pregunté.

Me miró con una enigmática y socarrona sonrisa y lentamente me dijo:

—Pues más difícil aún que el que uno se conozca a sí mismo es el que un novelista o un autor dramático conozca bien a los personajes que finge o cree fingir...

Empezaba yo a estar inquieto con estas salidas de Augusto, y a perder mi paciencia.

—E insisto —añadió— en que aun concedido que usted me haya dado el ser y un ser ficticio, no puede usted, así como así y porque sí, porque le dé la real gana, como dice, impedirme que me suicide.

—¡Bueno, basta! ¡Basta! —exclamé dando un puñetazo en la camilla—. ¡Cállate! ¡No quiero oír más impertinencias!... ¡Y de una criatura mía! Y como ya me tienes harto y además

⁴ (Ms. 1907) *Eso crearás tú* cambia a *Eso te crearás tú* (ed. 1914).

no sé ya qué hacer de ti, decido ahora mismo no ya que te suicides⁵, sino matarte yo. ¡Vas a morir, pues, pero pronto! ¡Muy pronto!

—¿Cómo? —exclamó Augusto sobresaltado—. ¿Que me va usted a dejar morir, a hacerme morir, a matarme?

—¡Sí, voy a hacer que mueras!

—¡Ah, eso nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! —gritó.

—¡Ah! —le dije, mirándole con lástima y rabia—. ¿Conque estabas dispuesto a matarte y no quieres que yo te mate? ¿Conque íbas a quitarte la vida y te resistes a que te la quite yo?

—Sí; no es lo mismo...

—En efecto, he oído contar casos análogos. He oído de uno que salió una noche armado de un revólver y dispuesto a quitarse la vida; salieron unos ladrones a robarle, le atacaron, se defendió, mató a uno de ellos, huyeron los demás, y al ver que había comprado su vida⁶ por la de otro renunció a su propósito.

—Se comprende —observó Augusto—; la cosa era quitar a alguien la vida, matar a un hombre, y ya que mató a otro, ¿a qué había de matarse? Los más de los suicidas son homicidas frustrados; se matan a sí mismos por falta de valor para matar a otros...

—¡Ah, ya te entiendo, Augusto, te entiendo! Tú quieres decir que si tuvieses valor para matar a Eugenia o a Mauricio, o a los dos, no pensarías en matarte a ti mismo, ¿eh?

—¡Mire usted, proclamamento a esos... no!

—¿A quién, pues?

—¡A usted! —y me miró a los ojos.

—¿Cómo? —exclamé, poniéndome en pie—. ¿Cómo? Pero, ¿se te ha pasado por la imaginación matarme?, ¿tú?, ¿y a mí?

—Síntese y tenga calma. ¿O es que cree usted, amigo don Miguel, que sería el primer caso en que un ente de ficción, como usted me llama, matara a aquel a quien creyó darle el ser... ficticio?

—¡Esto ya es demasiado —decía yo, paseándome por mi despacho—. esto pasa de la raya! Esto no sucede más que...

⁵ (Ms. 1907) que no te suicides cambia a que te suicides (ed. 1935).

⁶ (Ms. 1907) por otra vida cambia a por la de otro (ed. 1914).

—Más que en las novelas —concluyó él con sorna.

—¡Bueno, basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Esto no se puede tolerar! ¡Vienes a consultarme a mí, y tú empiezas por discutirme mi propia existencia, después el derecho que tengo a hacer de ti lo que me dé la real gana, sí, así como suena, lo que me dé la real gana, lo que me salga de...!

—No sea usted tan español, don Miguel...

—¡Y eso más, mentecato! ¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote; un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español...!

—Bien, ¿y qué? —me interrumpió, volviéndome a la realidad.

—Y luego has insinuado la idea de matarme. ¿Matarme? ¿A mí? ¿Tú? ¿Morir yo a manos de una de mis criaturas! No tolero más. Y para castigar tu osadía y esas doctrinas disolventes, extravagantes, anárquicas, con que te me has venido, resuelvo y fallo que te mueras. En cuanto llegues a tu casa te morirás. ¡Te morirás, te lo digo, te morirás!

—Pero ¡por Dios! —exclamó Augusto, ya suplicante, y de miedo tembloroso y pálido.

—No hay Dios que valga. ¡Te morirás!

—Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...

—¿No pensabas matarte?

—¡Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro... Ahora que usted quiere matarme, quiero yo vivir, vivir, vivir...!

—¡Vaya una vida! —exclamé.

—Sí, la que sea. Quiero vivir, aunque vuelva a ser burlado, aunque otra Eugenia y otro Mauricio me desgarran el corazón. Quiero vivir, vivir, vivir...

—No puede ser ya..., no puede ser...

—Quiero vivir, vivir..., y ser yo, yo, yo.

—Pero si tú no eres sino lo que yo quiera...
—¡Quiero ser yo, ser yo! ¡Quiero vivir! —y le lloraba la voz.
—No puede ser..., no puede ser...
—Mire usted, don Miguel, por sus hijos, por su mujer, por lo que más quiera... Mire que usted no será usted..., que se morirá...

Cayó a mis pies de hinojos, suplicante y exclamando:
—¡Don Miguel, por Dios, quiero vivir, quiero ser yo!
—¡No puede ser, pobre Augusto —le dije, cojiéndole de una mano y levantándole—, no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable; no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata. Y no se me olvida que pasó por tu mente la idea de matarme...

—Pero si yo, don Miguel...
—No importa; sé lo que me digo. Y me temo que, en efecto, si no te mato pronto acabes por matarme tú...
—Pero ¿no quedamos en que...?
—No puede ser, Augusto, no puede ser. Ha llegado tu hora. Entá ya escrito y no puedo volverme atrás. Te morirás. Para lo que ha de valerte ya la vida...

—Pero ¡por Dios!...
—No hay pero ni Dios que valgan. ¡Vete!
—¿Conque no, eh? —me dijo—. ¿Conque no? No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme. ¿Conque no lo quiere? ¿Conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió... ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, *nivolesco*, lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi don Miguel, no es usted más que otro ente *nivolesco*, y entes *nivolescos* sus lectores, lo mismo que yo, que Augusto Pérez, que su víctima...
—¿Víctima? —exclamé.

⁷ Los siguientes tres párrafos fueron añadidos en la edición de 1914.

—¡Víctima, sí! ¡Crearme para dejarme morir! ¡Usted también se morirá! El que crea se crea y el que se crea se muere. ¡Morirá usted, don Miguel; morirá usted y morirán todos los que me piensen! ¡A morir, pues!

Este supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad, le dejó extenuado al pobre Augusto.

Y le empujé a la puerta, por la que salió cabizbajo. Luego se tanteó, como si dudase ya de su propia existencia. Yo me enjuagué una lágrima furtiva.

RAMÓN DEL VALLE - INCLÁN,
LUCES DE BOHEMIA
(1920 - 1924)

ESCENA NOVENA

Un Café que prolongan empañados espejos. Mesas de mármol. Divanes rojos. El mostrador en el fondo, y detrás un vejete rubiales, destacado el busto sobre la diversa botillería. El Café tiene piano y violín. Las sombras y la música flotan en el vaho de humo y en el lívido temblor de los arcos voltaicos. Los espejos multiplicadores están llenos de un interés folletinesco, en su fondo, con una geometría absurda, extravagante el Café. El compás canalla de la música, las luces en el fondo de los espejos, el vaho de humo penetrado del temblor de los arcos voltaicos cifran su diversidad en una sola expresión. Entran extraños y son de repente transfigurados en aquel triple ritmo, MALA ESTRELLA y DON LATINO.

MAX

¿Qué tierra pisamos?

DON LATINO

El Café Colón.

MAX

Mira si está Rubén. Suele ponerse enfrente de los músicos.

DON LATINO

Allá está como un cerdo triste.

MAX

Vamos a su lado, Latino. Muerto yo, el cetro de la poesía pasa a ese negro.

DON LATINO

No me encargues de ser tu testamentario.

MAX

¡Es un gran poeta!

DON LATINO

Yo no lo entiendo.

MAX

¡Merecías ser el barbero de Maura!

Por entre sillas y mármoles llegan al rincón donde está sentado y silencioso RUBÉN DARÍO. Ante aquella aparición, el poeta siente la amargura de la vida y, con gesto egoísta de niño enfadado, cierra los ojos y bebe un sorbo de su copa de ajeno. Finalmente, su máscara de ídolo se anima con una sonrisa cargada de humedad. El ciego se detiene ante la mesa y levanta su brazo, con magno ademán de estatua cesárea.

MAX

¡Salud, hermano, si menor en años, mayor en prez!

RUBÉN

¡Admirable! ¡Cuánto tiempo sin vernos, Max! ¿Qué haces?

MAX

¡Nada!

RUBÉN

¡Admirable! ¿Nunca vienes por aquí?

MAX

El café es un lujo muy caro, y me dedico a la taberna mientras llega la muerte.

RUBÉN

Max, amemos la vida y, mientras podamos, olvidemos a la Dama de Luto.

MAX

¿Por qué?

RUBÉN

¡No hablemos de Ella!

MAX

¡Tú la temes y yo la cortejo! ¡Rubén, te llevaré el mensaje que te plazca darme para la otra ribera de la Estigia! Vengo aquí para estrecharte por última vez la mano, guiado por el ilustre camello Don Latino de Hispalis. ¡Un hombre que desprecia tu poesía, como si fuese Académico!

DON LATINO

¡Querido Max, no te pongas estupendo!

RUBÉN

¿El señor es Don Latino de Hispalis?

DON LATINO

¡Si nos conocemos de antiguo, Maestro! ¡Han pasado muchos años! Hemos hecho juntos periodismo en *La Lira Hispano-Americana*.

RUBÉN

Tengo poca memoria, Don Latino.

DON LATINO

Yo era el redactor financiero. En París nos tuteábamos, Rubén.

RUBÉN

Lo había olvidado.

MAX

¡Si no has estado nunca en París!

DON LATINO

Querido Max, vuelvo a decirte que no te pongas estupendo. Siéntate e invítanos a cenar. ¡Rubén, hoy este gran poeta, nuestro amigo, se llama Estrella Resplandeciente!

RUBÉN

¡Admirable! ¡Max, es preciso huir de la bohemia!

DON LATINO

¡Está opulento! ¡Guarda dos papiros de piel de contribuyente!

MAX

¡Esta tarde tuve que empeñar la capa y esta noche te convidado a cenar! ¡A cenar con el rubio Champaña, Rubén!

RUBÉN

¡Admirable! Como Martín de Tours, partes conmigo la capa, transmutada en cena. ¡Admirable!

DON LATINO

¡Mozo, la carta! Me parece un poco exagerado pedir vinos franceses. ¡Hay que pensar en el mañana, caballeros!

MAX

¡No pensemos!

DON LATINO

Compartiría tu opinión, si con el café, la copa y el puro nos tomásemos un veneno.

MAX

¡Miserable burgués!

DON LATINO

Querido Max, hagamos un trato. Yo me bebo modestamente una chica de cerveza y tú me apoquinas en pasta lo que me había de costar la bebecua.

RUBÉN

No te apartes de los buenos ejemplos, Don Latino.

DON LATINO

Servidor no es un poeta. Yo me gano la vida con más trabajo que haciendo versos.

RUBÉN

Yo también estudio las matemáticas celestes.

DON LATINO

¡Perdón entonces! Pues sí, señor, aun cuando me veo reducido al extremo de vender entregas, soy un adepto de la Gnosis y la Magia.

RUBÉN

¡Yo lo mismo!

DON LATINO

Recuerdo que alguna cosa alcanzabas.

RUBÉN

Yo he sentido que los Elementales son Conciencias.

DON LATINO

¡Indudable! ¡Indudable! ¡Indudable! ¡Conciencias, Voluntades y Potestades!

RUBÉN

Mar y Tierra, Fuego y Viento, divinos monstruos. ¡Posiblemente Divinos porque son Eternidades!

MAX

Eterna la Nada.

DON LATINO

Y el fruto de la Nada: Los cuatro Elementales, simbolizados en los cuatro Evangelistas. La Creación, que es pluralidad, solamente comienza en el Cuatrivio. Pero de la Trina Unidad, se desprende el Número. ¡Por eso el Número es Sagrado!

MAX

¡Calla, Pitágoras! Todo eso lo has aprendido en tus intimidades con la vieja Blavatsky.

DON LATINO

¡Max, esas bromas no son tolerables! ¡Eres un espíritu profundamente irreligioso y volteriano! Madama Blavatsky ha sido una mujer extraordinaria y no debes profanar con burlas el culto de su memoria. Pudieras verte castigado por alguna camarrupa de su karma. ¡Y no sería el primer caso!

RUBÉN

¡Se obran prodigios! Afortunadamente no los vemos ni los entendemos. Sin esta ignorancia, la vida sería un enorme sobrecogimiento.

MAX

¿Tú eres creyente, Rubén?

RUBÉN

¡Yo creo!

MAX

¿En Dios?

RUBÉN

¡Y en el Cristo!

MAX

¿Y en las llamas del Infierno?

RUBÉN

¡Y más todavía en las músicas del Cielo!

MAX

¡Eres un farsante, Rubén!

RUBÉN

¡Seré un ingenuo!

MAX

¿No estás posando?

RUBÉN

¡No!

MAX

Para mí, no hay nada tras la última mueca. Si hay algo, vendré a decírtelo.

RUBÉN

¡Calla, Max, no quebrantemos los humanos sellos!

MAX

Rubén, acuérdate de esta cena. Y ahora mezclemos el vino con las rosas de tus versos. Te escuchamos.

RUBÉN *se recoge estremecido, el gesto de ídolo, evocador de terrores y misterios. MAX ESTRELLA, un poco enfático, le alarga la mano. Llena los vasos DON LATINO. RUBÉN sale de su meditación con la tristeza vasta y enorme esculpida en los ídolos aztecas.*

RUBÉN

Veré si recuerdo una peregrinación a Compostela... Son mis últimos versos.

MAX

¿Se han publicado? Si se han publicado, me los habrán leído, pero en tu boca serán nuevos.

RUBÉN

Posiblemente no me acordaré.

Un joven que escribe en la mesa vecina, y al parecer traduce, pues tiene ante los ojos un libro abierto y cuartillas en rímero, se inclina tímidamente hacia RUBÉN DARÍO.

EL JOVEN

Maestro, donde usted no recuerde, yo podría apuntarle.

RUBÉN

¡Admirable!

MAX

¿Dónde se han publicado?

EL JOVEN

Yo los he leído manuscritos. Iban a ser publicados en una revista que murió antes de nacer.

MAX

¿Sería una revista de Paco Villaespesa?

EL JOVEN

Yo he sido su secretario.

DON LATINO

Un gran puesto.

MAX

Tú no tienes nada que envidiar, Latino.

EL JOVEN

¿Se acuerda usted, Maestro?

RUBÉN asiente con un gesto sacerdotal y, tras de humedecer los labios en la copa, recita lento y cadencioso, como en sopor, y destaca su esfuerzo por distinguir de eses y cedas.

RUBÉN

¡¡¡La ruta tocaba a su fin.
Y en el rincón de un quicio oscuro,
Nos repartimos un pan duro
Con el Marqués de Bradomín!!!

EL JOVEN

Es el final, Maestro.

RUBÉN

Es la ocasión para beber por nuestro estelar amigo.

83

MAX

¡Ha desaparecido del mundo!

RUBÉN

Se prepara a la muerte en su aldea y su carta de despedida fue la ocasión de estos versos. ¡Bebamos a la salud de un exquisito pecador!

MAX

¡Bebamos!

Levanta su copa y, gustando el aroma del ajeno, suspira y evoca el cielo lejano de París. Piano y violín atacan un aire de opereta, y la parroquia del Café lleva el compás con las cucharillas en los vasos. Después de beber, los tres desterrados confunden sus voces hablando en francés. Recuerdan y proyectan las luces de la fiesta divina y mortal. ¡París! ¡Cabaretes! ¡Ilusión! Y en el ritmo de las frases, desfila con su pata coja Papá Verlaine.

ESCENA DUODÉCIMA

Rinconada en costanilla y una iglesia barroca por fondo. Sobre las campanas negras, la luna clara. DON LATINO y MAX ESTRELLA filosofan sentados en el quicio de una puerta. A lo largo de su coloquio, se torna lívido el cielo. En el dero de la iglesia pisan algunos pájaros. Remotos albores de amanecida. Ya se han ido los serenos, pero aún están las puertas cerradas. Despiertan las porteras.

MAX

¿Debe estar amaneciendo?

DON LATINO

Así es.

MAX

¡Y qué frío!

DON LATINO

Vamos a dar unos pasos.

MAX

Ayúdame, que no puedo levantarme. ¡Estoy atenido!

DON LATINO

¡Mira que haber empeñado la capa!

MAX

Préstame tu carrik, Latino.

DON LATINO

¡Max, eres fantástico!

MAX

Ayúdame a ponerme en pie.

DON LATINO

¡Arriba, carcunda!

MAX

¡No me tengo!

DON LATINO

¡Qué tuno eres!

MAX

¡Idiota!

DON LATINO

¡La verdad es que tienes una fisonomía algo rara!

MAX

¡Don Latino de Hispalis, grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela!

DON LATINO

Una tragedia, Max.

MAX

La tragedia nuestra no es tragedia.

DON LATINO

¡Pues algo será!

MAX

El Esperpento.

DON LATINO

No tuerzas la boca, Max.

MAX

¡Me estoy helando!

DON LATINO

Levántate. Vamos a caminar.

MAX

No puedo.

DON LATINO

Deja esa farsa. Vamos a caminar.

MAX

Échame el aliento. ¿Adónde te has ido, Latino?

DON LATINO

Estoy a tu lado.

MAX

Como te has convertido en buey, no podía reconocerte. Échame el aliento, ilustre buey del pesebre belenita. ¡Muge, Latino! Tú eres el cabestro, y si muges vendrá el Buey Apis. Le tocaremos.

DON LATINO

Me estás asustando. Debías dejar esa broma.

MAX

Los ultraístas son unos farsantes. El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato.

DON LATINO

¡Estás completamente curda!

MAX

Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO

¡Miau! ¡Te estás contagiando!

MAX

España es una deformación grotesca de la civilización europea.

DON LATINO

¡Pudiera! Yo me inhibo.

MAX

Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

DON LATINO

Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.

MAX

Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

DON LATINO

¿Y dónde está el espejo?

MAX

En el fondo del vaso.

DON LATINO

¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo!

MAX

Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

DON LATINO

No's mudaremos al callejón del Gato.

MAX

Vamos a ver qué palacio está desalquilado. Arrímame a la pared. ¡Sacúdeme!

DON LATINO

No tuerzas la boca.

MAX

Es nervioso. ¡Ni me entero!

DON LATINO

¡Te traes una guasa!

MAX

Préstame tu carrik.

DON LATINO

¡Mira cómo me he quedado de un aire!

MAX

No me siento las manos y me duelen las uñas. ¡Estoy muy malo!

DON LATINO

Quieres connoverme para luego tomarme la coleta.

MAX

Idiota, llévame a la puerta de mi casa y déjame morir en paz.

DON LATINO

La verdad sea dicha, no madrugan en nuestro barrio.

MAX

Llama.

DON LATINO DE HISPALIS, volviéndose de espalda, comienza a cocear en la puerta. El eco de los golpes tolondrea por el ámbito lívido de la costanilla y, como en respuesta a una provocación, el reloj de la iglesia da cinco campanadas bajo el gallo de la veleta.

MAX

¡Latino!

DON LATINO

¿Qué antojas? ¡Deja la mueca!

MAX

¡Si Collet estuviese despierta!... Ponme en pie para darle una voz.

DON LATINO

No llega tu voz a ese quinto cielo.

MAX

¡Collet! ¡Me estoy aburriendo!

DON LATINO

No olvides al compañero.

MAX

Latino, me parece que recobro la vista. ¿Pero cómo hemos venido a este entierro? ¡Esa apoteosis es de París! ¡Estamos en el entierro de Víctor Hugo! ¿Oye, Latino, pero cómo vamos nosotros presidiendo?

DON LATINO

No te alucines, Max.

MAX

Es incomprendible cómo veo.

DON LATINO

Ya sabes que has tenido esa misma ilusión otras veces.

MAX

¿A quién enterramos, Latino?

DON LATINO

Es un secreto que debemos ignorar.

MAX

¡Cómo brilla el sol en las carrozas!

DON LATINO

Max, si todo cuanto dices no fuese una broma, tendría una significación teosófica... En un entierro presidido por mí, yo debo ser el muerto... Pero por esas coronas, me inclino a pensar que el muerto eres tú.

MAX

Voy a complacerte. Para quitarte el miedo del augurio, me acuesto a la espera. ¡Yo soy el muerto! ¿Qué dirá mañana esa canalla de los periódicos, se preguntaba el paria catalán?

MÁXIMO ESTRELLA *se tiende en el umbral de su puerta. Cruza la costanilla un perro golfo que corre en zigzag. En el centro, encoge la pata y se orina: El ojo legañoso, como un poeta, levantado al azul de la última estrella.*

MAX

Latino, entona el gori-gori.

DON LATINO

Si continúas con esa broma macabra, te abandono.

MAX

Yo soy el que se va para siempre.

DON LATINO

Incorpórate, Max. Vamos a caminar.

MAX

Estoy muerto.

DON LATINO

¡Que me estás asustando! Max, vamos a caminar. Incorpórate. ¡No tuerzas la boca, condenado! ¡Max! ¡Max! ¡Condenado, responde!

MAX

Los muertos no hablan.

DON LATINO

Definitivamente, te dejo.

MAX

¡Buenas noches!

DON LATINO DE HISPALIS *se sopla los dedos arrecidos y camina unos pasos encorvándose bajo su carrik pingón, orlado de cascarrias. Con una tos gruñona retorna al lado de* MAX ESTRELLA: *Procura incorporarle hablándole a la oreja.*

DON LATINO

Max, estás completamente borracho y sería un crimen dejarte la cartera encima, para que te la roben. Max, me llevo tu cartera y te la devolveré mañana.

Finalmente se eleva tras de la puerta la voz achulada de una vecina. Resuenan pasos dentro del zaguán. DON LATINO *se cuela por un callejón.*

LA VOZ DE LA VECINA

¡Señá Flora! ¡Señá Flora! Se le han apegado a usted la mantas de la cama.

LA VOZ DE LA PORTERA

¿Quién es? Esperarse que encuentre la caja de mixtos.

LA VECINA

¡Señá Flora!

LA PORTERA

Ahora salgo. ¿Quién es?

LA VECINA

¡Está usted marmota! ¿Quién será? ¡La Cuca, que se camina al lavadero!

LA PORTERA

¡Ay, qué centellas de mixtos! ¿Son horas?

LA VECINA

¡Son horas y pasan de serlo!

Se oye el paso cansino de una mujer en chanclas. Sigue el murmullo de las voces. Rechina la cerradura, y aparecen en el hueco de la puerta dos mujeres: La una canosa, viva y agalgada, con un saco de ropa cargado sobre la cadera. La otra jamona, refajo colorado, pañuelo pingón sobre los hombros, greñas y chancletas. El cuerpo del bohemio resbala y queda acostado sobre el umbral, al abrirse la puerta.

LA VECINA

¡Santísimo Cristo, un hombre muerto!

LA PORTERA

Es Don Max el poeta, que la ha pescado.

LA VECINA

¡Está del color de la cera!

LA PORTERA

Cuca, por tu alma, quédate a la mira un instante, mientras subo el aviso a Madama Collet.

LA PORTERA *sube la escalera chancleando: Se la oye renegar.* LA CUCA, *viéndose sola, con aire medroso, toca las manos del bohemio y luego se inclina a mirarle los ojos entreabiertos bajo la frente lívida.*

LA VECINA

¡Santísimo Señor! ¡Esto no lo dimana la bebida! ¡La muerte talmente representa! ¡Señá Flora! ¡Señá Flora! ¡Que no puedo demorarme! ¡Ya se me voló un cuarto de día! ¡Que se queda esto a la vindicta pública, señá Flora! ¡Propia la muerte!

UNDERWOOD GIRLS¹

Quietas, dormidas están,
 las treinta redondas blancas.
 Entre todas
 sostienen el mundo.
 Miralas aquí en su sueño,
 como nubes,
 redondas, blancas y dentro
 destinos de trueno y rayo,
 destinos de lluvia lenta,
 de nieve, de viento, signos.
 Despiértalas,
 con contractos saltarines
 de dedos rápidos, leves,
 como a músicas antiguas.
 Ellas suenan otra música:
 fantasías de metal
 valeses duros, al dictado.
 Que se alceen desde siglos
 todas iguales, distintas
 como las olas del mar
 y una gran alma secreta.

¹ En inglés, «las muchachas Underwood», esto es, las teclas de una máquina de escribir. El uso de voces pertenecientes a una lengua extranjera es un rasgo estilístico no infrecuente en poesía, sobre todo en la moderna.

Que se crean que es la carta,
 la fórmula como siempre.

Tú alócate
 bien los dedos, y las
 raptas y las lanzas,
 a las treinta, eternas ninfas
 contra el gran mundo vacío,
 blanco en blanco.
 Por fin a la hazaña pura,
 sin palabras sin sentido,
 ese, zeda, jota, i...

(De Fábula y signo.)

PEDRO SALINAS

Para vivir no quiero
 islas, palacios, torres.
 ¡Qué alegría más alta:
 vivir en los pronombres!²

Quítate ya los trajes,
 las señas, los retratos;
 yo no te quiero así,
 disfrazada de otra,
 hija siempre de algo.
 Te quiero pura, libre,
 irreductible: tú.
 Sé que cuando te llame
 entre todas las gentes
 del mundo,
 sólo tú serás tú.

Y cuando me preguntes
 quién es el que te llama,
 el que te quiere suya,
 enterraré los nombres,
 los rótulos, la historia.
 Iré rompiendo todo
 lo que encima me echaron
 desde antes de nacer.

Y vuelto ya al anónimo
 eterno del desnudo,
 de la piedra, del mundo,
 te diré:

«Yo te quiero, soy yo.»

(LA VOZ A TU DEBIDA)

¡Qué alegría, vivir
 sintiéndose vivido!
 Rendirse
 a la gran certidumbre, oscuramente,
 de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
 me está viviendo.
 Que cuando los espejos, los espías
 —azogues, almas cortas—, aseguran
 que estoy aquí, yo inmóvil,
 con los ojos cerrados y los labios,
 negándose al amor
 de la luz, de la flor y de los hombres,
 la verdad trasvisible es que camino
 sin mis pasos, con otros,
 allá lejos, y allí
 estoy buscando flores, luces, hablo.
 Que hay otro ser por el que miro el mundo
 porque me está queriendo con sus ojos.
 Que hay otra voz con la que digo cosas
 no sospechadas por mi gran silencio;
 y es que también me quiere con su voz.
 La vida —¡qué transporte ya!—, ignorancia
 de lo que son mis actos, que ella hace,
 en que ella vive, doble, suya y mía.
 Y cuando ella me hable
 de un cielo oscuro, de un paisaje blanco,
 recordaré
 estrellas que no vi, que ella miraba,
 y nieve que nevaba allá en su cielo.
 Con la extraña delicia de acordarse
 de haber tocado lo que no toqué
 sino con esas manos que no alcanzo
 a coger con las mías, tan distantes.
 Y todo enajenado podrá el cuerpo
 descansar, quieto, muerto ya. Morirse
 en la alta confianza
 de que este vivir mío no era sólo
 mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
 otro ser por detrás de la no muerte.

(De *La voz a ti debida*.)

MÁS ALLÁ

I

(El alma vuelve al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y choca) —¡Luz! Me invade
Todo mi ser. ¡Asombro!

Intacto aún, enorme,
Rodea el tiempo... Ruidos
Irrumpen. ¡Cómo saltan
Sobre los amarillos

Todavía no agudos
De un sol hecho ternura
De rayo alboreado
Para estancia difusa,

Mientras van presentándose
Todas las consistencias
Que al disponerse en cosas
Me limitan, me centran!

¿Hubo un caos? Muy lejos
De su origen, me brinda
Por entre hervor de luz
Frescura en chispas. ¡Día!

Una seguridad
Se extiende, cunde, manda.
El esplendor aploma
La insinuada mañana.

Y la mañana pesa,
Vibra sobre mis ojos,
Que volverán a ver
Lo extraordinario: todo.

Todo está concentrado
Por siglos de raíz
Dentro de este minuto,
Eterno y para mí.

Y sobre los instantes
Que pasan de continuo
Voy salvando el presente,
Eternidad en vilo.

Corre la sangre, corre
Con fatal avidez.
A ciegas acumulo
Destino: quiero ser.

Ser, nada más. Y basta.
Es la absoluta dicha.
¡Con la esencia en silencio
Tanto se identifica!

¡Al azar de las suertes
Únicas de un tropel
Surgir entre los siglos,
Alzarse con el ser,

Y a la fuerza fundirse
Con la sonoridad
Más tenaz: sí, sí, sí,
La palabra del mar!

Todo me comunica,
Vencedor, hecho mundo,
Su brío para ser
De veras real, en triunfo.

Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
Soy su leyenda. ¡Salve!

GUILLEN,
CANTICO

JORGE

24

CANCION DE JINETE

Córdoba.
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi paca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
Lejana y sola.

ROMANERO GITANO

ARBOLE, ARBOLE

Arbolé, arbolé
seco y verdé ».

La niña del bello rostro
está cogiendo aceituna.
El viento, galán de torres,
la prende por la cintura.
Pasaron cuatro jinetes,
sobre jacas andaluzas
con trajes de azul y verde,
con largas capas oscuras.
«Vente a Córdoba, muchacha.»
La niña no los escuchó.
Pasaron tres toserillos
delgaditos de cintura,
con trajes color naranja
y espadas de plata antigua ».
«Vente a Sevilla, muchacha.»
La niña no los escuchó.
Cuando la tarde se puso
morada, con luz difusa,
pasó un joven que llevaba
rosas y mirtos de luna.
«Vente a Granada, muchacha.»
Y la niña no lo escuchó.
La niña del bello rostro
sigue cogiendo aceituna,
con el brazo gris del viento
ceñido por la cintura.

Arbolé, arbolé
seco y verdé.

ROMANERO GITANO

LORCA
GARCIA
FEDERICO

Paisaje de la multitud que vomita

(ANOCHECER DE CONEY ISLAND)

La mujer gorda venía delante
arrancando las raíces y mojado el pergamino de los tambores;
la mujer gorda
que vuelve del revés los pulpos agonizantes.
La mujer gorda, enemiga de la luna,
corría por las calles y los pisos deshabitados
y dejaba por los rincones pequeñas calaveras de paloma
y levantaba las furias de los banquetes de los siglos últimos
y llamaba al demonio del pan por las colinas del cielo barrido
y filtraba un ansia de luz en las circulaciones subterráneas.
Son los cementerios, lo sé, son los cementerios
y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena,
son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora
los que nos empujan en la garganta.

Llegaban los rumores de la selva del vómito
con las mujeres vacías, con niños de cera caliente,
con árboles fermentados y camareros incansables
que sirven platos de sal bajo las arpas de la saliva.
Sin remedio, hijo mío, ¡vomita! No hay remedio.
No es el vómito de los húsaes sobre los pechos de la prostituta,
ni el vómito del gato que se tragó una rana por descuido.
Son los muertos que atrañan con sus manos de tierra
las puertas de pedernal donde se pudren nubes y postres.

La mujer gorda venía delante
con las gentes de los barcos, de las tabernas y de los jardines.
El vómito agitaba delicadamente sus tambores

entre algunas niñas de sangre
que pedían protección a la luna.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
Esta mirada mía fue mía, pero ya no es mía,
esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol
y despide barcos increíbles
por las anémonas de los muebles.
Me detiendo con esta mirada
que mana de las curvas por donde el alba no se atreve,
yo, poeta sin brazos, perdido
entre la multitud que vomita,
sin caballo efusivo que corre
los espesos musgos de mis sienes.

Pero la mujer gorda seguía delante
y la gente buscaba las farmacias
donde el amargó trópico se fija.
Sólo cuando izaron la bandera y llegaron los primeros cañes
la ciudad entera se agolpó en las barandillas del embarcadero.

New York, 29 de diciembre de 1929.

F. GARCÍA LORCA, POETA EN NUEVA YORK

96

EL CUERPO DESHABITADO

1

Yo te arrojé de mi cuerpo,
yo, con un carbón ardiendo.

—Vete.

Madrugada.

La luz, muerta en las esquinas

y en las casas.

Los hombres y las mujeres

yo no estaban.

—Vete.

Quedó mi cuerpo vacío,

negro saco, a la ventana.

Se fue.

Se fue, doblando las calles.

Mi cuerpo anduvo, sin nadie.

LOS DOS ANGELES

Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espada en las sombras!

Chispas múltiples,

clavándose en mi cuerpo,

en mis alas sin plumas,

en lo que nadie ve,

vida.

Me estás quemando vivo.

Vuela ya de mí, oscuro

Luzbel ^o de las canteras sin auroras,

de los pozos sin agua,

de las simas sin sueño,

ya carbón del espíritu,

sol, luna.

Me duelen los cabellos

y las ansias. ¡Oh, quéname!

¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quéname!

¡Quéname, ángel de luz, custodio mío,

tú que andabas llorando por las nubes,

tú, sin mí, tú, por mí,

ángel frío de polvo, ya sin gloria,

volcado en las tinieblas!

¡Quéname, ángel de luz,

quéname y huye!

(De Sobre los ángeles.)

RAFAEL ALBERTI,
SOBRE LOS
ÁNGELES

MIGUEL HERNÁNDEZ

[NANAS DE LA CEBOLLA]⁷³

LA CEBOLLA es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchaba de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna,

⁷³ Las escribió al recibir una carta de su mujer en que le decía que no comía más que pan y cebolla. Miguel, desde la prisión de Torrijos (Madrid), le envió en respuesta el 12 de septiembre de 1939, las «Nanas» con esta conmovedora carta: «Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consules te mando esas coplillas que le he hecho, ya que para mí no hay otro que hacer que escribirlos a vosotros o desesperarme.» Estas «Nanas», calificadas por C. Zavloya «las más trágicas canciones de cuna de toda la poesía española», merecieron un hermoso comentario del poeta y crítico Luis Felipe Vivanco, «Las nanas de la cebolla», *Cuadernos de Agora*, Madrid, núms. 49-50, nov.-dic. 1960 y en J. Cano Ballesta y otros, *En torno a A. H.*, págs. 136-141.

se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuele,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa.
Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol,
porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpól

Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carreral

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

APÉNDICE

TEÓRICO

LA GENERACION DE 1898

I

De cuando en cuando se produce entre la gente nueva—escritores, artistas, ateneístas, etc.—una protesta, más o menos ruidosa, más o menos trascendente, contra lo que, con excesiva rudeza, se llama *los viejos*. Días pasados, diversos hechos, sin conexión aparente, pero de una misma índole espiritual, han venido a traducir, a exteriorizar las aspiraciones latentes en la juventud. Algunos de estos hechos a que aludimos han sido: la elección del Ateneo, la información abierta por nuestro colega *La Tribuna*, con el título de «El país de los viejos», los artículos publicados por Ortega y Gasset en *El Imparcial*, titulados «Competencia», y en los que se plantea el «problema» de España con referencia a la generación de 1898... Se nos permitirá que hagamos algunas observaciones relativas a estos hechos, que, si diversos en la apariencia, convergen, sin embargo, hacia un punto ideal. Ante todo, cuando se sintetiza la cuestión en la frase *los viejos*, se comete una inexactitud que lleva envuelta una injusticia. El problema no puede ser planteado en términos tan vagos e inconcretos; la juventud, además, al mostrarse ansiosa de justicia, no puede comenzar cometiendo ella misma una dolorosa injusticia. No todos los escritores plantean en esa forma el problema; lo que ocurre es que la muchedumbre es simplista, unilateral, rectilínea, y, al entocar un problema, al hallarse frente a un asunto de palpitante interés, lo hace con afirmaciones o negaciones categóricas que, por otra parte, son necesarias para la obra vital, para la acción. Pero, en fin, el observador reflexivo no ha de tomar en cuenta este aspecto vital, *anti-crítico*, de las multitudes, de lo que se llama la

opinión, y ha de hacer su obra, su crítica, independientemente del tiempo, del espacio y de toda contingencia y consecuencias sociales y políticas.

No, no se debe decir *los viejos* cuando se hable del problema de España. ¿Quiénes son los viejos? ¿Qué es ser viejo? Un hombre de setenta años puede ser más joven que otro de veinte; uno de veinte, lleno de vigor físico, de flexibilidad, puede tener una senilidad que no tendrá otro achacoso, lleno de años, cargado de alifafes. Se es viejo y se es joven por el corazón y por la cabeza. Pi y Margall era perfectamente joven cuando murió; lo fué durante toda su vida. Hoy, don Francisco Giner tiene más juventud que millares de mozos que brujulean en el foro, en el Parlamento, en la política, en las redacciones. Entre los muertos, Larra será eternamente joven; Balart será siempre viejo, con sus poesías mediocres y su crítica mezquina. Digamos sencillamente, cuando hablemos de estas cosas, lo viejo, y no los viejos; lo viejo también, y no lo antiguo, puesto que en lo antiguo, entre lo que vivió en determinado momento histórico, hay cosas que continúan viviendo, que son actuales siempre—por lo menos hasta ahora—y que están más cerca de nosotros que muchas cosas de ahora. ¿Quién duda, por ejemplo, que, en arte, una página de *La Celestina*, o de Guevara, o del *Lazarillo* se halla más en contacto con nuestra sensibilidad que tales otras páginas de ahora, escritas en un estilo seudoclásico, afectado, artificioso, calcado sobre el artificioso y afectado fray Luis de Granada? ¿No lo estará también un romance de Góngora o de Lope, mejor que estos otros versos retumbantes y huecos que entusiasman a una burguesía iletrada? Y asonándonos a la política, ¿no son más modernos y no están más vivos muchos gestos, actos y dichos de Campomanes, de Aranda, de Roda, que las idas y venidas, trángos y declaraciones de los liberales de hoy?

Lo viejo, en cambio, es lo que no ha tenido nunca consistencia de realidad, o lo que, habiéndola tenido un momento, ha dejado de tenerla para ajar-

99
Jose

MARTÍNEZ

RUIZ

« AZORÍN »

LA GENERACIÓN DE 1898

se y carcomerse. Lo viejo son también las prácticas viciosas de nuestra política, las corruptelas administrativas, la incompetencia, el chanchullo, el nepotismo, el caciquismo, la verborrea, el «mañana», la trápacería parlamentaria, el atraco en forma de discurso grandilocuente, las «conveniencias políticas», que hacen desviarse de su marcha a los espíritus bien inclinados; las elecciones falseadas, los consejos y cargos de grandes compañías puestos en manos de personajes influyentes, los engranajes burocráticos inútiles..., todo el denso e irrompible ambiente, en fin, contra el cual ha protestado la generación del 1898, pero cuya protesta ha sido preparada, elaborada, hecha inevitable por la crítica de la generación anterior.

Y al llegar aquí, preciso es que nos detengamos un momento para explicar esta última afirmación. No necesita el lector que recordemos que nada, ni en el mundo físico, ni en el moral, se produce in-causadamente; nada puede considerarse como *primero*; todo tiene sus raíces en el tiempo y se halla engendrado por una vigorosa concausalidad. La protesta de la generación de 1898—que Ortega y Gasset ha recordado—no hubiera podido producirse sin la labor crítica de una anterior generación. Como la literatura es el más fiel reflejo de la sensibilidad, se hará preciso, al historiar los últimos tiempos del siglo XIX y los comienzos del siglo XX, estudiar la literatura—la novela, la poesía, la crítica—para ver cuál era en ese período de tiempo la *modalidad media del sentir* entre los españoles. La novela, la poesía y la crítica podrían suministrarnos una viva luz sobre la época que abarca de 1870 a 1898. ¿Qué poetas y qué novelistas han dominado en esos años? ¿Cuál es la medida que nos dan de los sentimientos y de las ideas de sus contemporáneos? ¿Acusan esos artistas entusiasmo, optimismo, lucha, acción, o, por el contrario, conformidad, pesimismo, resignación, inconsciencia, falta de curiosidad intelectual, ausencia de desasosiego espiritual?

Con temor empleamos todos estos vocablos; parecen que, en ocasiones, las palabras son dema-

siado toscas, groseras, para expresar los matices, los sutilísimos cambiantes de las ideas y de los sentimientos. Cuando en un artista literario—poeta o novelista—deseemos descubrir el reflejo de la sensibilidad de una época, nos veremos obligados, si no queremos exponernos a resultados inexactos, a cazar por la superficie de la obra, a desdeñar muchas cosas aparentes, a atenernos a un secreto y casi invisible ritmo, que es el que da su significación verdadera al poema o a la novela. Hay en la obra artística algo que no es, por ejemplo, ni *entusiasmo* o *desesperanza*, ni *contentamiento* o *angustia* (por dar concreciones sentimentales de bastante relieve); algo que no cae dentro de los tópicos bien definidos y conocidos, y ese algo indefinible, etéreo, inefable; ese hábito que rodea a la obra artística y que casi no se puede expresar, es lo que precisamente nos da la medida de la sensibilidad del artista y lo que puede ser reflejo de la sensibilidad de sus contemporáneos. ¿Cómo podremos guiarnos, según estas normas en el período que va de 1870 a 1898? Intentaremos verlo otro día.

II

Prometimos en el artículo anterior hacer algunas consideraciones sobre la literatura del período que abarca de 1870 a 1898. Una prevención necesaria: la obra artística tiene dos aspectos trascendentales: uno es su valor técnico, estético; otro, su alcance y su influencia sociales. Una novela o un poema pueden reunir las dos condiciones: pueden ser de una gran belleza y, a la vez, ejercer sobre la sociedad una influencia considerable. Pero un poema o una novela pueden no tener valor estético y tenerlo social; y pueden no ejercer influencia ninguna social—al menos, por lo pronto—y encerrar un considerable valor estético. Las canciones de Béranger, por ejemplo, no contienen una gran

cantidad de pura belleza lírica; ejercieron, sin embargo, una honda sugestión social. Ejemplo contrario: en 1850, Stendhal no representaba nada; *Lo rojo y lo negro*, literariamente, no existía; sobre ninguna tendencia literaria o núcleo de artistas ejercía éste y los demás libros de Beylie influencia. Sin embargo, ¿quién niega el considerable valor estético de *Lo rojo y lo negro* o de *La cartuja de Parma*?

Entre nosotros, en el período citado, tres artistas literarios han determinado una modalidad emotiva, sentimental: Campoamor, Echegaray, Galdós. Repetimos que no tratamos de hacer un examen técnico, puramente literario, de las obras de estos autores. En 1827, un librero de Valencia, el célebre Cabrerizo, lanzaba el primer volumen de una serie de diminutos volúmenes impresos, la mayoría de ellos, en gordezuelas letras egipcias; ese volumen se titulaba *Las aventuras del último abencerraje*; su autor era Chateaubriand. Al final del librito, el editor advertía, en una nota, que si la obra gustaba, continuaría publicando, «en el mismo tamaño y gusto, una colección de las mejores obritas del género romántico». Se publicaron, en efecto, muchísimos más libritos de esta índole; nuestras abuelas—aquellas damas de crenchas ahuecadas y rotunda crinolina—tuvieron en sus manos novelitas, lindamente impresas, de Dumas, de Víctor Hugo, de Walter Scott, de Ana Radcliffe. Y aquellos volúmenes de Cabrerizo ejercieron, sin duda, en la floración y desenvolvimiento del Romanticismo una influencia que obras perfectamente literarias (*El trovador*, las poesías de Zorrilla, etcétera) no ejercieron en el mismo grado, con la misma intensidad. En el período de 1870 a 1898, el teatro de Echegaray ha sugestionado profundamente al tipo medio del español y ha determinado en la sociedad literaria una porción de ramificaciones y derivaciones sumamente sutiles y complejas. Echegaray—sea cual sea el verdadero significado de su obra—ha representado, para la masa, y en los efectos prácticos de su dramaturgia, la pa-

sión, el ímpetu, la agresividad y el enardecimiento; el teatro de Echegaray ha sido un grito pasional y una sacudida violenta.

Campoamor representa, a su vez, la sorda y dulce crítica de prejuicios, de ideas tradicionales, de sentimientos que parecían definitivos. Nada hay estable para Campoamor. Su poesía—suave y benévola—es como la corriente de un río plácido que va socavando, derruyendo, mordiendo poco a poco las orillas. El escepticismo se debía sin sentir en la poesía de Campoamor; lo había la misma burguesía que más tarde había de asustarse de las consecuencias prácticas—el espíritu revolucionario—de esos versos. En la *Revista Contemporánea* de 28 de febrero de 1877, don Manuel de la Revilla hacía un notable estudio de la obra de Campoamor, y decía, entre otras cosas: «Damas aristocráticas que contribuyen al dinero de San Pedro y son enemigas del artículo 11; gentes que se cuentan en el número de las *personas sensatas que tienen que perder*; niñas románticas y llenas de ilusiones, devoran con placer estas máximas, que, en otros labios, les parecerían impías, escandalosas y dignas de anatema.» «¿Cómo este poeta revolucionario y heterodoxo es el niño mimado de las altas clases?», se preguntaba a seguida Revilla. El secreto lo encuentra el crítico en el arte maravilloso del poeta para deslizar, calladamente, con suavidad, las ideas más subversivas. «Algún ligero toque de sentimentalismo, tal cual nota piadosa y mística, alguno que otro alarde de respeto a las creencias tradicionales, que recuerda involuntariamente las reservas de Montaigne»; todo esto—dice Revilla—le sirve a Campoamor para llamar la atención de su público—burgués y elegante—sobre determinado punto, y hacer que, mientras tanto, por debajo, clandestinamente, se deslice su verdadero espíritu.

En Galdós, la trascendencia de su obra—trascendencia revolucionaria—reviste otro aspecto. Aparte de lo revolucionarias que puedan ser algunas de las tesis de Galdós (la de *Gloria*, la de *Doña Perfecta*, por ejemplo), lo trascendente está en

otra parte. Hasta aquí habíamos divagado por lo abstracto; abstracta era la novela de *Fernán Caballero*; abstractas—aunque no lo parecen, aparentemente—, las novelas de Alarcón; abstracto, terriblemente abstracto, el periodismo político y literario. Pero aparece Galdós; aparece silenciosamente, con sus ojos chiquitos y escrutadores, con su mirada fría y escrupulosa; aparece viéndolo todo, examinándolo todo: las ciudades, las calles, las tiendas, los cafés, los interiores humildes, los espectáculos, los campos, los caminos... Por primera vez, la realidad va a existir para los españoles. «Españoles, compatriotas—parece decirnos Galdós—: vosotros habéis estado divagando hasta ahora; no os habéis fijado en lo que tenéis delante de los ojos; lo que tenéis delante de los ojos y lo que habéis de contemplar es la realidad viva, sangrante; la realidad española, con sus miserias, con sus dolores, con sus angustias.» Galdós iba, paso a paso, dándonos sus libros repletos de menuda realidad; las nuevas generaciones fuimos acercándonos, solidarizándonos, compenetrándonos con la realidad. En adelante, la tragedia de España había de saltarnos a los ojos; nuestro espíritu estaba ya fuertemente aferrado a ella. Habíamos visto; lógicamente, fatalmente, había de surgir el lamento y la indignación.

Unid, pues, el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo subversivo de Campoamor y a la visión de realidad de Galdós, y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación de 1898. Ya antes de esa fecha, esas derivaciones de la literatura habían de comenzar a manifestarse en la crítica social. El desastre precipitó la floración revolucionaria; la protesta adquirió caracteres de clamor nacional. Parlamentarios y publicistas lanzaron al viento las más violentas imprecaciones. Las examinaremos en otro artículo.

III

Existe una cierta ilusión óptica referente a la moderna literatura española de crítica social y política; se cree generalmente que toda esa bibliografía «regeneradora», que todos esos trabajos formados bajo la obsesión del problema de España, han brotado a raíz del desastre colonial y como consecuencia de él. Nada más erróneo; la literatura regeneradora, producida en 1898 hasta años después, no es sino una prolongación, una continuación lógica, coherente, de la crítica política y social que desde muchos años antes a las guerras coloniales venía ejerciéndose. El desastre avivó, sí, el movimiento; pero la tendencia era ya antigua, interrumpida. Desde el siglo xvii—y aun antes—ha existido entre nosotros una aspiración reconstructiva, basada en la crítica, más o menos áspera, más o menos vidente, de nuestras cosas y de nuestras corruptelas; pueden servir como jalones para trazar la ruta de nuestra crítica social a través de los siglos los nombres de Saavedra Fajardo, Gracián, Cadalso, Cabarrús, Jovellanos, Larra... Pero, sin remontarnos a tanto, impórtanos ahora—para demostrar la perfecta unidad de la crítica, antes y después de 1898—indicar algunos de los trabajos más importantes en que las nuevas aspiraciones están reflejadas.

De 1876, por ejemplo, es el libro de Eugenio Selés *La política de capa y espada*, libro escrito en un estilo conciso, rotundo, plástico; libro repleto de menudos hechos, de detalles, de particularidades; libro demoleedor, disociador; libro en que se pulverizan viejos prejuicios, viejos tópicos, viejos puntos de vista. Nada más instructivo que lo que en estas páginas se expone acerca del honor castellano (sólo iguala a este examen del honor castellano el hecho más tarde, en un estudio magistral, por Alfredo Vicenti), acerca de la patria,

de la nobleza, del rey, de los procedimientos políticos, de la moral política. «¡Ah! ¡Principios históricos, intereses seculares, tradiciones nacionales!»—exclama el autor, en el epílogo de su obra—. «Hermosas palabras si tuvieran algo dentro, o; mejor dicho, si no tuvieran tanto malo dentro.»

En 1886, Valentín Almirall publica, en francés, impreso en Montpellier, su folleto *L'Espagne telle qu'elle est*. Se trata de un examen minucioso, acre, de nuestras costumbres políticas y administrativas modernas. Caciquismo, chanchullos electorales, verborrea parlamentaria, incultura pública, abandono de los campos, despoblación, bandidismo... todo lo pone de manifiesto crudamente Almirall, y todo le sirve para llegar a las finales conclusiones de su opúsculo. «Nuestra enfermedad es tan grave—dice el autor—, que sólo una fuerte sacudida puede curarnos o, al menos, aliviarnos.» La violenta sacudida que pide Almirall ha de destruir, entre otras cosas, «la uniformidad y el autoritarismo centralizador», y ha de barrer el pandillaje político. «Destruir hasta en sus más profundas raíces el falso parlamentarismo, barriendo todos esos partidos, todas esas pandillas, todas esas bandas que se reparten el Poder y esparcen hasta los últimos confines de la nación la inmoralidad, que se ha convertido en el rasgo más saliente de nuestro carácter.»

Un año después que el libro de Almirall—al menos en la edición francesa—, en 1887, publicaba Pompeyo Gener su volumen *Herejías*. Hay algo de extremado, de paradójico, en el libro de Gener; pero, en general, y por encima de estos accidentales, deleznable estridores, es preciso reconocer un hondo sentido de modernidad, un gran amor a la vida y una aguda e insaciable curiosidad mental. Salvará esto su libro (del cual se escandalizaron en su tiempo austeros varones), mientras se hundirán en el olvido tantas mazorrales disertaciones académicas, tanto farrago erudito acerca de nuestros clásicos, tanto librote insulso y mentido sobre nuestros valores tradicionales. En las últi-

mas páginas de uno de los estudios que figuran en *Herejías*—el titulado «La decadencia nacional»—, Gener expone sus conclusiones. Se necesitan—dice el autor—dos cosas: una dictadura y una descentralización. No se asuste el lector de la palabra *dictadura*; lo que el autor pide es «una dictadura científica, ejercida por un Cromwell darvinista injerto en Luis XIV, que fuera, a la vez, implacable y espléndido, y quien dice uno, dice varios». Esa dictadura, ese poder supremo y benéfico de uno o de varios, haría, entre otras cosas, lo siguiente: reharia, como quien vuelve un guante del revés al derecho, la Instrucción pública; crearía cátedras, escuelas técnicas, museos; aboliría las oposiciones, dando las cátedras al que supiera o lo hubiera probado con obras; si en España no había personal para ello, se iría a buscar al extranjero; instituiría numerosas pensiones para todos los países de Europa, pensiones de ciencias, de artes industriales; de literatura; se esforzaría en hacer surgir hábitos de higiene en los ciudadanos; prohibiría la tala de árboles; poblaría de verdura los montes; protegería las industrias nacionales... «Y si así y todo—terminaba Gener—, España no progresaba y volvía a continuar con su antigua decadencia, sólo quedaba el recurso de marcharse de ella a los que aquí nacieran con aptitudes para la civilización a la moderna.»

No es necesario que citemos más ejemplos de crítica social, de literatura regeneradora anterior al desastre. ¿Han dicho más de lo que va apuntado, han ido más lejos, después de 1898, Joaquín Costa, Macías Picavea, Maura, Sánchez de Toca, Silvela, Azcárate? Pues ahora nos falta ver cuál es el tipo de crítica formulado después del gran fracaso. Demostraremos de este modo la perfecta coherencia en la corriente ideológica española. Como tipo de crítica posterior a 1898 no vamos a tomar ni a Costa, ni a Macías Picavea, ni a don Antonio Maura—entonces militante en el partido liberal—, ni a otros publicistas y parlamentarios que figuraban en la izquierda política; no quereinos que

pueda tacharse de parcial al autor que citemos; lo escogemos entre los escritores de la derecha. Uno de los más agudos y exactos críticos del problema de España ha sido don Damián Isern. Católico fervoroso, conservador antiguo y convencido, no podía ser recusado Isern como demagogo, revolucionario y anarquizante. Abramos el libro de Isern titulado *De la defensa nacional*; no superan a estas páginas, si frías y monótonas, repletas de hechos, sincerísimas, ningunas otras páginas escritas con ocasión del desastre. Se publicó este libro en 1901. Espigaremos sumariamente y al azar. El autor, por ejemplo, nos dice que, en España, la justicia «está condenada a vivir en perpetuos eclipses»; oligarcas y caciques menoscaban la Constitución y falsean la justicia de arriba y la de abajo; pesan abrumadoras influencias sobre los tribunales y juzgados; la justicia municipal «queda reducida a mera delegación del caciquismo»; la tributación pública es injusta, desigual; «no se funda, en su distribución, en las eternas normas de la justicia, y la voluntad de un oligarca o de un cacique es superior, en el orden de la realidad, a los principios fundamentales del orden constitucional». Tan evidente es la injusticia, que aun «no pocos» de los oligarcas y privilegiados «se muestran convencidos de que en un periodo no muy largo habrá de ponerse término a sus privilegios». Las ocultaciones a la Hacienda son numerosas y formidables. Son inútiles, entre nosotros, las denuncias y las protestas en favor de la moralidad, del derecho, de la justicia. De un lado están la fuerza y el privilegio; de otro, los ciudadanos vejados y expoliados. «¿Puede vivir ordenadamente un Estado en que, en casi todas las esferas de su actividad jurídica, los hechos van de un lado y el derecho va por otro?» Los ministros resultan, «en muchos casos», incompetentes e inhábiles; inhábiles e incompetentes son también los otros instrumentos de las acciones del Poder. El Estado se declara monárquico en su Constitución, y resulta, en realidad, oligárquico. Se declara constitucional, y re-

sulta despótico. Se declara representativo, y las Cortes sólo representan a los oligarcas. Se declara parlamentario, y en las Cortes nada se resuelve por las discusiones y las votaciones, «sino por las componendas de entre bastidores». En la Constitución se declara que todo español está obligado a defender la patria, y resulta que gran parte de los llamados no acuden. Se dice que todos los españoles son admisibles a los empleos y cargos públicos, y «luego son admisibles a los empleos y cargos públicos los parientes y familiares de oligarcas y caciques». Se dice que todos están obligados a contribuir proporcionalmente a las cargas del Estado, «y gran parte de los españoles, los deudos y amigos de oligarcas y caciques principalmente, o no tributan, o apenas tributan...»

Algunas páginas más adelante, al tratar don Damián Isern de las causas del desastre y de lo acontecido durante las guerras coloniales, escribe unas páginas admirables, emocionantes. De entre la grisura y frialdad de las páginas de este libro destacan soberbiamente aquellas a que aludimos. Nuestro pueblo—dice el autor—ignora muchas cosas de las relativas al gran fracaso; pero, en el fondo de ese misterio, adivina «algo oscuro, algo negro, algo sucio quizá, y esos algos penetran en su alma». A lo largo de esas páginas, en tanto que va el autor mariposeando sobre el misterio trágico, va repitiendo también, de cuando en cuando, ese ritornello angustioso: «Algo oscuro, algo negro, algo sucio quizá, y esos algos penetran en su alma.» Y ese fragmento de prosa—de elevada prosa lírica—acaba por penetrar en el espíritu del lector y perturbarlo.

¡Oh tragedia de España! «No puede sorprender a nadie—escribe nuestro autor—que máquina así dispuesta produzca sólo efectos de demolición y ruina, y haya labrado para sí títulos de desconsideración social raras veces alcanzados en España por poderes públicos.» Tal espectáculo fué el que presenció la generación de 1898 al advenir al arte y a la literatura. La gran corriente ideológica de

1870 a 1898, representada principalmente por Eche-
garay, Campoamor y Galdós, concluye lógicamen-
te—avivada por el desastre—a la crítica social,
ahora más aguda que antes, que florece desde 1898
hasta algunos años después. Imaginad todo lo que
acabamos de transcribir—y mucho más—, repetido,
clamado, pregonado, multiplicado por mil voces ira-
cundas y elocuentes de parlamentarios y publicis-
tas; imaginad un lapso de diez años durante los
cuales, en el periódico, en el Parlamento, en con-
ferencias, en libros, no se ha gritado otra cosa.
Cuando hayáis considerado tal hecho histórico,
comprenderéis de qué manera ha podido moldearse
la mentalidad de la generación de 1898, y cómo ese
vasto y acre espíritu de crítica social—tan copio-
samente aventado a todos los vientos—ha llegado a
encarnar hoy sólida, fuerte, profundamente en la
muchedumbre.

(De los caracteres literarios de la generación de
que tratamos y de las influencias extrañas a las
nacionales que han pesado sobre ella, nos ocupa-
remos otro día.)

IV

Terminemos estos breves apuntes; veamos sucin-
tamente lo que la generación de 1898 representa
en las letras. En la literatura española, la genera-
ción de 1898 representa un renacimiento; un re-
nacimiento más o menos amplio, o más o menos
reducido, si queréis, pero, al cabo, un renacimien-
to. El término se presta a vaguedades; será pre-
ciso, para que nos entendamos, definirlo. Un rena-
cimiento es, sencillamente, la fecundación del pen-
samiento nacional por el pensamiento extranjero.
Ni un artista, ni una sociedad de artistas, podrán
renovarse—*ser algo*—o renovar el arte, sin una in-
fluencia extraña. Nada hay, primero, espontáneo
o incausado en arte; aun los artistas que parecen

más originales (por ejemplo, en pintura, un Velá-
zquez o un Goya) deben toda su fuerza, todo su
vigor, toda su luminosidad, a una sugestión extraña
a ellos. No se trata de imitaciones o rapsodias; las
influencias de que hablamos son sugestiónes eté-
reas, casi indefinibles, sutiles, que hacen despertar
en el artista estados psicológicos latentes y deter-
minan avivamientos de la sensibilidad que, sin esas
sugestiónes, acaso no hubiera sido tan intensa o
quizá no hubiera sido de *ese modo*.

La vida intelectual de un pueblo necesita una
excitación extraña que la fecunde. Si se repasa
nuestra historia literaria, se verá que los momen-
tos en que nuestros literatos y pensadores han es-
tado en comunión con pensadores y literatos de
otros países, son precisamente los momentos de
máxima vitalidad en nuestras letras. Señalemos
los que, a nuestro juicio, son los principales entre
esos instantes; mejor diremos casi los únicos,
únicos, al menos, en la Edad Moderna. 1600, 1760,
1830; he aquí tres fechas que se prestan a la re-
flexión, y que dicen, ellas solas, escuetamente, mu-
cho más que se pudiera decir en las declamaciones
sobre las ventajas de la comunicación con el pen-
samiento mundial, sobre la aireación del propio
intelecto, e, inversamente, sobre los peligros fu-
nestos y desalentados de la reclusión en la propia
casa y la hostilidad a la sugestión extranjera. En
1600, Italia influye poderosamente sobre nuestros
artistas y pensadores; Cervantes, Saavedra Fajar-
do, Gracián, Quevedo, leen ávidamente a los poe-
tas, los políticos y los cuentistas italianos; de
Boccaccio y de Ariosto hay huellas visibles en Cer-
vantes (de Ariosto, sobre todo, en el *Quijote*);
Saavedra Fajardo cita y torna a citar a Tasso; Vir-
gilio Malvezzi hechiza profundamente a Quevedo;
sobre Gracián—lo mismo que sobre otros coetáneos
suyos—ejerce poderosa influencia Maquiavelo; y
Petrarca, Bocalini, Botero, Bandello, Sannazaro,
Guicciardini, con otros muchos, determinan, leídos y
releídos por los nuestros, gastados, comentados
y paladeados a manera de un ambiente espiritual,

de un fuerte excitante, a cuya virtud renacen las energías literarias españolas.

En 1760 (la fecha puede ser ligeramente modificada), Francia, principalmente, es la que influye sobre el pensamiento nacional. Si repasáis viejas, centenarias colecciones de esas diminutas revistas del siglo XVIII—como las *Memorias de Trevoux*—, veréis en ellas la más profunda causa de un avivamiento intelectual de España. Esas revistas, esos pequeños cuadernos que entran por los pueblos de nuestro país, penetran en las celdas de los conventos, hacen un ancho remanso en Oviedo—donde vivía el padre Feijoo—, se desparraman luego, en espíritu, desleídos, triturados, por otros cuadernos, por otras revistas, por otros libros. Una ávida curiosidad domina en el siglo XVIII; brota el espíritu de crítica. Se leen ansiosamente los libros extranjeros. Surgen trabajos sobre filología, arqueología, historia literaria y eclesiástica, matemáticas, numismática, zoología, botánica, arquitectura... El impulso ha venido de fuera; lo han dado esos libros y esas revistas que saltan la frontera y se esperan por las viejas ciudades.

Menos de un siglo más tarde, el fenómeno torna a producirse. En 1830, los románticos franceses determinan en España un nuevo renacimiento literario. Cabrerizo lanza en Valencia multitud de traducciones de novelas románticas; en las *Horas de invierno*, publicadas por Ochoa en 1837, figuran barajados Víctor Hugo y Delavigne, Alfonso Karr y León Gozlan. Añadamos que de 1830 a 1846—singularmente en este último año—desfilan por España y traban relaciones con nuestros literatos una porción de poetas, novelistas y pintores franceses, tales como Dumas, Roger de Beauvoir, Gautier, Achard, Boulanger...

En 1898 observamos idéntico hecho. Las influencias ahora son más complejas; pero gracias a esa comunicación con el pensamiento literario de fuera de España, se produce entre nosotros una renovación de las letras. Hombres de la generación de 1898 son Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Ba-

roja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío. Indiquemos las diversas influencias que han obrado sobre las modalidades literarias de tales escritores.

Sobre Valle-Inclán: D'Annunzio, Barbey d'Aurevilly.

Sobre Unamuno: Ibsen, Tolstoy, Amiel.

Sobre Benavente: Shakespeare, Musset, los dramaturgos modernos franceses.

Sobre Baroja: Dickens, Poe, Balzac, Gautier.

Sobre Bueno: Stendhal, Brandès, Ruskin.

Sobre Maeztu: Nietzsche, Spencer.

Sobre Rubén Darío: Verlaine, Banville, Víctor Hugo.

Por encima de estas sugerencias particulares, como dominándolas a todas, se podrían marcar algunas, ya indicadas entre los nombres citados, pero que tuvieron más fuerza que las demás. Tales son las de Nietzsche, Verlaine y Teófilo Gautier. El filósofo alemán era, en 1898, desconocido en su verdadero carácter; comenzaba a asomar en Francia; se le había expuesto en un estimable libro en Italia. Pero Nietzsche era, en la época citada, para la juventud, tanto en España como en Francia, un rebelde, un anarquista. Pocos años después, cuando se le tradujo íntegramente al francés y se le estudió con cuidado, la idea de Nietzsche sufrió una transmutación considerable. Pero el pensador alemán hizo brotar en España muchos gestos de iracundia y múltiples gritos de protesta. Teófilo Gautier, por otro lado, ayudó a la juventud de 1898 a ver el paisaje de España. Su *Viaje a España* fué leído y releído por aquellos muchachos que renovaban la memoria de Larra y comenzaron a amar los viejos pueblos castellanos. En 1891, Menéndez y Pelayo decía del libro de Gautier, en su *Historia de las ideas estéticas*: «Su *Viaje a España*, que en Francia está considerado como obra maestra, y que entre nosotros, por una pre-ocupación absurda, suele citarse como modelo de disparates, sólo comparable con el de Alejandro Dumas, no es, en verdad, ningún documento histórico, ni arqueológico; pero, en lo que toca a la

interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino *vista*, con visión absorta, desinteresada y esplendente.» La última sugestión de las tres citadas—la de Verlaine—contribuyó a formar la mentalidad poética de Rubén, y a través de Rubén determinó la tendencia actual de la lírica. Agreguemos a estas influencias librescas las personales, directas, vivas, ejercidas por algunos extranjeros que convivieron con literatos del 98. Uno de esos extranjeros fue Cornuty, apasionado de Verlaine y fervoroso recitador de sus poesías; otro, el doctor suizo Pablo Smith, entusiasta de Nietzsche. Un ejemplar alemán de Nietzsche poseía Smith, y sobre su traducción a viva voz escribió Baroja unos artículos en *El Imparcial*.

Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud de 1898. Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos, en los que se derruían los valores tradicionales y se anhela una España nueva, poderosa. Pío Baroja, con su análisis frío, reflejaba el paisaje castellano e introducía en la novela un hondo espíritu de disociación; el viejo estilo rotundo, ampuloso, sonoro, se rompía en sus manos y se transformaba en una notación algebraica, seca, escrupulosa. Valle-Inclán, con su altivez de gran señor, con sus desmesuradas melenas, con su refinamiento del estilo, atraía profundamente a los escritores novicios y los deslumbraba con la visión de un paisaje y de unas figuras sugeridas por el Renacimiento italiano; los vastos y gallardos palacios, las escalinatas de mármol, las viejas estatuas que blanquean, mutiladas, entre los mirtos seculares; las damas desdofiosas y refinadas que pasean por los jardines en que hay estanques con aguas verdosas y dormidas.

*Giardini chiusi, appena intraveduti
o contemplati a lungo pe'canoelli...*

El movimiento de protesta comenzaba a inquietar

tar a la generación anterior. No seríamos exactos si no dijéramos que el renacimiento literario de que hablamos no se inicia precisamente en 1898. Si la protesta se definió en ese año, ya antes había comenzado a manifestarse más o menos extravagantemente. Señales de ello vemos, por ejemplo, en 1897; en febrero de ese año, uno de los más prestigiosos escritores de la generación anterior—don José María de Pereda—lee su discurso de recepción en la Academia Española. La obsesión persistente de la literatura nueva se percibe a lo largo de todas esas páginas arbitrarias. Pereda habla en su trabajo de ciertos *modernistas* partidarios del cosmopolitismo literario; contra los tales aremete furiosamente. Pero, páginas más adelante, el autor, no contento con embestir contra estos heresiarcas, nos habla de estos personajes «*modernistas aún*», los táticos de la negación y de la duda, que son los *melennados* de ahora—¡oh melenas pretéritas de Valle-Inclán!—, los cuales melennados proclamaban, al hablar de la novela, «que el interés estriba en el escalpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano». (Mas véase la fuerza del movimiento innovador: Pereda, que tan absurdamente declama contra la innovación literaria, sin enterarse en qué consistía, hace suya, ya casi al final de su discurso, la doctrina de un autor que dice que todos los idiomas «*tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, independientemente del contenido interior de las ideas...*». Y eso no es otra cosa que el fundamento del vitando, abominable, revolucionario *simbolismo*.)

La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por *el Greco*, ya iniciado en Cataluña, y publica, dedicado al pintor cretense, el número único de un periódico: *Mercurio*; rehabilita a Góngora—uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine, que creía conocer al poeta cordobés—; se declara ro-

mántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja, con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente entusiasmo por Larra, y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que estaba enterrado, y lee un discurso ante su tumba, y en ella deposita ramos de violetas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso; y la curiosidad mental por el extranjero y el espectáculo del desastre—fracaso de toda la política española—han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España.

LA "MODERNISMO Y 98 -
PRIMER SUPLEMENTO", HISTORIA Y
CRÍTICA DE LA LITERATURA
ESPAÑOLA, 6/1.

E. INMAN FOX Y VICENTE CACHO VIU

LA GENERACIÓN DEL 98: CRÍTICA DE UN CONCEPTO

I. A partir de 1899 empieza a circular en los periódicos y revistas la idea de una nueva «generación» de intelectuales y escritores, nacida a raíz de la crisis *fin de siglo* en España, y definida por su protesta contra lo establecido, una tendencia hacia el conocimiento de lo nuevo, y un afán regenerador político y cultural. Esta noción evoluciona rápidamente hasta convertirse en un concepto historiográfico —la llamada «generación de 1898»— que ha tenido un papel significativo en la historia intelectual y literaria española de la primera parte de este siglo.

Etapas importantes en esta evolución fue la polémica entre Ortega y Gasset y Maeztu, entablada en los periódicos y en una nutrida correspondencia desde 1908, en que se discute el valor de la labor de la «generación», que incluye Maeztu, Unamuno, Baroja, Azorín, frente al problema de España y la política española. El contexto fue la idea de hacer una campaña socialista en España entre algunos intelectuales. Es a este grupo de intelectuales al que aludiría Gabriel Maura como la «generación del desastre» en su artículo publicado en *Faro*, en febrero de 1908, mencionado a menudo como uno de los antecedentes del concepto de la «generación de 1898».

La campaña de propaganda política se pone en marcha después de la Semana Trágica y tiene su culminación en la famosa conferen-

i. E. Inman Fox, «Hacia una nueva historia literaria para España», en *Dal Modernismi alle Avanguardie. Atti del Convegno dell'Associazione degli Ispanisti Italiani, Palermo, 1990*, Flaccovio Editore, Palermo, 1991, pp. 10-17.

ii. Vicente Cacho Viu, «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*, 48-49 (1985), pp. 9-53 (25-29, 31, 39-42).

cia de Maeztu, *La revolución y los intelectuales*, pronunciada en el Ateneo en diciembre de 1910, en que el conferenciante da la definición más completa hasta la fecha de una generación de 1898. La acción de los intelectuales que salieron al mundo en 1898, puntualiza Maeztu, fue un grito contra los engaños en España: prensa, política, oligarquía, caciquismo, literatura, ciencia, glorias históricas. Habla Maeztu de «una línea ideal» que se había trazado en la Historia «que separaba los hombres anteriores a 1898 de los que hemos venido después». Y entre los últimos se refiere a varios grupos: los que se desesperaban y no continuaron la lucha, otros que se alejaron para pensar mejor en lo que había ocurrido, y todavía otros que renunciaron vivir espiritualmente la vida nacional, «consagrándose como prosistas o como poetas a refinar sus medios expresivos» (aquí la alusión a los *modernistas* es clara). Luego, aboga Maeztu por la intervención de estos nuevos intelectuales en la reforma del Estado bajo la tutela de ideas fabianas. Son estas ideas de Maeztu las que, en gran parte, recoge Ortega para escribir sus dos ensayos sobre la «Competencia» publicados en febrero de 1913, en que se plantea el problema de España con referencia específica a la «generación de 1898».

Esto, claro está, nos sugiere la posibilidad de que, para una historia intelectual o literaria de España, se pudiera combinar la generación de 1898 y de 1914, creando un período historiográfico de unos 30 años, acabando en la Segunda República, que se define por el escritor como intelectual político.

Como complemento a la idea de una generación de 1898, consistiendo principalmente de intelectuales como reformadores de la política y la cultura de España, se desarrolló coetáneamente la idea de una generación de 1898 más bien literaria —algunas veces asociada con los modernistas, otras veces, no—. Ya en 1904 Pardo Bazán escribe sobre *La nueva generación de novelistas y cuentistas en España*, en que incluye a Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Felipe Trigo, Llanas Aguilaniedo, etc. Su obra, según ella, representa una ruptura con lo anterior, y refleja cierta desesperación y preocupación por el porvenir de España. Les llama Pardo Bazán modernistas, pero les diferencia de los latinoamericanos afrancesados. De manera parecida, en su *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días*, de 1908, Andrés González Blanco menciona al mismo grupo de novelistas, para los que propone el

rótulo de «generación del desastre» —concepto, como ya hemos visto, aplicado, el mismo año, por Gabriel Maura a la generación de intelectuales. Y el mismo Azorín también empieza a delinear, en artículos publicados tan pronto como 1905 y 1907, lo que considera una nueva «generación» de escritores. En estas páginas, tiene ya formulado lo esencial, la médula, de lo que va a decir sobre la generación denominada específicamente como de 1898 en los conocidos artículos de 1913.

Y así llegamos a una consideración detenida de los cuatro ensayos azorinianos de 1913, que son, después de todo, los textos de los cuales arrancan casi todos los intentos de definir la generación de 1898 como concepto historiográfico para la historia literaria. Allí, Azorín menciona como primera característica de la generación de 1898 el hecho de que ha protestado contra las prácticas viciosas de la política de España, contra lo no consistente con la realidad, contra «lo viejo», pero no necesariamente contra «los viejos», sobre todo los que representaban una continuidad de sentir. Ya que para Azorín la literatura es el más fiel reflejo de la sensibilidad, busca la «modalidad media del sentir» entre los españoles a través de la novela, crítica, y poesía entre 1870 y 1898, período que preparó la protesta de 1898. Y la encuentra en la agresividad del teatro de Echegaray, el escepticismo de Campoamor, y la visión realista de Galdós. De ahí, la mentalidad de la generación de 1898 (Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Manuel Bueno, Maeztu, Rubén Darío) fue moldeada por el espíritu de aquellos escritores, y por la tradición de la crítica social (Gracián, Cadalso, Jovellanos, Larra, etc.) que fue avivada por el Desastre. Además del espíritu de protesta que animaba a la juventud de 1898, también unas influencias extranjeras (Nietzsche, Verlaine y Gautier) obraban sobre sus modalidades literarias, según Azorín. Las otras características de la generación mencionadas por Azorín son su amor a los viejos pueblos, su resucitación de los poetas primitivos, su fervor por el Greco, su rehabilitación de Góngora, y su entusiasmo por Larra.

Ahora bien, estos artículos de Azorín nos merecen varios comentarios. Primero, aparte de la protesta contra los vicios y corrupciones políticos y el hecho de que fuese un grupo influido por el pensamiento extranjero, sólo algunas de las características que atribuye Azorín a la generación figuran en efecto como tales en la obra de los llamados miembros. Segundo, estas mismas características se encuentran todas en la de Azorín. Y tercero y de

otra índole, pero más significativo para nuestros propósitos aquí, es que los ensayos de Azorín sobre el 98 pertenecen a un proyecto más amplio de escribir una especie de historia de la literatura española, cuyo método historiográfico obedeció a la ideología, y hasta el discurso, de un programa político.

Como sabemos, Azorín emprende una re-evaluación sistemática de la literatura española a través de artículos publicados en *ABC* y luego recogidos en *Lecturas españolas* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1914), *Al margen de los clásicos* (1915), etcétera, en que busca, nos dice, las modalidades del vivir de los españoles —en estado de civilización— de donde se puede reconstruir la nueva patria, acorde con las posibilidades históricas. Es decir, Azorín escribe con intención que para nosotros hoy no sería puramente literatura. Y se destaca el hecho de que avanza una opinión negativa o positiva sobre la obra o el autor, basada en unos valores que él cree aconsejables para la política o la sociedad de su época. Así, gran parte de la crítica literaria de Azorín se supedita a una visión de una moralidad social y política en que la calidad de coherencia y de continuidad es un factor dominante, y en que se tiende a eliminar o ignorar lo conflictivo. Esta ideología procede directamente de los discursos y escritos políticos de Juan de La Cierva, uno de los jefes del partido conservador en que Azorín militaba entre 1905 y 1923 y cuyos principios personales y doctrinales encontraba como necesarios para la *reconstrucción* de España. En fin, es, en gran parte, el afán de insertar la generación de 1898 en el curso general de la historia del espíritu español y de enraizarla en la tradición que lleva a Azorín a una definición de la generación de 1898 no sólo equívoca, sino que tampoco encuentra apoyo siempre en el texto literario o en la documentación de la época.

La «generación de 1898» como concepto historiográfico fundamental y utilizable para una consideración crítica de la literatura española moderna data de 1934. Me refiero al curso que dio Pedro Salinas en la Facultad de Filosofía y Letras desde octubre a diciembre de 1934 sobre *El concepto de generación literaria aplicado a la del 98* y el libro de Hans Jeschke, *La generación de 1898 (Ensayo de una determinación de su esencia)*.

Los dos emplean como punto de partida los cuatro ensayos de Azorín, que les parecen intuitivamente acertados; pero insisten en la vaguedad de su definición del 98, deficiencia que buscan corregir los dos a través de la noción de generación literaria que venía desarrollándose en la «Ciencia de la Literatura» alemana durante los años 1920. Es decir, con estos estudios el vocablo «generación» que

usaron Azorín y otros en sentido genérico, pasa a cobrar carácter específico, a ser una denominación de tipo técnico, por primera vez dentro de la historia literaria de España. Más específicamente, someten los hechos literarios acaecidos en la España de principios del siglo XX a la metodología que sugiere el germanista J. Petersen en su obra *Las generaciones literarias*, de 1930. Según Petersen, las características que una generación literaria presenta son proximidad de fecha de nacimiento, coincidencia o comunidad de formación, relaciones personales entre los hombres de la generación, circunstancias vitales semejantes o un acontecimiento o experiencia generacional, existencia de un caudillaje, anquilosamiento de la generación anterior, y un lenguaje generacional.

En el caso de Salinas, se determina, por cierto de manera muy escueta, que el grupo Unamuno, Benavente, Baroja, Azorín, Maeztu y Valle-Inclán cumple con las características de «una generación» que exige la metodología de Petersen. Han nacido en años no distantes; hacia principios del siglo se reunían en algunas tertulias y colaboraban juntos en unos periódicos; y según Salinas, han convertido lo que representaba el desastre, «el 98» —la experiencia generacional de Petersen— «en una brutal realidad histórica que gravitó sobre todas las conciencias despiertas y que les hizo agruparse frente al problema esencial de esta generación: España». Nietzsche fue el guía espiritual de la generación y el *modernismo* —o forma nueva de expresarse— su lenguaje generacional.

En otro estudio, de 1938, Salinas siente la necesidad de precisar las diferencias entre «generación de 1898» y «modernismo» para designar el movimiento de renovación literaria de finales del siglo XIX y principios del XX, ya que en aquellos años se usaban indistintamente. Y las entiende en términos de la actitud adoptada ante la insatisfacción con las normas estéticas imperantes. Mientras el «modernismo» busca la belleza (para Salinas, el «modernismo» era la poética propagada por Darío), el 98 representaba un examen de conciencia en busca de verdades. Es decir, su actitud íntima y radical ante el mundo, su peculiar postura frente a la realidad, es diametralmente opuesta a los modernistas. Al principio, los españoles —y está claro que Salinas identifica el «modernismo» con América— aceptaron y cultivaron el lenguaje modernista como expresión estética rebelde, pero pronto descubrieron la contradicción radical entre lo sensual y lo despreocupado del modernismo y el grave pro-

blematismo espiritual del 98. Y así acaba distinguiendo Salinas al Antonio Machado de *Campos de Castilla* del primer Machado o de Juan Ramón Jiménez. [...]

Pero, lo que no se ha comentado nunca, que yo sepa, es la cuestión de ¿por qué buscó Salinas su historiografía en Petersen, cuya obra trata principalmente la *formación* de una generación —y no a la generación como periodización dentro de una continuidad histórica—; y cuyas ideas teóricas y erudición fueron francamente limitadas y desordenadas? Es más curioso todavía, porque fue Ortega y Gasset el pensador que probablemente más contribuyese al desarrollo de la historiografía generacional en Europa. Y el año antes de dictar Salinas su curso sobre la «generación del 98», Ortega había dado el suyo, en la misma universidad, sobre Galileo y la metodología historiográfica, en que dedicaba tres conferencias al concepto de «generación». Tampoco debemos olvidar que el ensayo introductorio a *El tema de nuestro tiempo* trata también la noción de la generación como método historiográfico.

Para Ortega el concepto de la generación implica primariamente dos notas: tener la misma edad (aunque permite una zona de fechas) y compartir una experiencia vital —«una vivencia»—, que juntos llegan a significar una «comunidad de destino esencial». Ya que cree Ortega que el hombre hace mundo o forja horizonte, la manera en que lo hace tendrá un perfil distinto según sea la perspectiva. Luego, entrará en diálogo el hombre con un sistema de convicciones —un mundo de «creencias colectivas», «ideas de la época», «espíritu del tiempo»— interpretando la actualidad de manera diferente según su edad (o generación). En toda actualidad, sin embargo, coexisten articuladas varias generaciones y las relaciones entre ellas representan un sistema dinámico de atracciones y repulsiones, de coincidencia y polémica. El método de las generaciones, según Ortega, consiste en proyectar esta estructura sobre el pasado, permitiéndonos así ver la vida desde dentro, en su actualidad.

Manejando la misma metodología de Petersen, pero en más detalle que Salinas, Hans Jeschke también pretende dar fundamentación al concepto que encuentra completamente «necesario para la consideración de la literatura castellana moderna». Al criticar el afán por parte de Azorín de colocar la generación de 1898 en el curso de la tradición española, Jeschke hace hincapié en la vivencia o la relación generacional ocasionada por los acontecimientos políticos alrededor de 1898. Da la impresión de «científico» en

que habla de periódicos, revistas, tertulias, etc., pero al fin y al cabo demuestra una ignorancia capital de los documentos de la época. Se basa a menudo en un solo libro, de los menos fiables, el de Gómez de la Serna sobre Azorín. Todo esto le lleva a sugerir la existencia de varios grupos dentro de la generación, pero su análisis se limita a Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Benavente y Antonio Machado. [...]

Los juicios de Jeschke son los primeros sobre la generación de 1898 que se basan en el análisis de unos textos. La lista de los textos que selecciona para estudiar el modelo literario y el mundo lingüístico de la generación de 1898 interesa no sólo porque determinan su construcción historiográfica, sino también porque contribuyen a la formación de un canon noventayochesco. Se destacan entre ellos *Sonata de otoño* de Valle-Inclán, *Camino de perfección* de Baroja, *La voluntad* de Azorín, y *Soledades, galerías y otros poemas* de Machado; todos del principio del siglo. Por otra parte, hay que insistir que en estos mismos textos —con la excepción de *La voluntad* y partes de *Camino de perfección*— es difícil encontrar la estructura espiritual de que habla Jeschke.

Igual que Salinas y Jeschke, Pedro Laín Entralgo nos explica su intención historiográfica en una nota previa a su libro *La generación del Noventa y ocho* (1945): «El parecido generacional de los escritores del noventa y ocho ha sido estudiado con criterio biográfico», en tanto españoles y literatos, pero pone en primer plano su condición de españoles. La orientación anunciada y el hecho de que la nota previa viene en forma de «Una epístola a Dionisio Ridruejo», entonces todavía un falangista importante, son suficientes para que no olvidemos que Laín militaba en la Falange y figuraba en su aparato propagandístico durante los primeros años de posguerra, hechos que sin duda influyeron en su estudio del 98. Para una elaboración de su orientación historiográfica, nos manda el autor a su estudio *Las generaciones en la Historia* (1945), que fue, según él, concebido como una introducción metódica a su trabajo sobre el 98.

Laín empieza precisando en qué consiste el parecido histórico entre Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán, Ganivet y Maeztu. Y lo define en términos de unas experiencias biográficas que comparten: 1) el contacto con las inconsistencias de la Restauración, 2) lecturas europeas y modernas, y 3) una común e individual desidencia del catolicismo ortodoxo. De ahí, según Laín, los del 98 repudian la España que sus ojos descubren y la versión

española de la vida moderna, y critican la singularidad de la historia política de España y la índole propia del hombre español.

Entre la acción reformadora y la creación literaria, sin embargo, la generación de 1898, según el estudio de Laín, opta por ésta, en que inventan «otra España» ensoñada, la intrahistórica. Los mitos que dominan el ensueño de esta generación son 1) el mito de Castilla, 2) la tercera salida de Don Quijote, y 3) una España venidera en la que se ha de enlazar su peculiaridad histórica e intrahistórica y las exigencias de la actualidad universal. Así, el precursor de la generación de 1898 es, para Laín, nada menos que Menéndez y Pelayo. Y no hace falta subrayar el hecho de que los mitos vislumbrados por Laín en los escritos de los noventayochescos son los mismos, más o menos, que se propagaban bajo la cultura franquista.

En cuanto a los textos en que se basa Laín para formular sus juicios, hay que recordar primero que tanto Laín como Salinas y Jeschke desconocían, por ejemplo, los primeros escritos y la temprana participación política de Unamuno, Azorín, Baroja, Valle-Inclán y Maeztu. Así, tienden a despachar sus intereses sociopolíticos y sus actividades políticas hacia principios de siglo como una especie de sarampión juvenil. Es esta laguna tan crucial, claro está, la que van a llenar los críticos que revisan el concepto del 98 más tarde, en los años 1960 y 1970. No obstante, esta falta de acceso a ciertos textos, los que Laín sí selecciona, maneja y pone en primer plano distan mucho de ser representativos. Dominan los comentarios sobre *En torno al casticismo*, *Paz en la guerra*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, y los *Ensayos* (en dos tomos) de Unamuno, *La voluntad*, *Antonio Azorín*, *Las confesiones de un pequeño filósofo* y *La ruta de Don Quijote* de Azorín, *Camino de perfección* y *Juventud, egolatría* de Baroja, *Defensa de la hispanidad* (1935) de Maeztu, *Idearium español* de Ganivet, *Campos de Castilla* de Machado; y Valle-Inclán se comenta más bien a través de la obra de Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*.

Ahora bien, como queda dicho, ambos, Salinas y Jeschke, sugieren que hay que buscar la renovación estética y literaria dentro del movimiento modernista, inscrita sí en un ambiente histórico y espiritual más amplio. Guillermo Díaz-Plaja desarrolla esta idea, en su estudio de 1951, en que analiza la modalidad estética —el modernismo— en las letras españolas entre 1875 y 1925. Para él, la generación del 98, más inclusive y de índole extraestética, abarcaba una

111

obra de trascendente sentido político. En el fondo, es esta idea de la coexistencia a principios del siglo de una modalidad estética y una modalidad ideológica, dentro de una nueva conciencia, la que se encuentra institucionalizada en la mayor parte de nuestras historias de la literatura española.

Sin embargo, sigue la ascendencia del concepto de la generación del 98 dentro de la periodización de la historia literaria de España —concediendo menos importancia al *modernismo* por ser considerado como influencia extranjera—. Así, Luis Granjel en su importante *Panorama de la generación del 98*, de 1959, descubre en el grupo de escritores noventayochistas unas actitudes —una viva inquietud política, la preocupación por la situación española y el tema de España— que se encontraban en las obras que escribieron, fueran éstas ficción novelesca, artículo periodístico, meditado ensayo. Este es ejemplo de historiografía literaria que Ricardo Gullón considera regresiva en su ensayo *La invención del 98*, porque al mezclar historia y crítica es ajena a lo esencial del proceso creador. Concepto útil —el de la generación del 98— para estudios históricos, sociológicos y políticos, según Gullón, pero perturbador en cuanto a su aplicación a la crítica literaria. Su éxito se debió en parte a la inclinación a los estudios temáticos, poco productivos para desentrañar el problema de la creación literaria. Por otra parte, José Luis Abellán, en *Sociología del 98* (1973), entiende que el concepto pertenece fundamentalmente a la historia de las ideas.

Del análisis anterior queda claro que el concepto historiográfico de «generación» aplicada al 98, que hemos heredado y que como un sarampión ha contagiado otros períodos literarios y la manera en que interpretamos la historia literaria de la España contemporánea, es en el fondo una fabricación hecha de una variedad de construcciones caracterizadas por ideologías dispares y una metodología historiográfica deficiente. En ninguna se dirige a la cuestión de en qué consiste la «literatura» —a la idea de la autonomía de la literatura que exige un énfasis en la evolución de sus mecanismos específicos—, hasta el punto de que acabamos con una historiografía que sirve más para la historia intelectual que para la historia literaria. La problemática de la periodización tampoco se ha tomado en serio. No se ha visto, por ejemplo, que la periodización no exige necesariamente el predominio de un solo estilo literario, sino más bien el darse cuenta de que vivimos en más de un «período» a la vez. La

tarea del historiador es vislumbrar y definir un conjunto o jerarquía de procesos temporales, de corrientes, de «duraciones» y secuencias. La distinción de Braudel entre *courtes durées* (generaciones) y *longues durées*, por ejemplo, permite el desarrollo dentro de una tradición o unidad. También la periodización sugerida por Ortega ofrece importantes posibilidades, etc.

José-Carlos Mainer ha señalado que una de las empresas más significativas de la historiografía literaria española en los últimos veinte años ha sido el intento de concebir como unidad el conflicto que se había delineado entre los términos «98» y «modernismo». La invención de uno de los conceptos historiográficos nuevos, «la crisis de fin de siglo», obedecía a la necesidad sentida de 1) volver a definir la crisis sociohistórica que movilizó una renovación estética, debido a la accesibilidad de nuevos textos y una ideología más bien izquierdista (más propia, hay que decirlo, del momento histórico por el cual ha pasado España); y 2) ampliar la definición de *modernismo* —siguiendo las tendencias de la crítica latinoamericana— en términos de lo que pasaba allende los Pirineos, sobre todo para incluir todo lo que podría significar el Simbolismo. Lo que propone Mainer como concepto historiográfico para explicar los principios de la literatura contemporánea es el *Modernismo*, no como programa estético, sino como una definición aproximada del cambio en la institución literaria española. Así, se incluyen tanto las dimensiones estéticas como la definición del nuevo público que nunca hizo la distinción entre Modernismo y 98. Esta última consideración sugerida por Mainer implica la aplicación de las ideas «receptacionistas» de Jausa a la historia literaria de España.

ii. Ortega fue consciente muy tempranamente de [una limitación de la generación precedente] y las expuso con toda crudeza:

Los hombres de la generación de Baroja que han valido algo tienen, en diferentes grados, el rasgo común de parecer gentes a quienes un incendio acaba de arrojar de su casa y andan despavoridos buscando otro albergue, sin que el azoramiento alojado en ellos les permita descubrirlo ni aun topar con los caminos reales que a poblado conducen. Y van campo traviesa so-
liviandados y quien no los conozca habrá de tomarlos por malhechores intelectuales.

Este párrafo corresponde a las páginas iniciales de *Baroja: Anatomía de un alma dispersa*, no publicadas hasta 1960, en las que enjuicia con toda franqueza a la generación precedente. La atormen-

tada e indecisa trayectoria de Andrés Hurtado, protagonista de *El árbol de la ciencia*, en lo que tiene de trasunto barojiano, da pie a Ortega para calificar a su autor de alma dispersa, esto es, carente de «unidad interna», «nacida de una catástrofe en el espíritu colectivo». Al considerar la creación literaria de Baroja en su conjunto como representativa de la mentalidad finisecular, toma ocasión de ella para exponer su convencimiento más profundo: la necesidad de superar esa crisis por la vía del vitalismo, consciente y plenamente asumido. Baroja es, pues, un prototipo para Ortega y, a la vez, un pretexto: parte de ese ensayo inédito fue incorporado, sin modificaciones sustanciales, a las *Meditaciones del Quijote*; lo cual, dicho sea de paso, permite retrotraer su primera formulación filosófica precisa a este febril y decisivo momento del umbral de sus treinta años. Con el procesamiento de la generación anterior Ortega no trata de descalificarla, sino más bien de salvarla —«salvaciones» denomina ahora una proyectada serie de ensayos—, proponiendo una salida a las limitaciones en que sus miembros habían incurrido, atrapados como estaban en los estadios iniciales de la rebelión contra el positivismo.

Pero pretender salvar a la generación inmediatamente anterior implicaba el propósito de sustituirla en la dirección intelectual del país: presentar a Baroja como el «caso lamentable de una inspiración novecentista» naufragada «en una ideología que es anacrónica con respecto a ella», equivale a decir que Baroja debe ser salvado —superado— desde la afirmación vitalista que caracteriza al nuevo siglo y a la generación con él surgida, la de Ortega. Al anticipar en agosto de 1912 unos pocos fragmentos de su ensayo, Ortega añade, como aclaración para sus destinatarios argentinos, que Baroja pertenece a un grupo de escritores «representantes de los últimos quince años españoles»: un público familiarizado con la literatura francesa identificaba fácilmente ese período de quince años con el espacio vital asignado a cada generación; estamos, pues, ante un anuncio subliminal de que se acerca el momento del relevo, hacia el cual apuntan igualmente las referencias a la nueva sensibilidad generacional emergente que menudean, aunque de forma aún tímida y elusiva, a lo largo de toda la *Anatomía de un alma dispersa*.

Con ese mismo propósito de superación, se examina la crítica nacional llevada a cabo por «aquellos Hércules bárbaros que tomaron sobre sí la pronunciación de ciertas grandes y elementales barbaridades que habían de ser forzosamente dichas»: Ortega aportaba a este respecto la idea central de que la decadencia consistía, ante todo, en falta de ciencia. Su madrugada

dor conocimiento de la obra de Freud, durante la estancia de 1911 en Marburgo, había dado mayor plasticidad aún a sus razonamientos anteriores sobre las penosas consecuencias que semejante estado carencial acarrea para la salud espiritual del país. Su empeño por reconducir a ese modo de entender el pasado nacional «la inaceptación de la España constituida», que era cuanto unía entre sí a los escritores finiseculares, no obedece a un mero afán de dominio sobre ellos: sin el concurso de la generación anterior y de su prestigio literario no resultaba factible inculcar en la conciencia colectiva la moral de la ciencia, ganando para ella a sus coetáneos y a los más jóvenes que poblaban ya las aulas universitarias.

No cabía otra alternativa que integrar a los escritores finiseculares en el nuevo proyecto colectivo, o bien neutralizarlos si sus puntos de vista se probaban irreductibles. Lo primero se consiguió, en una gradación de tiempos, con «los tres», y más matizadamente, con algunos creadores puros, como Machado o Valle-Inclán; el ejemplo señero de la otra postura apenas hace falta decir que fue Unamuno. No es tema en el que podamos detenernos ahora como requeriría su importancia, pero tampoco es posible seguir adelante sin referirse, siquiera sea de pasada, al modo como se desarrollaron esas relaciones intergeneracionales y al nuevo equilibrio de fuerzas que de ahí nace.

Maeztu, amigo y aun orientador en un principio del joven Ortega, fue, sin embargo, quien más fácilmente aceptó su magisterio. A partir de 1908, defenderá, con ese entusiasmo un tanto precipitado que siempre le caracterizó, la regeneración del país a través de la ciencia. Aunque en ocasiones mezcle los planteamientos orteguianos con argumentos regeneracionistas anteriores, su misma versatilidad mental le hace a veces desvelar anticipadamente ciertas correcciones de rumbo que Ortega, con mayor pausa, iba imprimiendo a su pensamiento; en ese sentido, algunos artículos suyos, brotados de una fraternal comunicación intelectual con Ortega, pueden resultar esclarecedores. El enfrentamiento dialéctico en el que Maeztu se dio por vencido, era aún deliberadamente genérico: Ortega mantuvo la precedencia de las ideas sobre los hombres que las encarnan, el primado de la teoría sobre la acción. En 1911, el «paso honroso» que le propone a Baroja es «aquella interpretación de la historia de España» a partir de su desvío de la ciencia, cuya aceptación consideraba Ortega indispensable para que «la generación de usted y la mía y la que se anuncia» consigan realmente reformar el país; Baroja se avino a ello de buen grado, pero sin poner en la causa el fervor de Maeztu.

Mucho más complicado es el caso de Azorín, sobre quien la ascendencia lograda por Ortega no tuvo además efectos duraderos. El intento de imponérsele al tiempo que a Maeztu en 1908, no obtuvo más que una respuesta displicente en la que se trasluce, sin embargo, la preocupación azoriniana ante el empuje de los más jóvenes que es, como pronto veremos, una de sus obsesiones recurrentes. Lejos de desanimarse, Ortega no ceja ni en sus halagos ni en sus castigos a ese «admirable escritor» que para él había sido el Azorín anterior a su compromiso maurista. El cerco al que Ortega le venía sometiendo dio, al fin, resultado: en el epílogo de *Lecturas españolas* —marzo de 1912— se señala como origen de todos nuestros males «la falta de curiosidad por las cosas del espíritu»; «no saldrá España de su marasmo secular», afirma, «mientras no haya millares y millares de hombres ávidos de conocer y comprender». Ortega acoge con alborozo el cambio que se ha operado en el Azorín revivido «de sus cenizas parlamentarias»: su libro prueba que «considerar la historia de España como la historia de una enfermedad» —la tesis freudiana de Ortega— «no es una idea caprichosa y subversiva que se haya hoy ocurrido a unos cuantos; tiene también sus clásicos». En su estrategia para imponer en España la moral científica, Ortega le asigna un papel concreto: será el genealogista, quien trace el *pedigree* merced al cual llegue a verse el nuevo patriotismo crítico como «evolución de toda una corriente intelectual de subsuelo que Azorín, excitado por nuestros aplausos, se ha encargado de documentar persiguiéndola hacia atrás». El grupo de «los tres» aparecía momentáneamente recompuesto: rescatado de «su cautividad babilónica» —los años de diputado conservador y de cronista parlamentario al servicio de Maura—, Azorín era contabilizado públicamente, junto con Baroja y Maeztu, en la remozada corriente regeneracionista que encabezaba Ortega.

El contrapunto obligado a la colaboración de «los tres» lo constituye la oposición frontal de Unamuno a los proyectos de Ortega: aunque sea muy brevemente, y limitándonos a los aspectos impresionables para nuestro argumento, hemos de referirnos aquí a ese «estado de perpetua polémica», latente siempre entre ellos. Los dos estaban de acuerdo en la urgente necesidad que tenía el país de una renovación cultural para liberarse espiritualmente, no ya para liberalizarse políticamente, disentían, sin embargo, según el mismo Unamuno, en «el sentimiento y la concepción de la vida, como algo que

puede y debe bastarse, o como algo que no se basta». Son dos maneras opuestas de entender la relación entre ciencia y vida: Unamuno lo hace agónicamente, llevado por «la soif angoissante d'immortalité»; Ortega acepta «la vie telle qu'elle est» y, a la vez, los límites últimos de la ciencia, aun confiando en su continua expansión. De esas encontradas posturas se deducen, como no podía ser menos, explicaciones muy distintas del escaso arraigo alcanzado en España por las ciencias positivas: para Ortega, ya lo hemos dicho, se trata de una situación de hecho, que nada prueba, y para cuyo remedio confía en su propia generación; para Unamuno, por el contrario, ese fracaso obedece a que la ciencia absolutizada no colma las exigencias espirituales del alma española y que sólo reduciendo previamente la ciencia a sus verdaderos límites, podremos proceder después a europeizarnos creadora y no miméticamente.

Las divergencias teóricas se interfieren con las relaciones personales, especialmente complejas en este caso dada su común aspiración a ejercer sobre el país un liderazgo intelectual. Digamos, esquemáticamente, que hubo un intento mutuo de captación, primero, obviamente en razón de la edad, por parte de Unamuno; muy pronto Ortega toma la iniciativa, pretendiendo interesar a Unamuno por «problemas culturales objetivos». Ese forcejeo, bastante agrio en ocasiones, recede precisamente en 1912. [...]

[En esa fecha] el joven catedrático madrileño de Metafísica, desde la seguridad que le infunde su vitalismo pospositivista y el revisionismo extremo del pasado nacional, ha ganado la partida a la generación anterior y se considera en condiciones, a punto de cumplir los treinta años, de convocar y dar nombre, en febrero de 1913, a sus coetáneos: [así sucede en los dos artículos titulados «Competencia» y que publica en *El Imparcial* el 8 y el 9 de febrero de ese año]. [...]

Al día siguiente de publicarse en *El Imparcial* la segunda parte de «Competencia», Azorín inicia en *ABC* una serie de cuatro artículos sobre «La generación de 1898». Afecta creer que Ortega —al que cita expresamente— ha aludido a la protesta protagonizada por «la juventud de 1898», esto es, por los finiseculares, cuando todo el razonamiento gira, como ya vimos, en torno a su propia generación, a los adolescentes cuando el Desastre. A partir de este equívoco, que le permite apropiarse del término «generación de 1898», Azorín describe morosa y pasivamente las influencias am-

bientales de tipo intelectual que pesaron sobre aquella juventud literaria: «la curiosidad por lo extranjero y el espectáculo del desastre», concluye, «han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España». El tono de pasividad adoptado por Azorín transforma el sentido mismo de esa «protesta», que constituye el hilo argumental de sus artículos: del «espíritu de protesta, de rebeldía», encarnado por sus coetáneos se desliza insensiblemente al «movimiento de protesta» que suscitaron las novedades estéticas por ellos aportadas, su modernismo incipiente. Literato que vuelve al fin por sus fueros, arroja una primera sombra de duda sobre el vínculo que acababa de establecer entre su generación y la fecha del Desastre: «no seríamos exactos si no dijéramos que el renacimiento literario de que hablamos no se inicia precisamente en 1898». [...]

Quizá le pareciera lesivo que Ortega se instalara con los suyos, aunque fuera por razones de alta política, en una fecha ilustre casi indistinguible de ese año, sea 1896 o 1897, que Azorín había escogido ya como punto de partida literaria de su propia generación. La reacción defensiva a la que se diría obedece ese hurto con disimulo, resulta por lo demás evidente en un texto algo posterior. A cuenta del reconocimiento que Don Quijote arranca a Álvaro de Tarfe de ser él, Alonso Quijano, el único verdadero Quijote, comenta Azorín: «esa solemne declaración de ahora, era la afirmación de su personalidad». La confesión que sigue, merece la pena transcribirla íntegramente:

Hemos vivido largos años de trabajos y anhelos; otras generaciones van pasando sobre nosotros —políticos o artistas—; nuevos hombres asoman con más energía, más brío, más inspiración que nosotros. Nuestro entusiasmo, nuestra fuerza, han desaparecido. En este crepúsculo vespertino de nuestra personalidad, al entrar en la región de las sombras, nos detenemos un instante —última parada— y consideramos nuestra obra, modesta o brillante. Hemos cumplido con nuestro deber; hemos trabajado; la sinceridad y el amor a la belleza y a la justicia han guiado nuestra pluma. Podrá pasar por encima de nosotros otra generación; no podrá arrebatarnos nuestra personalidad, lo trabajado, lo ansiado y lo sufrido.

LA GENERACIÓN DEL 98



Circunstancias políticas y sociales En la página 309, ofrecemos unas rápidas notas sobre la España del siglo xx. Añadiremos ahora algunos detalles necesarios para situar a los autores que estudiaremos en este capítulo.

• A finales del siglo xix y principios del xx, la **vida política** sigue establecida sobre bases conocidas de atrás: alternan en el gobierno los conservadores (Cánovas, asesinado en 1897, Francisco Silvela) y los liberales (Sagasta). Fuera de estos «partidos turnantes», existen otros grupos que van de los carlistas a los republicanos y, más a la izquierda, los socialistas y los anarquistas. Los principales temas de los debates y de las luchas son el regionalismo, la reforma agraria, la industrialización, la «cuestión social».

• De hecho, la **sociedad española** se compone, en su base, de una gran masa rural dominada por el caciquismo, a la que se añade —en Cataluña y en el País Vasco— un proletariado industrial relativamente poco desarrollado. La dura condición de estos sectores —misericordia e ignorancia— contrasta con las ambiciones y el lujo de la aristocracia y la alta burguesía de las ciudades. Los problemas económicos y sociales son graves, pero buena parte del país vive inconsciente y optimista. Unos trágicos acontecimientos vendrán a despertar las conciencias más sensibles.

El «Desastre» En 1895 estalla la guerra colonial: Cuba, Puerto Rico y, poco después, Filipinas —nuestras últimas colonias de ultramar— luchan por su independencia. Será decisiva la intervención de los Estados Unidos en su favor: la escuadra española quedará destrozada en Santiago de Cuba y en Cavite, y España se verá obligada a firmar el Tratado de París (en diciembre de 1898), por el cual abandona lo que le quedaba de su antiguo Imperio. Las pérdidas humanas y económicas han sido cuantiosísimas. Es el «Desastre del 98».

— Tales son los hechos que constituyen un fuerte aldabonazo en muchos espíritus. Inevitablemente, se cobra conciencia de la debilidad del país y se buscan sus causas en los problemas internos que España arrastra desde hace tiempo.

Los regeneracionistas: Algunos hombres eminentes clamaban desde años atrás por una enérgica reconstrucción del país, por una política nueva de reformas agrarias, de obras hidráulicas, de educación general y profesional; por la necesidad, en fin, de *regeneración* del país (de ahí el nombre con el que se les conoce). Son, entre otros, Macías Picavea (1874-1899) y Joaquín Costa (1846-1911). De este

• Por eso, el concepto de «generación literaria» ha de ser —en todo caso— más complejo. No basta con que unos escritores sean *coetáneos* para que formen un grupo coherente en ideas y estética. Son necesarios otros requisitos. Un crítico alemán, Julius Petersen, estableció, entre otros, los siguientes:

1. Formación intelectual semejante.
2. Algun tipo de contacto entre ellos.
3. Un «acontecimiento generacional» que aúne sus voluntades.
4. Rasgos comunes en el estilo, por los que se oponen a la estética de la generación anterior.

¿A cuántos escritores de principios de siglo pueden aplicarse estos requisitos? Como hemos visto, el Desastre del 98 fue un tremendo acontecimiento para muchos: ese sería, pues, el «acontecimiento generacional». De ahí que *Azorn* —tras algunos precedentes— acuñara definitivamente, en unos artículos de 1913, el *marchamo generación del 98*. Pero incluía en ella a escritores tan dispares como Unamuno y Rubén Darío, Baroja y Valle-Inclán, Maeztu y Benavente. Resulta rigurosamente imposible aplicarles a todos ellos, en bloque, los requisitos enumerados.

Tales condiciones se cumplen, en cambio en un grupo inicial, el llamado «grupo de los Tres», al que podremos sumar otros escritores, con las modificaciones oportunas.

Lo constituyeron *Azorn*, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu a raíz del Desastre, y así lo denominaron ellos mismos. Si repasamos los «requisitos generacionales», observaremos que —a pesar de su autodidactismo— hay muchos rasgos comunes en su formación, en particular sus ideas revolucionarias iniciales y

último se han hecho célebres frases en las que pedía «despensa y escuela» (es decir, política económica y educativa) o proponía «echar doble llave al sepulcro del Cid» (o sea, que el orgullo de nuestro pasado no fuera pretexto para el estancamiento). Precisamente en el 98 publica *Colectivismo agrario en España*, donde estudia nuevas estructuras para el campo. Y tres años después, en *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España*, ataca las bases de la política de la época: «No hay —dice— Parlamento ni partidos; sólo hay oligarquías» (esto es, pequeños grupos de poderosos que presionan o imponen su ley). O bien: «La forma de gobierno en España es una monarquía absoluta cuyo rey es Su Majestad el Cacique». • Las ideas de los «regeneracionistas» —europeización, cambio de estructuras, etc.— serán recogidas por los jóvenes que más tarde serán llamados *generación del 98*. Pero, antes de seguir, veamos qué se entiende por «generación literaria» y hasta qué punto se aplica en este caso.

El concepto de

«generación literaria» aplicado a la del 98

Para los historiadores, una generación es el conjunto de los hombres que tienen aproximadamente la misma edad y que, por lo tanto, comparten problemas e inquietudes, y se ven obligados a reaccionar ante los mismos acontecimientos.

Según este criterio, a la misma generación pertenecen Unamuno (nacido en 1864) y Rubén Darío (n. en 1867), a pesar de las profundas diferencias que los separan. Y es natural. De una parte, cabe todo tipo de discrepancias entre coetáneos. De otra, en cualquier momento histórico, conviven los miembros de una generación con hombres de generaciones anteriores y posteriores, y entre todos se dan coincidencias y discrepancias. Ciertamente es que la edad —y con ella la instalación histórica— cuenta mucho. Pero no es menos cierto que los hombres no nacen de quince en quince o de veinte en veinte años...

su admiración por el filósofo alemán Nietzsche. Conviven y colaboran en los mismos periódicos y revistas, sobre todo en la revista «Juventud». Se sienten despegados de la generación anterior —aunque más tarde maten sus opiniones— y, por reacción, cultivan un estilo antirretórico, sobrio, vivo.

• Es más: pretenden llevar a cabo una acción común. En 1901 difunden un manifiesto conjunto. Es su reacción apasionada ante la realidad del país. «Había que actuar», dirá *Azorín*. Y en el manifiesto denuncian la «descomposición» que ven en la «atmósfera moral» de su tiempo, la desorientación de la juventud, «la bancarrota de los dogmas». «Un viento de intranquilidad —dicen— reina, en el mundo.» En medio de todo esto, observan «un deseo común de mejorar la vida de los miserables». Sólo queda encontrar «algo que canalice esa fuerza» y no lo encuentran en las doctrinas políticas del momento («ni el doctrinarismo republicano o socialista, ni siquiera el ideal democrático»), sino en una auténtica «ciencia social» que sepa «poner al descubierto las miserias»; «todas las ilagas sociales», y estudie las soluciones. De ahí su llamamiento.

• El «grupo de los Tres» duraría poco. Al no haber encontrado la acogida que esperaban, un sentimiento de impotencia les hará abandonar la acción. Cada uno seguirá su propio camino, pero el episodio ha sido sumamente revelador de una corriente de ideas.

Un maestro: A los autores citados debemos añadir Unamuno dir el nombre del insigne rector salmantino (1864-1936). En efecto, «los Tres» entraron en contacto con él y le enviaron con atención especial su manifiesto. Unamuno les prometió apoyo. Tenía por entonces Don Miguel

un gran prestigio como luchador político y como agitador de las conciencias. En páginas vehementes, había manifestado su oposición a la política establecida, su repulsa de la atonía espiritual de los españoles y su desazón ante la decadencia del país. *Azorín*, Maeztu y Baroja lo consideran un maestro, y en la misma consideración lo tendrá más tarde Antonio Machado.

Los requisitos generacionales pueden aplicarse también a Unamuno, quien —en muchos aspectos— se erige en «guía» de la generación del 98.

Un precursor: Aunque un año más joven que Ganivet Unamuno, el granadino Angel Ganivet murió tempranamente (se suicidó en Finlandia, precisamente en 1898) y no puede pasar de ser un precedente de los otros autores, con quienes habría coincidido, sin duda, de haber seguido viviendo. En todo caso, produjeron honda impresión las ideas que expuso en su *Idearium español* (1897). En él analiza las características del alma española (senequismo, individualismo), las glorias pasadas, los males contemporáneos y la necesidad de renovación espiritual, aunque asentada en las tradiciones profundas.

También su *Epistolario* es interesante para conocer su pensamiento dolorido y pesimista. Pensamiento que está presente, incluso, en sus novelas *La conquista del reino de Maya* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, cuyo protagonista es portador de los ideales políticos, filosóficos y estéticos del propio Ganivet.

Un epígono y un «hijo pródigo» Si por «epígono» se entiende el que se incorpora más tarde a una escuela o a una corriente, tal apelativo puede aplicarse —y así se ha hecho— a Antonio Machado, sin que ello suponga reducir

su inmensa talla. En efecto, Machado es —por una parte— el más joven de estos escritores (once años más joven que Unamuno). Por otra parte, en la época del «grupo de los Tres», no se observan en el autor de *Soledades* (1903) inquietudes como las que hemos visto. Al menos en lo que publica por entonces, parece hallarse mucho más cerca de cierto Modernismo intimista, como veremos. Y sólo más tarde, cuando escribe *Campos de Castilla*, se incorporan a su obra temas y actitudes afines a las de los «noventayochistas»: el dolor de España, la visión crítica, el paisaje castellano...

• Parecido es el caso de **Valle-Inclán**, a quien Pedro Salinas llamó «hijo pródigo del 98». En su primera época, y a pesar de algunos contactos personales, no se aprecian afinidades ideológicas entre él y los autores vistos hasta ahora. Es un tradicionalista «por estética». Y su arte —profundamente nuevo, eso sí— se inscribe en el Modernismo. Pero más tarde, hacia 1920, da un giro radical. Confesará ideas avanzadas. Sus «esperpentos» y sus nuevas novelas recogerán entonces las críticas más despiadadas que se hayan hecho de la sociedad de su tiempo o de la época precedente, en un lenguaje implacable. En este sentido, fue incluso mucho más lejos que los otros autores de la generación del 98.

Un sabio; ~~Leer~~ *Menéndez Pidal* Intimamente relacionado con la generación, aunque desde otro ángulo, se halla Don Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), fundador del Centro de Estudios Históricos, director durante muchos años de la Real Academia Española y figura máxima de la erudición española contemporánea. El apoyó desde la ciencia histórica y filológica muchas de las tesis e intuiciones de los hombres del 98. Léase, por ejemplo, ese apasionante librito que

se titula *Los españoles en la Historia*, honda interpretación —a la vez serena y preocupada— del ser histórico de España, en sus épocas lejanas o inmediatas.

• El castellanismo de los «noventayochistas» se hace en el sistema historiográfico: Castilla como centro de la historia española. En esa línea se inscriben sus monumentales obras sobre nuestra literatura medieval: los estudios sobre *La España del Cid*, *La leyenda de los infantes de Lara*, las jarchas, el Romancero; o sus ediciones. Notemos que los escritores del 98 sintieron particular devoción, precisamente, por los escritores castellanos de la Edad Media.

El idioma, tan amado y enriquecido por los autores de la generación, encontró en Menéndez Pidal al máximo investigador de su historia: *Orígenes del español*, *Manual de Gramática histórica española*, y tantísimos estudios más.

Leer *Nómina del 98*. Resumiendo lo dicho hasta aquí, Los coetáneos el concepto «generación literaria del 98» comprende, pues —y aparte de Gánivet—, a un grupo inicial formado por *Azorín*, Baroja y Maetzú, más Unamuno; se incorporan después Antonio Machado y Valle-Inclán. Y les acompaña a todos Menéndez Pidal, como científico.

• Junto a ellos —insistimos— encontraríamos a otros escritores de la misma edad, pero cuya adscripción al grupo sería imprecisa o dudosa. Tal sucede, por supuesto, con **Rubén Darío**. Algo distinto es el caso de **Blasco Ibáñez**, cuyo parentesco con el «98» ha sido defendido recientemente por un crítico (Blanco Aguinaga), alegando el significado ideológico del autor. Nosotros consideramos a estos y otros autores como *coetáneos*, pero los incluimos en otros capítulos.

• ¿Y Benavente? Como sabemos, *Azorín* incluía en su generación a **Jacinto Benavente** (1866-1957), profundo renovador de la escena española, a la que sacó del teatro posromántico. Es cierto que, en sus comienzos, dio muestra de una actitud crítica vecina a la de los escritores estudiados: en comedias como *El nido ajeno* (1894), *La comida de las fieras* (1898) o *La noche del sábado* (1903), retrató a la alta burguesía con sus hipocresías y sus convencionalismos; en la deliciosa farsa *Los intereses creados* (1907), se oculta una cínica visión de

los ideales burgueses; *La malquerida* (1913) es un cuadro vigoroso, y algo sensiblero, del ambiente rural. No obstante, Benavente se vio muy pronto ante un dilema: mantener su carga crítica y verse rechazado por el público habitual de los teatros, o aceptar los límites impuestos por tal público y limar asperezas. Escogió la segunda vía. Y esta actitud acomodaticia —debidamente en parte a su deseo de triunfar— lo separó enseguida de la generación del 98.

Ideología del 98 Establecidos ya el concepto y los límites de la generación, exponemos sistemáticamente sus principales ideas.

Pero hacemos una advertencia importante: las coincidencias de pensamiento y de actitud son notables en su primera etapa (entre 1890 y 1905, aproximadamente); más tarde comenzarán a advertirse numerosos puntos de divergencia entre ellos. Las peculiaridades de cada uno podrán verse en las secciones dedicadas más adelante a los distintos autores y, sobre todo, en los textos seleccionados.

• **En política**, durante su juventud, los «noventayochistas» profesaron ideas muy avanzadas. Unamuno perteneció durante varios años al partido socialista. También para Maeztu, «en los anhelos socialistas está el único camino». Azorín y Baroja adoptaron posiciones vecinas al anarquismo. Más tarde, todos ellos mitigaron de una u otra forma sus posturas, mientras que Machado y Valle-Inclán adoptarían líneas más audaces.

• Frente al **problema de España**, «la generación de 1898 —son palabras de *Azorín*— representa exactamente esto: un ademán de rechazar y otro de adherir». *Rechazan*, ante todo, la democracia liberal, el parlamentarismo, el espíritu de la sociedad. Denuncian con virulencia los males del presente. Unamuno ataca la «ramplonería», la «trivialidad»: España es —dice— «un espectáculo deprimente». Según *Azorín*, «la apatía nos ata las manos». Maeztu habla de «parálisis progresiva», de «marasmo» y hasta de «suicidio» del país. Baroja

abomina del «Estado caduco» y llega a pedir «una dictadura inteligente».

Se adhieren, en cambio, a «una España eterna y espontánea» (*Azorín*). Y esto explica su interés por el paisaje y por la vida de los pueblos, así como su constante buceo en nuestra historia y en nuestra cultura. Veámoslo.

• **Las tierras de España** fueron recorridas y descritas por ellos, con dolor y con amor. Junto a la visión de la pobreza y el atraso, encontraremos —cada vez más— *una exaltación lírica* de las costumbres y del paisaje. Sobre todo del *paisaje de Castilla*, en el que se proyecta su amor a España y una nueva sensibilidad. En Castilla vieron los hombres del 98 la esencia de España, a pesar de que todos ellos habían nacido en la periferia. Les atraía su austeridad, su reciedumbre, su capacidad de sugerir algo más de lo que captan los sentidos.

• **La Historia** fue otro de los campos en que se movían sus meditaciones, encaminadas a descubrir los grandes valores de la patria o las raíces de los problemas presentes. Pero, por debajo de la historia externa (reyes, héroes), sienten un interés especial por lo que Unamuno llamaría la «intrahistoria»; es decir, la vida callada de los «millones de hombres sin historia» que, con su trabajo diario, construyen la realidad histórica profunda. Paralela a la exaltación del paisaje, hay, en efecto, una exaltación de los valores permanentes del pueblo de Castilla y de España entera.

• Este amor a España no es contradictorio con el **anhelo de europeización**, muy vivo en la juventud de los «noventayochistas». Apertura hacia Europa y revitalización de los valores propios están igualmente presentes en la famosa frase de Unamuno: «Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos de pueblo». O en los versos de Machado, que sueña una España nueva, «con esa eterna juventud que se hace— del pasado macizo de la raza».

• A estas preocupaciones —las fundamentales de la generación del 98— debemos añadir unas notas sobre su **actitud ante lo religioso**. Todos ellos se caracterizaron de jóvenes por su heterodoxia. Baroja mantuvo siempre un radical escepticismo. Unamuno, en perpetua lucha entre su razón y su hambre de Dios, fue un temperamento profundamente religioso, con una línea afin al protestantismo. También Machado mostró, en algunos momentos, una apertura conflictiva hacia lo religioso. En cambio, *Azorín* y Maeztu adoptaron, con el tiempo, posiciones católicas tradicionales.

Leer

Renovación estética. Comparten estos autores la influencia y la admiración por ciertos escritores. Entre los extranjeros, Ibsen, Tolstoi, Poe, Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard... Entre los españoles, consideraron a Larra como un lejano predecesor. Muy significativa es su devoción por nuestra literatura medieval: el *Poema del Cid*, Berceo, Arcipreste de Hita, Manrique... De los clásicos, Cervantes ante todo (renovaron la interpretación del *Quijote*). Fray Luis o Quevedo contaron también con su predilección.

• Respecto a la literatura inmediatamente anterior, reaccionan —como se ha dicho— contra lo que tenía de grandilocuencia o de prosaísmo (coinciden en esto con los Modernistas, aunque vayan por otros caminos). Por lo demás, *Azorín* reconoce en Galdós afinidades con el 98, valora con criterios modernos a Rosalía de Castro y a Bécquer (que tan presente estará en el primer Machado y en parte de la poesía de Unamuno).

• Desde estas posiciones y preferencias, la generación del 98 —también como el Modernismo, pero en sentido distinto— aportará notables novedades

en la **lengua literaria**. Es difícil hacer una caracterización general de su estilo: todos sus componentes poseen una personalidad acusada y, por tanto, un estilo diferenciado. Con todo, no deja de haber *notas comunes*. Así, el gran escritor catalán coetáneo, Joan Maragall, apreciaba en ellos «el sentido de la sobriedad». En efecto, en todos se percibe una voluntad antirretórica, por la citada reacción contra cierta literatura del XIX. Pero, a la vez, esa misma reacción supone una repulsa del prosaísmo y, por tanto, *un exigente cuidado de la forma*.

• Antirretórico y cuidado será, pues, el estilo predominante del 98. Y esto puede aplicarse tanto al tono apasionado de Unamuno o Maeztu, como a la limpia concisión de *Azorín* o a la densidad adusta de Machado. El aparente desaliño de Baroja o el sabio desgarro de Valle-Inclán requerirán especial consideración, aunque —en el fondo— responden a la misma tendencia.

• Otro rasgo común —y muy importante— es el gusto por las palabras tradicionales y terruñeras. Unamuno, *Azorín*, Valle, etc., pusieron en circulación un enorme caudal léxico que recogieron en los pueblos o desenterraron de la literatura antigua. Algunas palabras, como *meollo* o *entresijo*, se han incorporado a nuestro vocabulario usual. Esta valoración de las palabras populares, castizas, está en íntima relación con su amor a ese pueblo que es protagonista de la «intrahistoria».

• Finalmente, interesa destacar mucho un rasgo general de su estética: el subjetivismo. De ahí, el *lirismo* que impregna muchas páginas de estos autores, como indicio de su sentir personal. Y de ahí, sobre todo, que en sus visiones de paisaje sea, a menudo, difícil separar lo visto de la manera de mirar: paisaje y alma, realidad y sensibilidad (o ideología) llegan a fundirse indisolublemente.